

RÓMULO F. ROSSI

RECUERDOS
Y
CRONICAS DE ANTAÑO

CON UN PRÓLOGO DE HORACIO MALDONADO

Crónicas ilustradas y reportajes, publicados en el diario La Mañana



MONTEVIDEO
PEÑA Hnos. -- Impresores
1922

PROLOGO

He aquí un libro que, sin ser una gran obra de carácter histórico, contiene sin embargo lo que más encanta del pasado de nuestro país. Un libro de historia narra, explica y comenta los hechos más importantes, los acontecimientos que señalaron una nueva época o una evolución o una transformación en un país; y si desciende a ciertos detalles no se detiene en ellos lo bastante como para dar una idea exacta de las cosas y de los hombres que, habiendo sido más modestos en su esfera de acción, muestran, no obstante, el carácter de una época en lo que ella tiene de más íntimo o expresivo. Las guerras o los actos de los grandes personajes preocupan a menudo al historiador, el cual pocas veces se detiene a narrar todo aquello que dentro de la sociedad surge y va desarrollándose silenciosamente: lo íntimo, lo hondo, las cosas sencillas que en cada alma labran la historia de la propia vida, no se ven en los libros de historia. Con razón pudo decir Aristóteles que la poesía es más profunda o más filosófica que la historia.

Pero cuando el escritor se propone pintar una época, poniendo al lado de las cosas y personas históricas cosas y personas creadas por su fantasía, y desarrollando así una trama seminovelesca, lo cual le obliga a estudiar ciertos detalles de la época omitidos por el historiador, la historia cobra un interés vivísimo e ilustra más. Tal la novela histórica, entre cuyos representantes principales acuden a mi memoria en este momento dos nombres: Walter Scott y Benito Pérez Galdós. Quien lea "Ivanhoe" o "El Terror de 1824" conocerá mejor, más profundamente, cierto período de la Edad Media en Inglaterra o la situación política de España a raíz de la ejecución de Riego.

Pero hay otra especie de historia, que, sin mezclarse con la fantasía del novelista, pinta también los detalles de una época, el alma de una ciudad, su progreso, sus usos y costumbres, mediante el estudio de cosas, sucesos y personas que sin haber intervenido de una manera resonante en la historia de un país son indispensables para la mejor comprensión de ella.

De este carácter son las crónicas que nos brinda en este libro el ilustrado y activo periodista don Rómulo F. Rossi. Los lectores de LA MAÑANA han saboreado ya algunas de esas crónicas, enterándose por medio de ellas de muchas cosas interesantes que permanecían ignoradas. Yo me atrevería a definir esta especie histórica de la manera siguiente: "La narración de acontecimientos pasados en lo que ellos tienen de más sencillo o íntimo, como complemento necesario de la historia de un país".

Las crónicas del señor Rossi interesan por eso mismo: encontramos en ellas muchas cosas de Montevideo antiguo; temas curiosísimos; relatos de sucesos que la historia ni siquiera menciona; una anécdota o un episodio expresivos; el aspecto primitivo de tal o cual cosa; la vida íntima o familiar de algún personaje histórico, las primeras casas de comercio; el primer café; la sociabilidad en los primeros tiempos de la ciudad; las primeras monedas que circularon, y un sinnúmero de cosas y sucesos que dan extrema variedad a las crónicas.

Tomo al azar uno de esos relatos curiosos: "La Sala de Representantes en 1830". La descripción del mobiliario de la Sala en aquella época produce en nuestro espíritu una impresión de encanto: vemos la sencillez de las cosas en medio de la grandeza heroica: allí mismo, entre los sofás y sillas de "jacarandá", fué jurada por las primeras autoridades del país la Constitución del año 30. ¿No son todas esas cosas sencillas, esos muebles, esas alfombras, esos espejos, esas cortinas, algo así como lo pequeño expresando lo hondo de una época? La mesa del presidente de los representantes nos habla de unas manos que se apoyaron sobre ella, trémulas de patriotismo, en el momento de la jura; los espejos que adornaban las paredes de la sala, reflejaron los rostros

de varones austeros en el instante en que una intensa emoción patriótica los encendía, y las cortinas de damasco, movidas por el viento, parecieron recibir el hálito de una nueva nación, de una nueva vida que hacía estremecer a millares de almas en torno del viejo Cabildo.

Otros pasajes de las crónicas podrían servirnos de ejemplo para demostrar que la lectura de este libro ha de despertar en los lectores encantadoras emociones patrióticas, removiendo lo más hondo del alma y trayendo a la superficie sentimientos exquisitos que están como adormecidos o apagados por lo que yo me atrevería a llamar lo "grueso" de la vida.

Es claro que el señor Rómulo F. Rossi ha tenido la ayuda de valiosos colaboradores: personas antiguas que presenciaron los hechos que pinta o que oyeron hablar de ellos a otras personas allegadas. Eso mismo da a su labor mayor importancia histórica.

Siendo la historia un género literario o artístico, la narración que ella nos ofrece de los acontecimientos pasados debe ser no solamente razonada sino también artística.

¿Realiza el señor Rossi esta última función en sus crónicas? Aquí cabe oponer algún reparo á su trabajo: su forma literaria o artística deja algo que desear. El señor Rossi no pretende, por otra parte, haber realizado una obra de literato; ni su amor de padre le ha impedido ver los defectos de su obra, en lo que al estilo atañe. No obstante estas imperfecciones, el trabajo del señor Rossi vale por lo que enseña de lo pasado y por el amor que muestra el autor a las cosas del terruño.

Sabe el señor Rossi ser sobrio en sus crónicas, lo que acusa desde luego una virtud literaria, no muy común entre nuestros escritores. Sabe también documentarse para que sus crónicas sean una fiel relación de los sucesos pasados.

En resolución, se trata de crónicas amenas, de alto valor histórico, escritas por un hombre que, si no puede ostentar el título de un verdadero literato, puede, en cambio, presentarse como una inteligencia serena y estudiosa, entregada a las investigaciones de la historia, con un caudal de conocimientos que ya se lo quisieran para sí muchos de los que pretenden cultivar ese género literario con espíritu de artistas.

Horacio Maldonado.

POR BUENA SENDA

. . . .
. . . .

Pero ¿por qué no ves a don Pancho Martínez?

—¿Y quién es don Pancho Martínez?

—Hombre! ¿No conoces a don Pancho Martínez? que fué presidente de la Junta, diputado, director de hospitales y de asilos, persona muy distinguida y muy buena. Vé a su casa y preséntatele que él te sacará de apuros. Tiene un archivo interesantísimo y una memoria prodigiosa, no obstante sus 84 años, bien cumplidos.

Y a poco llamábamos en la puerta de su casa, de la calle Herrera y Obes, frente mismo a la iglesia de los Vascos.

La presentación fué recíproca.

—Ya tenía el placer de conocerlo de vista, señor, placer que se acentúa ahora...

—Yo también lo conocía de vista...

—Vd. me llamó siempre la atención por su notable semejanza...

—Con Clemenceau, nos contestó riéndose.

—En efecto...

—Oui... mais, seulement dans la figure... Y bien, terminó: ¿en qué puedo servirlo, señor?

—Vengo en procura de algunos datos históricos y anecdóticos para un trabajo que sobre Montevideo antiguo publicará LA MAÑANA. Abad me dijo que encontraría en usted inagotable fuente informativa...

—Muy bien: yo y mi modesto archivo, quedamos a sus órdenes.

. . . .

Gracias, pues, a las referencias y a las comprobaciones que nos ha proporcionado el señor Martínez, y a otros datos que hemos podido obtener por otros conductos, podrán nuestros lectores enterarse de muchas e interesantes cosas de antaño.

DE VIEJA ESTIRPE CRIOLLA

El historiador don Julián O. Miranda, nos habla de los ascendientes de nuestro biografiado.

El capitán don Francisco Martínez, hijo de don Manuel Martínez, nació en la ciudad de Maldonado en 1811, recibiendo la primera instrucción en la escuela que dirigía don Juan López Formoso.

A los doce años se radicó en Montevideo, dedicándose al comercio.

El 18 de Julio de 1830 formaba en las filas de la Guardia Cívica que en aquel memorable día, juró nuestro viejo Código Fundamental.

En 1839 formó parte de las fuerzas que repelieron la invasión rosista a órdenes de Pascual Echagüe, en el Batallón Matrícula, como teniente segundo de la cuarta compañía.

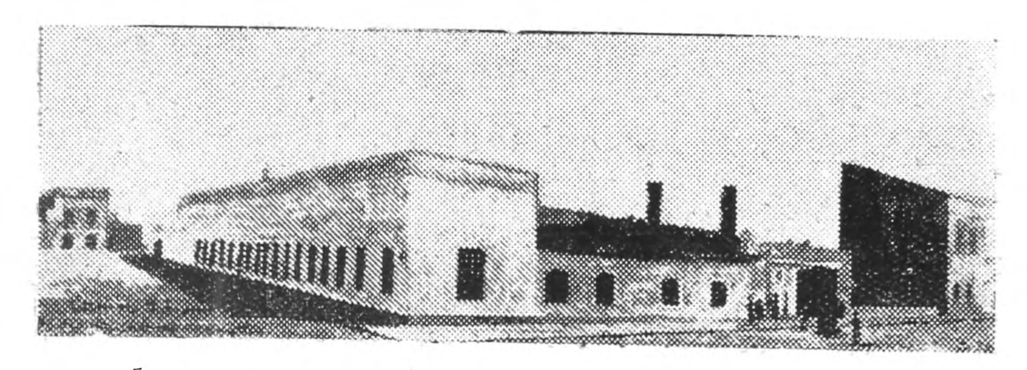
En 1841 ascendió á teniente primero, y en Junio del mismo año, era capitán de la compañía de Cazadores del batallón primero de GG. NN., con cuyo grado sirvió durante la Defensa a órdenes del entonces comandante don Lorenzo Batlle.

En esa misma unidad, tomó parte en el asalto y toma de la Colonia, a fines de Agosto de 1845, y por su comportamiento valeroso, su jefe, por carta, lo recomendaba eficazmente al entonces coronel don César Díaz.

Disuelto más tarde el primero de GG. NN., el capitán Martínez, ascendido a sargento mayor pasó al batallón de Extramuros, como instructor.

Terminada la Guerra Grande, el valeroso militar volvió a su hogar a cuidar sus intereses comerciales, renunciando a toda clase de recompensas.

La epidemia de cólera que en 1868 azotó a esta ciudad, encontró a don Francisco Martínez en un puesto de combate humanitario. Miembro de una comisión de Socorros, visitando enfermos, adquirió el mal que lo llevara a la tumba.



El Fuerte que se levantaba en la que es hoy Plaza Zabala. Se demolió en la época de Latorre

EL TEATRO Y NUESTROS ABUELOS

Clases sociales

En la época colonial existía, tanto aquí como en Buenos Aires, una Casa de Comedias, donde se representaba ante candilejas de aceite de potro.

Respecto a Montevideo, se conserva todavía la siguiente curiosísima acta del Cabildo, que puede constituir una satisfacción para los sociólogos de hogaño, que se quejan porque las diferencias de clases y privilegios subsisten todavía en cierta medida:

"En la Ciudad de San Felipe y Santiago, de Montevideo, a veinte y dos días del mes de Marzo de mil ochocientos ocho; el Cavildo de Justicia y Regimiento de ella, cuyos individuos que en la actualidad le componemos al final firmamos, hallándonos, juntos en esta sala Capitular del Ayutamiento para tratar cosas pertenecientes al mejor servicio de Dios y bien del público. En este estado, y con asistencia del señor Cov'or, de esta Plaza, por quien se celebra esta Junta, manifestó dicho Señor a ella que las Sras. principales del Pueblo le habían dado varias quejas de que los mejores Palcos de la Casa de comedias los tenían ocupados mugeres de otra menor consideración, y que para evitar estos reparos y disgustos hallaba Su Señoría, por más acertado prevenir, como prevendría al dueño de ese Coliseo, o al que corra con él, pase a este Cavildo una relación de todos los Palcos y lunetas, y consiguientemente advertir al Público por medio de los correspondientes carteles, que meditaba expedir, q. todas las personas de distinción del Pueblo de ambos sexos y estados que quieran tomar Palcos para sus familias, y lunetas para sí solos, ocurran a este Cavildo a solicitar su No. y q. en caso de pedir dos o más sugetos de igual clase a un tiempo un mismo Palco o luneta, se hecha suerte entre los que sean, a fin de evitar de este modo cualquier queja. Que no habiendo ya más personas de distinción que soliciten Palcos ni lunetas, pueden darse los que resulten sobrantes a cualquiera que los pida. Manifestada por Su Señoría esta su determinación a la Junta se consideró por mui conveniente, y en consiguiente haviendo acordado con el mismo Cavildo, que por este se formasen de ordenanzas, para el arreglo de lo interior del Teatro y buen orden del Patio, y procediéndose a ello, se remitieron con el correspondiente oficio firmados por el mismo Cavildo y el Sr. Governador el encargado del Coliseo para su fixación en los respectivos parajes, quedando Su Señoría en expedir por su parte las competentes órdenes que ha de observar el oficial de guardia en aquella casa. Con lo qual, se concluyó esta Acta que cerramos y firmamos con Su Señoría, para que conste. — Xavier Elio. — Pasql. José Parodi. — Pedro Franco. de Berro. — Manuel de Ortega. — Manuel Vicente Gutiérrez. — Juan José Seco. — Juan Domingo de las Carreras. — Thomás García de Zúñiga (Hay nueve rúbricas)".

LOS PRIMEROS TEATROS

El primer teatro que tuvo Montevideo, fué durante la época del coloniaje, con la denominación de "La Comedia"; y más tarde, ya en vida independiente, con la de "San Felipe", después de haber sido remozado por su propietario don Juan Figueiras, que le hizo construir la primera hilera de palcos con que contó la sala.

Este edificio que tan buenos momentos de solaz proporcionó a nuestros abuelos, se levantaba con frentes a las calles 25 de Mayo y 1.o de Mayo, y Plaza Zabala, precisamente en el terreno que hoy ocupa el palacio Taranco.

Por aquellos felices días en que los espectáculos públicos se iniciaban a las 7 y 30 p. m., para finalizar a las 10 y 30 u 11 p. m., a más tardar, se daban intensos dramones, que ponían a los espectadores carne de gallina, entre cuyas obras pueden enumerarse entre otras, las siguientes: "La Carcajada", "El terremoto de la Martinica", "Los seis grados del crimen", etc., etc., a cargo de La Petronila, La Matilde, Quijano y otros veteranos del arte de Talia.

LA PRIMERA COMPAÑIA DE OPERA

La primera compañía de ópera que arribó a estas playas, debutó en el San Felipe, allá por el año 1850, de la que era empresario, un señor Pestolardo. Como soprano absoluta, estrella de primera magnitud,—la ha calificado así el distinguido doctor don Mariano Ferreira que la conoció personalmente—venía Ida Edelvira; como contralto, la tiple ligera Tatti; Gugliedmini, como tenor; Tati, como barítono y como segundo tenor Chiodinni.

"Norma", "Ernani", "Atila", "Foscari" y otras óperas se pusieron en escena con clamoroso éxito para la compañía y muy especialmente para la Ida, quien se había conquistado de tal manera al "respetable" que en la noche de su beneficio—nos dice el propio doctor Ferreira,—fué motivo para que no quedase una sola flor en los jardines de los alrededores de Montevideo. Todas fueron a dar al palco escénico con palomas y objetos que se enviaron a la estrella como regalo.

Entre los muchos versos que se le dedicaron a Ida, merece destacarse el de uno de sus más entusiastas admiradores, el inspirado vate nacional don Fermín Ferreira y Artigas.

"A la incomparable y bella artista Ida Edelvira.

"Cisne de cuello nevado
Lucero de la Alborada,
Gilguero de la enramada.
Por escuchar tu alegre canto. Yo (daría
La joya de más valía.
Suave y graciosa azucena
Jarrón de perfumes lleno,
Gentil y airosa gacela,
Paloma de blanco seno,
Por sentir tu dulce arrullo. Yo (diera
La prenda que más amara."
"Lejana y brillante estrella,
Perla escogida entre miles,
Palma que altiva descuella
Ruiseñor de los pensiles
Por sentir tus bellos trinos
Acaso la vida entera. Yo te diera."

F. F. y A.

SOLIS

Día de gran algazara fué el 25 de Agosto de 1856, con motivo de solemnizarse el aniversario patrio, habiéndose programado entre otros números de festejos, la inauguración

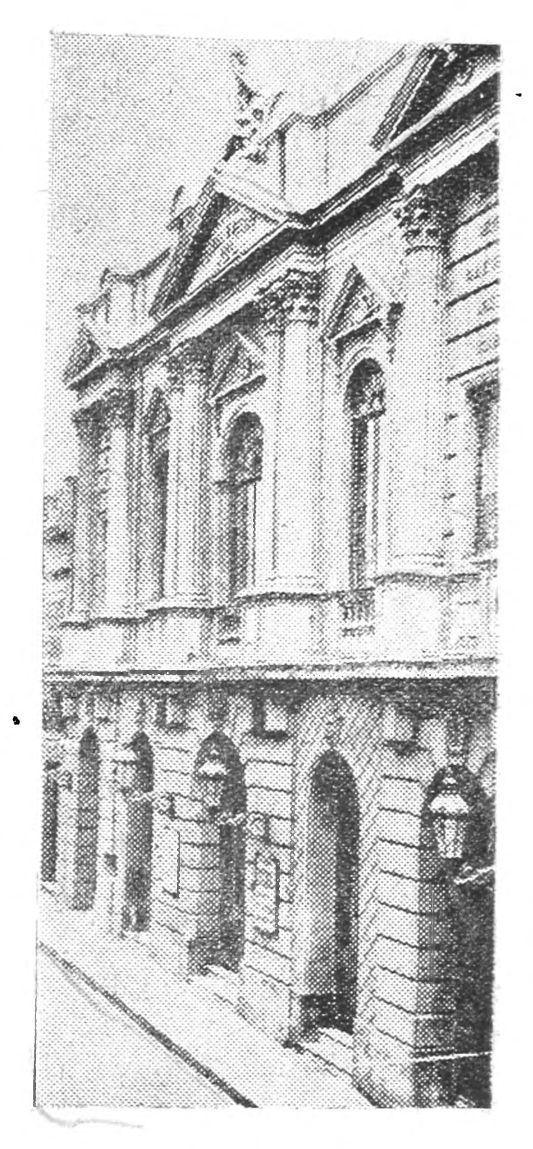
del teatro Solís, cuya construcción no ha sido superada todavía por ningún otro local destinado a los mismos fines.

Los partidarios del San Felipe,— elementos ultra conservadores — celosos de la grandeza del Solís, trataron de hacerle el vacío; y fué tal el encono, que hubo persona que murió años después, sin haber puesto los pies, una vez siquiera, en el que hasta hoy es nuestro primer coliseo.

En aquella época se afirmaba que el dinero se había derrochado a manos llenas; y que era un lujo que no estaba de acuerdo con el ambiente.

Inauguró el teatro cuya sala ofrecía las mismas características del presente, la Compañía Vera y Lorini; y para la función que era gratuita, se habían distribuído entre la gente de pro con la debida anticipación, los palcos y demás localidades de preferencia.

El elemento universitario si bien es verdad no muy numeroso, pero no por ello menos bullanguero y menos pobre que el que le ha sucedido, no quiso faltar a esa cita que estaba al alcance de sus deseos; y fué así como en medio de la aglomeración que penetraba al teatro, una falange de muchachos alegres, capitaneados por el entonces Panchito Martínez, atropelladamente, como un turbión, hizo irrupción en el hall, con gran algazara, despropósito que cortó por lo sano, personalmente, el entonces Jefe Político y de Policía de la Capital, don Luis de Herrera, abuelo del doctor Luis Alberto de Herrera, quien los "disolvió" a coscorrón corrido y a empellones.



El Teatro San Felipe en sus postrimerías

LA PRIMERA BOTICA

Hasta 1768 en que don José Gabriel Piedra Cueva instalara su primer botica, los habitantes de Montevideo, curaban "sus nanas" a base de yuyos y de santiguados.

Después de la botica de Piedra Cueva, se establecieron las del Rey, la de Pedriel, la de Giró, la de Maltés, la de Yéregui, la de Morello y otras.

EL PRIMER CEMENTERIO Y UN MUERTO QUE RESUCITA

Si bien es verdad que en los terrenos inmediatos a las iglesias se daba sepultura a algunos muertos, Montevideo desde la época de su fundación, contó con su cementerio público, que dentro de un perímetro formado con cercos de piedras en bruto, que se levantaban en seco, — vale decir, piedra sobre piedra, — ofrecía su último albergue á los habitantes de la ciudad, allá por Andes e Isla de Flores, haciendo esquina, precisamente con el edificio en donde funciona actualmente la Usina del Gas.

En frente a la necrópolis "supo haber", — como así decían los antiguos,—durante la época del coloniaje, una "pulpería" que, aparte de la venta de comestibles y copetines de ginebra, bebida entonces en boga, expendía también café a la gente de trabajo.

Un buen día se le ocurrió morir, aparentemente, nada más, dado que se trataba de un ataque epiléptico, a un vecino; y como por aquellos buenos tiempos, no se enterraba a ningún mortal, si hombre, con hábito sacerdotal; y si mujer, con el "del Carmen", se obtuvo mediante un patacón, un sayal de un franciscano del convento, — hábito que aunque ya bastante deshilachado por el uso, — servía perfectamente para el caso.

Hacía las veces de rotunda, de depósito y de sala de autopsias a la vez, del cementerio, una dependencia con techos de paja y paredes de piedra, levantadas en idéntica forma que la del cerco exterior.

No sabemos porque causa, el "presunto cadáver" quedó en depósito para ser inhumado al día siguiente, cuando allá, en los albores del otro día despertó de su letargo.

No entra en los planes del cronista describir la impresión que podrá haber recibido el "resucitado", al volver en sí y encontrarse dentro de un ataud, amortajado de franciscano y a un paso de la fosa. Pero sí, debemos decir el susto que se llevó el "pulpero" de enfrente, que había asistido al sepelio, quien, al abrir las puertas de su boliche, vió que el finado, violando las leyes del otro mundo, saltaba la tapia del "Camposanto" y emprendía veloz carrera hacia su negocio.

Ver el "pulpero" al "muerto" y cerrar con estrépito las puertas, fué obra de un momento.

Segundos después se sentían golpes de llamada en la aldaba, a la vez que la voz del hasta momentos antes, extinto, imploraba, castañeándole los dientes:

—¡Abrame, por favor, don, que me muero de frío.

—¡Jesús, María y José! Santa María, madre de Dios...

—¡Por favor!

—¡Benditas ánimas del purgatorio!

—Abrame que soy fulano...

—¡Que Dios te tenga en su santa gloria!

—¡Por caridad! Abrame que no estoy muerto! ¿No vé que no estoy muerto? Abrame y despácheme un cafecito con ginebra que estoy muerto... pero de frío.

Después de no pocas preguntas y respuestas se abrió primero y muy cautelosamente, el ventanillo practicado en una de las hojas de la puerta, para poder así apreciar sin mayores peligros el de adentro, si era un "vivo" o un "muerto" quien quería reconfortarse en hora tan temprana y con hábito de franciscano.

Y la misma fuente de información nos dijo que, después de tonificado el cuerpo con un buen pocillo de café y de reconfortado el espíritu con unos copetines, el "finado" fué en persona a dar a los suyos, la grata nueva de su resurrección.

LA PRIMERA MATRIZ

La primera Iglesia Matriz con que contó Montevideo, se levantaba en la calle Rincón esquina Ituzaingó, siendo sus paredes, de piedra adosadas con barro; y el techo, de teja

El templo, aparte de estar mal construído era de escasas dimensiones, y en lo que a atributos y ornatos religiosos se refiere, resultaba de una pobreza franciscana.

¡Con decir que la pila bautismal, la constituía una modestísima sopera de piedra loza!...

Los fondos del templo, cercados con piedras, servían de cementerio, por cuanto no se había establecido todavía el primer "camposanto", del que nos ocupamos en otro capítulo.

La actual Matriz, que se levanta en la esquina de Ituzaingó y Sarandí, empezó a construírse en 1790, con gran escasez de fondos, durando los trabajos, catorce años.

El templo, durante ese espacio de tiempo, no estuvo en condiciones de ser habilitado para las ceremonias del culto.

En 1808, las torres del frente y la media naranja estaban a medio hacerse todavía, quedando terminadas recién, en 1818.

LAS PRIMERAS ESCUELAS

CRISTO A..., CRISTO B...

La escuela de la cartilla y el Cristo y del Catón de San Casiano, implantada en los tiempos del antiguo régimen, no fué conocida en Montevideo hasta mediados del siglo XVIII; y aun eso mismo, solamente en el Hospicio de los padres de la Compañía. Expulsados éstos en 1767, pasó la escuela y sus útiles, a los religiosos franciscanos; pero únicamente, para quienes podían pagar las enseñanzas.

LAS PRIMERAS ESCUELITAS

Años después, un señor Mateo Cabral, solicitó y obtuvo permiso para establecer una escuelita particular de primeras letras.

La escuela "gratuita" no se conocía hasta entonces. La primera que se estableció para niñas pobres, fué en el año 1795, en los "Ejercicios", fundada por la benemérita señora doña María Clara Zavala, descendiente si no estamos mal informados, de don Bruno Mauricio de Zavala, fundador de Montevideo y cuyo nombre, — entre paréntesis, — merecía figurar en la nomenclatura de nuestras escuelas públicas, como justísimo tributo a su memoria, cosa que no se ha hecho todavía.

Catorce años después, cuando Montevideo contaba más o menos con ocho mil habitantes, recién se preocupó el Cabildo de seguir las huellas de la benéfica doña María Clara Zavala, acordando el establecimiento de una escuela gratuita para niños pobres de ambos sexos (1809), asignando 500 pesos anuales de sueldo al maestro, que lo fué el padre Arrieta.

CURIOSISIMA REGLAMENTACION

Entonces se reglamentó la escuela en esta forma:

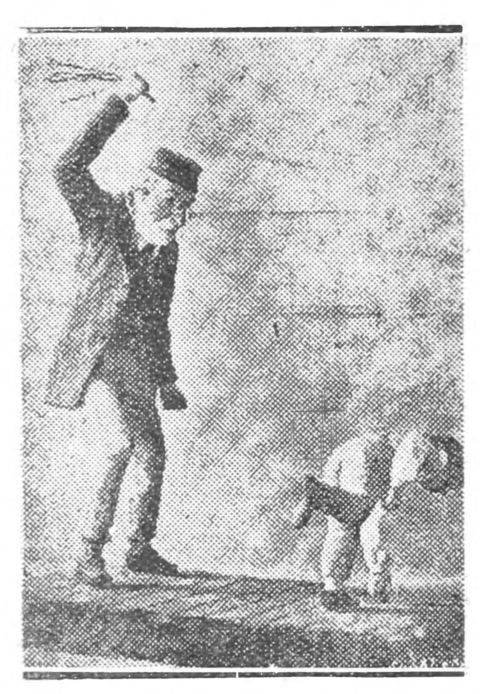
1.o Admisión de niños pobres, sin ninguna retribución pecuniaria, proporcionándose a los alumnos papel, tinta y plumas, gratuitamente.

2.o Prohibición de mezclar los niños blancos, con los de color. 3.o Prohibición del uso de la palmeta, pero en cambio, se permitían los azotes, hasta seis. 4.o Autorización a los ayudantes para percibir 4 reales de los padres pudientes que quisieran darles voluntariamente, a



Doña Clara Zavala, fundadora de la primera escuela pública de Montevideo

cambio de acompañar a sus hijos de ida y vuelta, a la escuela. 5.o Llevar los niños a misa. 6.o Examen anual de aritmética, gramática, ortografía y demás ramas del saber que se enseñasen.



Seis por el Código y los demás por cuenta del maestro

LA ESCUELA DE LA PATRIA

Más tarde se estableció la "Escuela de la Patria", gratuita, dirigida por el padre Lamas. Cuando ésa se cerró, la sustituyó la del Cabildo en las mismas condiciones, siendo sus maestros Villalba, Vergara y otros.

ESCUELA DE LA SOCIEDAD LANCASTERIANA

En el año 1821 se inauguró, la excelente escuela de la "Sociedad Lancasteriana", completamente gratuita, establecida en el Fuerte (hoy plaza Zabala), dirigida por el reputado educacionista don José Catalá y Codina, que tenía como auxiliares, a Orta y al padre Gadea. Dicha escuela funcionó hasta el año 25; pero, en cambio, quedó en vigencia el sistema de enseñanza, el más adelantado de aquellos tiempos, cuya introducción se debió a los esfuerzos del sabio Larrañaga.

HEROINAS Y HEROES

Por aquella época funcionaron también algunas escuelas particulares de ambos sexos, pagando "cuatro reales" cada discípulo y siendo los maestros Pagola, Lombardini, Calaguy, Irigoyen, Vidal, Argerich, etc., y maestras Ferrada, San Martín, Rodríguez, Delanti y la beata Rosita.

LAS PRIMERAS LIBRERIAS

Sería imperdonable que al ocuparnos de las primeras escuelas, no lo hiciéramos también de las primeras librerías que se establecieron

En cuanto a esta clase de comercios, muy poco se puede decir, dado que la antigua metrópoli, por sistema y porque en ello tendría sus conveniencias, no quería que hubiesen muchos libros en sus colonias. Bastaban solamente los de misa y los que trataban de la "vida y milagros de los santos".

¡Y como por aquel entonces eran muy pocas las personas que sabían leer, fácil será comprender que "ese pan intelectual" no era, seguramente, muy echado de menos!

EL BOLICHITO DE YAÑES

No obstante el funcionamiento de las escuelas, pasó algún tiempo todavía para que apareciese una librería, el boliche de Yañes, — instalado en la esquina del Fuerte, con su mostrador de "vara y media" y sus cuatro tablitas que, formando armazón, guardaban el frasquito de tinta que se vendía a medio real, — el papel ordinario y las plumas de ave, para los muchachos "escueleros", — que así llamaban a los escolares, — como también la cartilla con la tabla de sumar, el Catón cristiano y el devocianario.

¡Y pare Vd. de contar!...

DOMENEQUE

A Yañes siguióle el popular Domeneque, que se estableció en la calle San Carlos, — hoy Sarandí, — en donde siquiera era dable encontrar al lado del libro de misa, obras con lecturas más variadas, tales como el "Belisario", "Robinson" y las fábulas de Samaniego, que Domene-

que exhibía en su vistosa vidriera, para no cometer el imperdonable sacrilegio de mezclarlas con el chocolate, la loza, los vasos de vidrio y otros artículos de "pulpería" que también expendía a su selecta clientela.

Poco después de 1830, contaba Montevideo con una o dos "verdaderas" librerías, regularmente provistas de útiles de escritorio y de algunas obras europeas de educación, historia y literatura.

NOMENCLATURA Y NUMERACION

A los cincuenta y dos años de fundada la ciudad de Montevideo empezó a sentir "pujos" de ciudad, resolviendo así las autoridades dar a las calles de la entonces aldea, puesto que apenas si sobrepasaba a un millar de habitantes, las siguientes denominaciones:

Ahora	Antes
25 de Mayo	San Pedro
Rincón	San Gabriel
Sarandí	San Carlos
Buenos Aires	San Sebastián
Reconquista	San Ramón
Cerrito	San Luis
Piedras	San Miguel
Guaraní	San José
Maciel	Santo Tomás
Pérez Castellano	San Vicente
Colón	San Benito
Zabala	San Francisco
Solís	San Santiago
Misiones	San Felipe
Ituzaingó	San Juan
Juan Carlos Gómez	San Fernando
Wáshington	San Diego
Alzáibar	San Agustín
Cerro	San Telmo

Como se vé, pues, si nuestros mayores tuviesen hoy que hacer la nomenclatura de las calles de la ciudad, agotarían el santoral.

La calle Yacaré era por aquel entonces, un despoblado sobre el Recinto, entre la Batería de San Juan y el Cuerpo de Guardia en el Baño de Los Padres (hoy Mercado del Puerto).

Por aquel entonces no existían las calles Yerbal, Camacuá, Juncal, Paraná y Ciudadela, terrenos que se encontraban fuera de los antiguos muros, excepción hecha del comienzo de la de Camacuá esquina Brecha, cuya ubicación era frente al Portón Nuevo.

La nomenclatura transcripta subsistió por un espacio de tiempo no menor de 75 años. Allá por 1843 se iniciaron los primeras cambios.

En cuanto a la numeración de las puertas de la calle, fué operación que no se ejecutó hasta el año 1808. en cuya fecha el Cabildo comisionó a un "maestro pintor" italiano y de apellido Puchelli para que pintase sobre una de las hojas de las puertas de la calle de cada casa el número correspondiente, tarea, que se inició por la calle principal, que era la de San Pedro, también conocida por del Portón, — hoy 25 de Mayo, — prosiguiéndose luego en las demás, de Este a Oeste y finalmente en las transversales de Norte a Sur.

Por el trabajo de cada puerta, se abonó a Puchelli, a razón de "cinco octavos" (aproximadamente diez y seis centésimos. La casa paterna del historiador, don Isidoro De María, de quien tomamos también buen acopio de datos, llevaba el N.o 25 de la calle de Santo Tomás, hoy Maciel.

El uso de las tablillas para la numeración, que fueron de madera pintadas con fondo negro y cifras blancas, vino recién a imponerse, en los primeros años de vida independiente.

EL SERVICIO DE ALUMBRADO PÚBLICO

El adelanto edilicio, en lo que tiene relación con el servicio de alumbrado público, se inició en 1795, fecha en que el Cabildo llamara a licitación, por remate, para tan importante mejora, obteniendo el triunfo don Francisco Antonio Maciel, el Padre de los Pobres, asociado de don Juan de Molina.

Como impuesto para el sostenimiento del servicio, se estableció el precio de "real y medio por puerta".

Los "arsentistas", o concesionarios, dotaron a la parte más poblada de la ciudad de faroles de forma ovalada, altos, adheridos a largos pescantes de hierro, que a su vez se

empotraban en las paredes de las casas.

Como elemento lumínico se utilizaban velas de sebo, de las llamadas "de baño", de "dos tercios de largo", que era esa, precisamente, medida impuesta por el Cabildo, material que se preparaba en la velería del propio Maciel.

Desde la ocupación de los ingleses y con motivo de la trágica muerte de Maciel, el servicio empezó a marchar de mal en peor.

Los llamados a licitación no surtían los efectos deseados, dado que nadie se presentaba para realizar el servicio; y en el ínter, seguían rompiéndose los faroles.

Finalmente, el Ayuntamiento, haciendo de tripas corazón, apechugó con el alumbrado, y después de haberse procedido al arreglo de los faroles, se impuso como penalidad a quien los rompiera, fuese chico o grande el destrozón, la cantidad de diez pesos por farol.

La "prendida" estàba a cargo de los morenos esclavos, "conchabados" para tales fines y que, escalera al hombro corrían por las calles llevando en una mano la mecha de estopa encendida.

EL CABILDO

Sobre las ruinas de lo que fuese "Ayuntamiento" o "Sala Capitular" muy modestísimo local que sirviera de sede a las primeras autoridades coloniales, se iniciaron en 1804, los trabajos, que duraron seis años; para la construcción del edificio hoy conocido por "Cabildo" o de la "Asamblea Nacional", y que fueron presupeustados en la suma de pesos 83.372, por el maestro mayor de Reales Obras, don Tomás Toribio.

La piedra utilizada, tanto para La Matriz como para el Cabildo, era traída de las canteras del Cerro, siendo ese mismo material, el utilizado también para la escalera central del viejo Cabildo, que con el correr de los años, fué sustituído por el mármol que hoy ostenta.

En 1834 se hicieron en el Cabildo, obras ampliatorias, tales como los altos de los costados Sur y Norte.

LAS LUMINARIAS

Hablar de las cosas de antaño y no referir las "luminarias", sería imperdonable, por cuanto ellas constituían tal vez, uno de los principales números de todo programa de festejos.

En los aniversarios patrios, la policía invitaba personalmente a las familias, a que coadyuvaran a las fiestas, realizando luminarias. Estas consistían en que los vecinos abriesen de par en par sus ventanas, colocando frente a las mismas y en la parte interior, faroles de vidrio, candelabros para tres o cuatro brazos o simples candeleros, a los cuales se colocaabn velas de sebo en la mayoría de los casos.

Los vecinos más pudientes consumían de las llamadas de esperma, que eran las de gran lujo, por su estética, por su duración y por ser menos olorosas que sus similares las criollas.

Podrá imaginarse el lector, que la iluminación duraba mientras no se consumían las primeras velas. Pero como ya lo hemos dicho en capítulos anteriores que nuestros abuelos no eran nada calaveras, fácil es suponer que las exigencias sobre aquel punto, no serían mayores.

MONTEVIDEO INVADIDO POR TIGRES

El lugar conocido por "Pajas Blancas", del Cerro, era guarida de tigres; y desde allí solían llegar algunos ejemplares hasta muy cerca de los muros, en distintas ocasiones.

Una "quemazón" de los pajonales de aquel paraje, realizada en una noche de 1813, dió lugar a que las fieras se diseminasen y que, seis tigres, azotándose a las aguas de la bahía, que cruzaron a nado, buscasen refugio dentro de los muros.

De la odisea de tan poco gratos huéspedes, instruyen las siguientes líneas:

Uno, que se había colado en el Fuerte San José, fué muerto a tiros.

Otro, aprovechando que el dueño del Café de la Alianza fuese a la primera misa, y dejase la puerta abierta penetró al local y se guareció detrás de la "estiba" de pipas. Cuando volvió nuestro hombre, se encontró con el presente griego; y a sus gritos de ¡socorro!, ¡un tigre!, acudió gente armada que dió muerte a tiros al intruso.

A esa esquina, Cerrito y Misiones, se le llamó después "la esquina del tigre".

Otro de los invasores fué muerto en la acera de enfrente.

Otro, penetrando a una "barbería", lastimó de tal manera al fígaro que tres días después era éste, hombre muerto.

Otro de los tigres, trepando las murallas a la altura del Portón Nuevo, se guareció en el foso del Parque de Artillería. Un oficial, Justo Nieves, y el alguacil Juancho, considerando indigno matarlo a tiros, bajaron a la "arena" armados de espadas, y si no hubiese sido por los de arriba que dispararon certeros tiros, Juancho, maltrecho ya de varios zarpazos, estaría corriendo todavía, en compañía del oficial, por todo lo largo del foso.

Los cueros de los seis tigres fueron regalados al heroe y maltrecho Juancho, que los vendió a razón de cuatro pesos cada uno.

En 1829, cuando evacuaron la plaza los brasileños, otro tigre apareció en el "Baño de los Padres", así llamado el paraje (Mercado del Puerto), porque era donde se bañaban los frailes del Convento de San Francisco, al amparo de una pared de piedra que se alzaba entre la batería de San Juan y la costa, obstáculo que los ponía al abrigo de miradas indiscretas.

La última visita hecha por tigres a la ciudad fué un cachorro que, en 1831, se ultimó a tiros en el foso del Parque de Artillería.

LA LOTERIA DE LA CARIDAD

El juego de la Lotería de la Caridad, es de muy antigua data. Empezó a jugarse en Montevideo en el año 1818, por disposición del Barón de la Laguna y del Cabildo con expreso destino al sostén de los niños expósitos.

Una vez por semana debía jugarse, fijándose el precio de un real por cada "cédula" (billete), que los loteros venderían por las calles, hasta el completo de ocho mil números.

El programa de las primeras loterías jugadas fué el siguiente:

Suerte mayor de 200 pesos, una de 100, dos de 50, cuatro de 25, diez de 10, y treinta de 5. Total: 48 suertes, entre ocho mil números.

El día de la jugada se fijaba un cartel en las puertas del Hospital de Caridad anunciando la extracción, la que se hacía por medio de bolillas y en presencia de un Juez y de un Escribano. A los muchachos "cantores" se les gratificaba con cuatro realitos por jugada.

Hasta el año 21, corrió el Cabildo con la administración del Hospital de Caridad y la Lotería, por haberse

disuelto la Hermandad. Pero por resolución del 20 de Setiembre del mismo año, la Hermandad recuperó sus derechos, estableciendo su primer Junta Gubernativa y asumiendo la dirección del Hospital y de la Lotería.

El Cabildo había rematado el juego que nos ocupa, en la cantidad de 342 pesos mensuales; y cuando expiró el término del contrato, la Junta resolvió administrarlo por sí, bajo su única dirección. Al efecto, reglamentó el servicio, nombrando en comisión para administrarlo a los respetables vecinos don Manuel Luna, don Domingo Vázquez y don Bernardo P. Mezquita.

En el año 22 se adquirió una pequeña imprenta con parte de las utilidades de la lotería; y el 13 de Diciembre del mencionado año se imprimían, por el Hermano Mayor don Félix Saenz, los primeros billetes hechos en el establecimiento.

En el segundo semestre de 1824, la lotería de la Caridad producía ya veinte mil pesos.

De manera que durante los ciento cuatro años de jugadas hasta la fecha, son muchos millones de pesos los que ha producido la benéfica Lotería de la Caridad.

El billete lo constituían cuatro cuartos y no quintos o décimos, como ocurre ahora.

El "cuarto", pues, cuyo fascimil ofrecemos a nuestros lectores correspondiente a la jugada del 18 de Agosto de 1866, valía "medio peso"; y el billete entero, "dos pesos plata m|n. de mil reis el peso". Su impresión en papel de diario y con tinta negra contiene también el programa de premios, el mayor de los cuales es de doscientos cincuenta onzas, o $ 2,840,00 m|n.

FIESTAS Y REUNIONES

La lotería — Ya que por aquel entonces no habían siempre compañías en el San Felipe, nuestros mayores, en las noches de invierno, se reunían hoy en lo de Fulano y mañana en lo de Mengano, para jugar a la lotería de cartones.

La bolsa de bolillas, al igual del mate cebado con azúcar quemada y cáscaras de naranja, pasaba de mano en mano, mientras, en el comedor, que era donde se realizaban estas reuniones, no se oía otra cosa que frases del siguiente tenor:

"¡La niña bonita! el 1 y el 5, quince". "¡Una yunta...! de patitos": los dos dos, veinte y dos". "¡Abuelito!, el 9 y el 0, noventa!". O bien la alborozada de "Bastó para mí", del agraciado, y la voz autoritaria del cantor o cantora, que prevenía sentenciosamente al cónclave "Basta, piden y no borren".

A las diez o diez y media de la noche las visitas retornaban a sus casas, precedidas por fámulos o fámulas, que auxiliados por la escasa luz de farolillos con velas de sebo, evitaban que sus "amos", colocasen un pie, o los dos, en un charco de la calzada, todavía sin empedrar.

Noches de playa — Llamémosle así a aquellas noches de luna, únicas en que, durante la estación de estío, la élite ávida de fresco, se daba cita para aspirar las brisas del mar, en el muelle de la barraca de Gawland (hoy calle Colón).

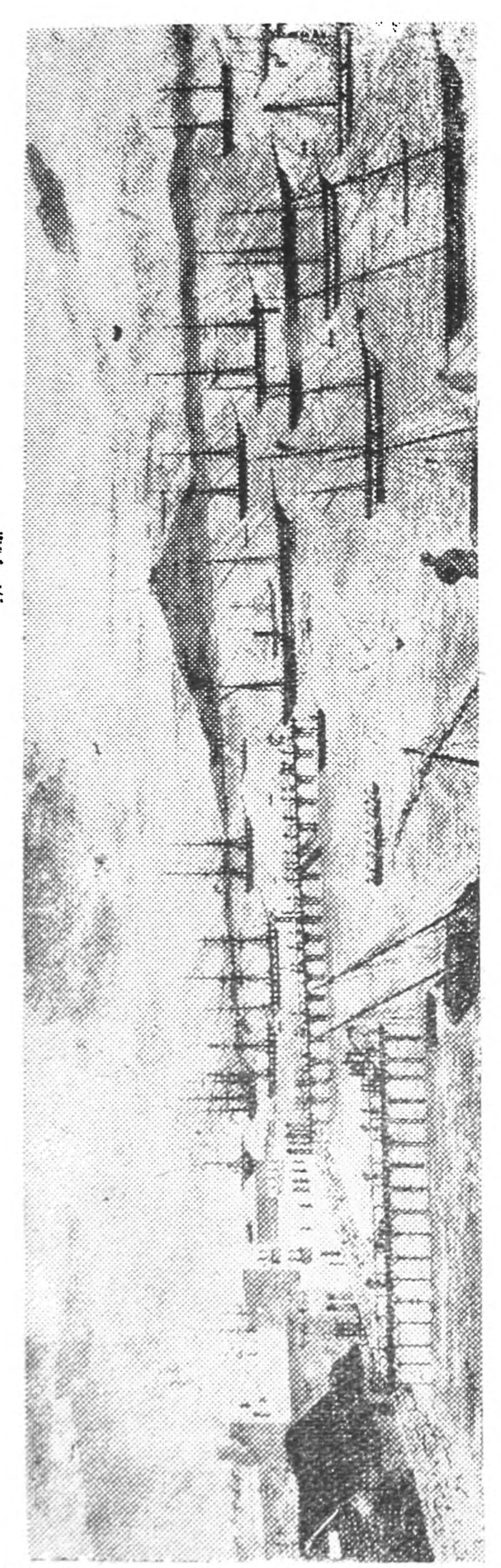
Una banda de música militar, amenizaba aquellas breves horas en que, nuestros abuelos comentaban en corrillos y alumbrados por el único arco voltaico de entonces — el del firmamento — los muy escasos y no menos insignificantes sucesos del día.

Bailes y tertulias — Las loterías eran matizadas con algunas tertulias, no muy frecuentes, que con motivo de algún cumpleaños o bautismo, solían realizarse por aquel entonces.

Una sociedad recreativa se encargaba de dar todos los meses, durante el invierno, fiestas sociales, a la que concurría todo lo más granado de la ciudad, reuniones que tenían lugar en los altos de la panadería de "Tobal" (25 de Agosto casi esquina Juan Carlos Gómez).

Como el barrio era un tanto apartado y el alumbrado con sus faroles de aceite de potro, no daba mayores luces, las familias que asistían a esos festivales se hacían acompañar por sus sirvientes, quienes, provistos del indispensable farol, salvaban los charcos y pantanos de las calles sin empedrar.

Las señoras recogían las largas colas de sus vestidos, para no en-



Muelle de Vadry y Gowland (Actualmente Cerrito, Ing. Monteverde y Juan L. Cuestas).

charcarlas en el lodo, mientras que los sirvientes o esclavos, llevaban en sus manos los zapatos de baile de sus "amas", que éstas sustituían al llegar, por los que traían puestos.

La gran moda — El doctor don Mariano Ferreira, que es de quien tomamos estos datos, nos habla también de las primeras camelias blancas que se vieron en Montevideo, y nos dice que ellas eran tan escasas como codiciadas; tanto, que llegó a pagarse corrientemente por cada flor, hasta tres y cuatro pesos.

Hubo caso que, en cierto día, una dama bella y elegante, adquirió una camelia doble, mediante una onza de oro, flor que más tarde ostentó orgullosa en una fiesta, sobre su hermosa cabeza.

Las flores constituían el principal adorno de las mujeres de antaño, que las llevaban con singular gracia en la cabeza y en el pecho.

Los hombres vestían frac azul con botones lisos de metal dorado, pantalón negro con franja de seda del mismo color, chaleco negro con vueltas de seda blanca y guantes color "patito", que era el color preferido por los Petronios de la época.

SEMANA SANTA

No se habían apagado todavía los ecos del Carnaval, y ya empezaban los preliminares de la Semana Santa con su correspondiente novena; y cuando se llegaba a la fecha, — vale decir al miércoles, — día en que comenzaban los maitines, se intensificaba el recogimiento de las familias.

Desde el jueves, enmudecían las campanas de los templos, los pianos se cerraban, sobre las mesas de billares de los cafés se colocaban dos tacos en cruz, los postigos de las ventanas que daban sobre las calles, se entornaban, el tráfico de vehículos y ginetes, quedaba terminantemente prohibido frente a los templos y la gente, en fin, hablaba a media voz y con "cara de circunstancias" como si una gran desgracia la abrumase.

Ahora podrá imaginarse el lector la forma como se practicaría la vigilia por aquellos tiempos.

El sábado de resurrección ofrecía por la mañana, mayor animación, por cuanto toda la población invadía los templos para asistir a la Misa de Gloria, en cuyo acto y a hora

determinada, se corrían las cortinas que interceptaban la luz exterior, a la vez que al echarse las campanas a vuelo, desde el coro se entonaban cánticos y se arrojaban flores.

Y fuera de los templos, las bandas de música apostadas en los atrios rompían en marchas triunfales, las baterías y los buques de guerra extranjeros anclados en el puerto, hacían salvas con sus cañones; y de todos lados de la ciudad, se disparaban tiros, cohetes y bombas.

Por la noche, teatro y bailes, y para el pueblo, la quemazón de judas, en todos los barrios de la ciudad.

Después... la vida patriarcal de siempre, interrumpida a veces con alguna revolucioncita.

LA CAZA

Nuestros abuelos, aficionados á la caza, no se veían obligados como sucede en nuestros días, á hacer grandes recorridos, en ferrocarril primeramente y en autos ó carruajes después, para proporcionarse ese placer cinegético.

En los primeros tiempos, — "ahí no más", á la vuelta de la esquina como quien dice, — en los manantiales que existían al costado del Teatro Solís, sobre la calle Bartolomé Mitre, se mataban chorlos y "becacinas".

Y fuera de los portones, en los albores de nuestra vida independiente y si hemos de estar al dicho de un viejo criollo, las perdices se "amontonaban como pedregullo".

Pero la verdad es que, poco después de la Guerra Grande, se encontraba abundante caza en los alrededores del Cementerio Central, Ramírez, Punta Carreta, Sierra, etc., etc.

Por donde hoy es Cementerio Central hasta 18, a la altura de Yagúarón y Ejido, los cazadores todavía en el año 1858, al caer la tarde, se agazapaban entre los abundantes y enormes cardos que por allí crecían, para descargar sus escopetas sobre las frecuentes y bien nutridas bandadas de palomas torcaces que pasaban sobre sus cabezas, en busca de refugio para pasar la noche, en las sauzales de las inmediaciones de Ramírez.

La primera vez que se reglamentó la caza en este país, fué en Octubre de 1808, "para toda la jurisdicción y campaña de Montevideo"; y en la disposición á que nos referimos se prohibía la caza de perdices, palomas torcaces, tórtolas y mulitas, desde el 1.o de Octubre, hasta fines de Marzo.

NOCHE BUENA

"Esta noche, es noche buena,
Noche de parar la oreja
Y mirar a los rincones
A ver si duermen las viejas".

Así rezaba una cuarteta de entonces y la verdad es que ni a las viejas se les dejaba dormir.

Desde días antes, no se pensaba en otra cosa que en la misa del Gallo y en las serenatas, estas últimas a cargo de la juventud galante, que disponía siempre, en cada grupo, de un buen cantor o de un buen ejecutante de guitarra o violín.

Y después que hubo sonado la última nota de la "serenata" la voz del galán festejante.

—"Obsequio de Fulano de Tal para la señorita Tal".

De inmediato se sentía el ruido de los pasadores al correrse, para abrir apenas una hoja de la ventana, cuyo hueco dejaba pasar una voz femenil, querida para el galán,

—Muchísimas gracias, caballero. Muy "linda" su serenata.

Un ramito de pensamientos o de rosas y alelíes con algunos yuyitos aromáticos, asomaba tímidamente entre los barrotes de hierro, el que lucía momentos después, orgulloso, en el ojal de la levita el mancebo agraciado.

Luego, el ruido de dos pasadores que volvían a correrse para cerrar una ventana, un suspiro en el interior, otro suspiro fuera de la reja y que siga la caravana, porque

"Esta noche, es Noche Buena
Noche de no dormir"

Y la juerga seguía, oyéndose por doquier los ladridos de los perros, sorprendidos en su habitual tranquilidad por las voces más o menos melodiosas de los troveros que cantaban sus endechas, al pie de las rejas y por los acordes musicales que se arrancaban a instrumentos tales como gaitas, acordeones, violines y guitarras.

Los noctámbulos menos filarmónicos, encontraban singular placer en hacer sonar estrepitosamente todos los llamadores de puertas que les venían a manos, mientras que otros delcolgaban el tablero del aviso de una botica para colocarlo al frente de una panadería.

Y así era como pasaban nuestros mayores la tradicional Noche Buena.

EL DESFILE DE ONCE

Las elegantes de antaño, al igual de las de ogaño, hacían también "el desfile de once". Terminada la misa mayor en "La Matriz", nuestras damas realizaban su desfile por 18 de Julio hasta el Cementerio Inglés (terreno comprendido entre las calles 18, Ejido, Santiago de Chile y Soriano, y que, cuando la Guerra Grande, quedaba fuera de la línea de fortificaciones.

Unos ombúes ofrecían allí agradable sombra bajo la cual restauraban en breves momentos sus fuerzas las paseantes, que volvían de inmediato a sus hogares.

CARNAVAL

Si hemos de dar fe a lo que nos dicen los viejos y a los recuerdos que conservamos de la agonía de los carnavales que fueron, los de ahora dejan mucho que desear en lo que al entusiasmo se refiere.

Las primitivas comparsas que se vieron en Montevideo, eran accidentales puramente, — del momento, — puesto que sus componentes no tenían otra finalidad que la de asistir a bailes y tertulias improvisadas.

En cuanto a disfraces, no habían mayores exigencias: un dominó o en su defecto una gran sábana que como túnica se ceñía al cuerpo, sobre la ropa de uso y que se ataba con una cinta a la altura de la cintura, con otra a la del cuello y otra, finalmente, sobre la parte superior de la cabeza, rematando con un gran moñón formado por los pliegues de la parte superior de la sábana.

Una careta de cartón, o un antifaz completaba tan casero disfraz.

Las comparsas líricas, — llamémosles así, — fueron muy posteriores; y en las primeras de este género figuraban jóvenes de la buena sociedad.

A los grandes bailes realizados en el Teatro Solís, concurrían las familias más distinguidas; y las jóvenes de nuestra élite — hoy abuelas — se organizaban en comparsas. El doctor Ferreira, en sus interesantes "Memorias", nos habla de una de esas agrupaciones, constituída por monjitas con su correspondiente madre abadesa, y si no fuésemos mal pensados, no habríamos sospechado que una de la de la hermandad o la propia abadesa tal vez, interesó vivamente a don Mariano.

Pero, indiscutiblemente lo que constituía la gran nota del Carnaval era el juego con agua, que se autorizaba mediante el disparo de un cañonazo y terminaba a la puesta del sol con análoga prevención.

En esos días de bullicio se desocupaba totalmente la sala que daba sobre la calle, colocándose en el interior de la misma, una o dos tinas que los esclavos o sirvientes se encargaban de tener siempre repletas de agua. Y así las cosas... ¡pobre del que por allí pasaba!

Debemos hacer la salvedad de que a los disfrazados se les respetaba, y que éste era el único recurso para salir a la calle sin que se le ensopase.

Muchas veces se formaban en una casa determinada de antemano, "cantones" defendidos por señoritas y que a su vez atacaban los jóvenes amigos de las defensoras. En la parte superior, de una de las rejas de las ventanas de la sala, se ataba "sólidamente" una corona de flores naturales, trofeo que debían conquistar los atacantes, desatándolo, acto éste de verdadero arrojo que se premiaba siempre con felicitaciones y licores. Y decimos actos de verdadero arrojo, porque en la defensa del trofeo tomaban parte hasta las "reservas", constituídas por viejos y chicos y sirvientes y esclavos, que echaban desde el interior de la finca, desde la azotea y desde la propia acera, verdaderos torrentes de agua con baldes, jarros y tristeles, sobre los atacantes.

El piso de los zaguanes, en donde se establecían cantones, era cuidadosamente enjabonado, para evitarse posibles sorpresas por retaguardia.

Era tanto el entusiasmo y el derroche de agua en algunas casas, que los algibes se secaban durante el Carnaval.

Los jóvenes se proveían del líquido elemento en las casas vecinas y en las del frente; y el denodado arrojo de los mismos, fué siempre premiado con la conquista del fuerte, como también con los remojados, pero ardientes corazones femeniles que lo defendían.

Desde los balcones se arrojaban también a los transeuntes, huevos de gallina o de gaviota, o simulados de cera, rellenos de agua, como así también grandes bombas que se hacían con diarios y que se llenaban totalmente con el mismo líquido.

LAS TIENDAS

Por aquellos venturosos días, las tiendas principales se encontraban instaladas en la calle del Portón, así denominada, porque a la altura de Ciudadela, estaba el portón de salida de la misma.

Era costumbre entonces, que nuestras familias saliesen a compras en las horas de la noche, hábito que obligaba a tener abiertos estos comercios hasta las once.

Los dependientes que tenían que dormir dentro de los mismos locales, sobre colchones colocados en el mostrador, eran los encargados del barrido del negocio, como así también del de la vereda y hasta la mitad de la calle, por cuanto no habían barrenderas que lo hiciesen, operaciones que se iniciaban cuando las campanas de las iglesias llamaban a primera misa.

Conocemos a un fuerte y honesto comerciante, español, que realizaba el barrido de la calle de puro jaquet, porque no tenía otra prenda de ropa que ponerse; y que hoy al recordar aquellos tiempos, dice con orgullo que gracias a su amor al trabajo, ha podido conquistarse la envidiable posición, de que disfruta, ganada a tan buen título.

MEDIOS DE LOCOMOCION

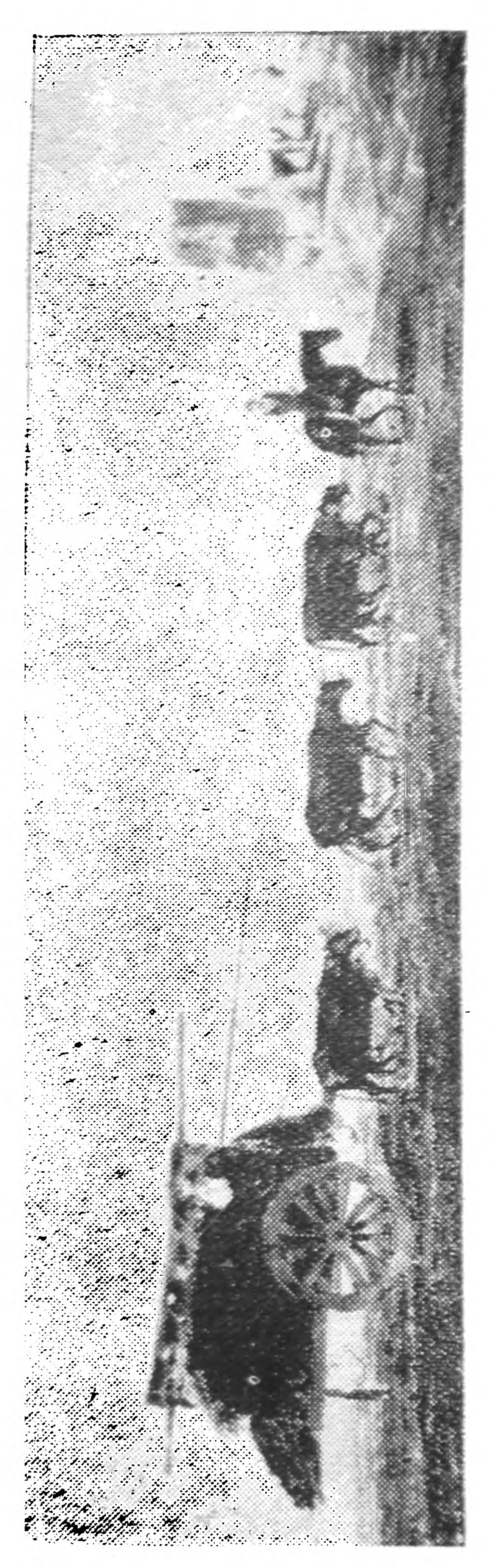
Los medios de movilidad de que se podía disponer para hacer grandes recorridos, no eran por cierto ni muy cómodos ni muy rápidos.

Las familias de los estancieros en sus viajes a Montevideo y viceversa, utilizaban carretones cerrados con cueros de vacunos y tirados por caballos, animales que se renovaban en el camino, a cuyo efecto se arreaba una tropilla.

En el interior del vehículo se colocaba uno o dos colchones para las viajeras, y las comidas se preparaban al abrigo de los vehículos.

Muchos de estos viajes que duraban días y días, según la distancia a recorrerse y según también el cariz que presentaba el tiempo, ofrecían no pocas molestias que los viajeros soportaban con singular estoicismo.

El transporte de cargas para las poblaciones del interior, se realizaba con carretas tiradas por bueyes, viajes que resultaban más lentos y más



Va con rumbo al Cerro Largo
Y la carga delantera!!...
Pronóstico e trago amargo
Si se zambuye en el barro
La Reina de la pradera.

penosos todavía que los de los carretones.

En cambio las comunicaciones con el litoral, si bien no tan rápidas como las del presente, no por eso resultaban mayormente incómodas, por cuanto ellas se llevaban siempre a buen término y sin mayores contratiempos, en goletas y pailebots.

Las diligencias prestaron también sus inapreciables servicios para el transporte de pasajeros; y éstas por lo general tenían su punto de arranque en la Plaza Independencia, frente al café de Malacof, que ocupaba el local que más tarde tuvo La Giralda.

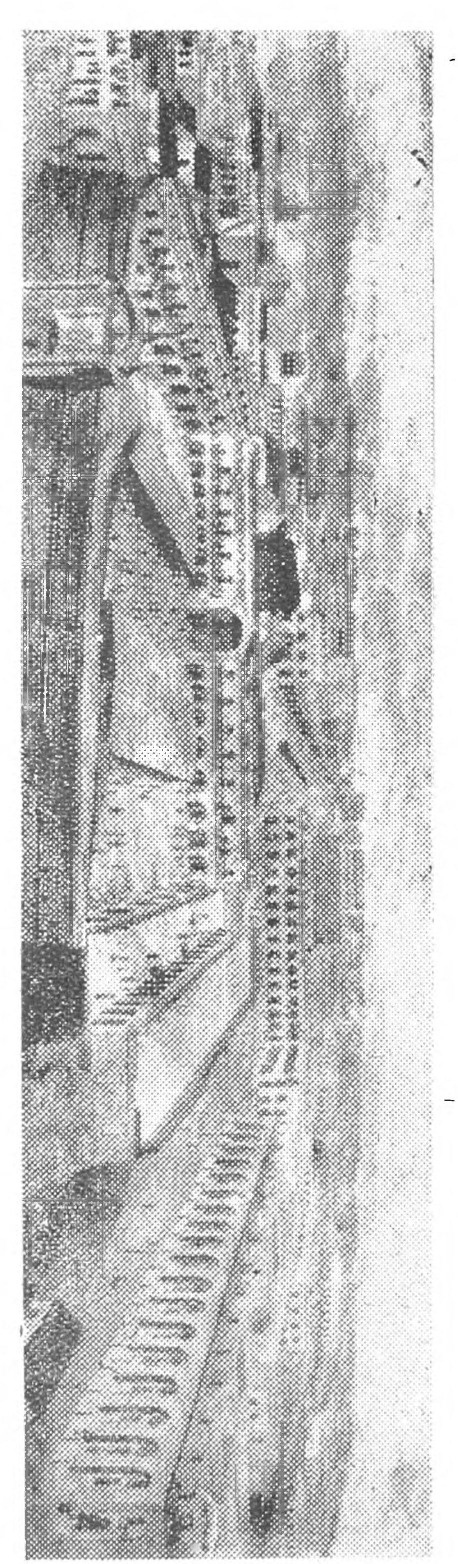
Para la Unión y para Las Piedras, el movimiento de pasajeros demandó la implantación de servicios especiales, y quienes han tenido que realizar viajes en tales condiciones, recuerdan todavía unos pantanos temibles, que según la intensidad de los temporales impedían el tráfico por determinado número de días, en las Tres Cruces, frente a lo que entonces era Quinta de Castello, hoy 18 de Julio a la altura de Patria y Victoria.

ARCOS de la PASIVA

Las vetustas construcciones que se conocen con el nombre de La Pasiva, situadas en el costado Sur de la Plaza Independencia, entre las calles Liniers y Ciudadela, puede decirse que se remontan casi a la época colonial, en virtud de que su construcción surgió después de consolidada la independencia nacional.

Fueron levantadas esas obras, por don Elías Gil, acaudalado comerciante de Montevideo, que era a su vez propietario del edificio contiguo al Cabildo, en la esquina donde hoy se asienta el Hotel Alhambra.

En el plano de reformas a la traza de la ciudad que la Comisión Topográfica, presidida por el ingeniero Carlos Zucchi, presentó al gobierno de la República en 1837, se menciona la nueva alineación asignada a la propiedad de don Elías Gil, en el interés de que los portales guardaran la línea de la calle Buenos Aires, haciendo la rectificación de ésta, en forma tal, que permitiera la apertura de una calle entre el muro Sur de la Ciudadela y aquella finca.



El Mercado Viejo dentro de la Ciudadela; y la Pasiva en la época de la Defensa

ORIGEN DE SU NOMBRE

Los arcos de don Elías Gil, tomaron el nombre de "La Pasiva" porque dentro de ellos se formó durante la Guerra Grande el cuerpo de línea de Los Pasivos, compuesto de ciudadanos mayores de edad, que por exenciones de la ley quedaban exonerados de la guardia activa, o sea del servicio militar en las avanzadas y en las líneas de verdadero peligro.

LOS PASIVOS

En aquel entonces, que la galera de felpa era el sombrero obligado de la gente "que tenía su pasar", se había convertido el Batallón de Pasivos, que mandaba don Francisco Ordeñana, en un concurso de "farolería", porque los había de todos los matices y de todas dimensiones.

En cierta ocasión que un grupo de amigos le daban bromas al jefe Sr. Ordeñana respecto a la acometividad de sus viejos "milicos", éste respondió altanero:

—Ya verán cómo cuando se presente el caso, los hago cargar a la bayoneta...

Y cuentan las crónicas, que el caso de cargar, no llegó nunca, pues los "pasivos" no pasaron de "tiroteos".

Como dato final de este amable capítulo que lleva un recuerdo cariñoso para aquellos nobles viejos, diremos que el batallón estaba constituído por dos compañías de "empleados", dos de "suplementarios" y una de "tipógrafos", mandada ésta, por el muy conocido capitán don Jaime Hernández y de la cual era teniente primero el historiador don Isidoro De María.

Ello no obstante, su digno y distinguido jefe señor Ordeñana, cansado de soportar las puyas de sus amigos, resolvió un buen día entrevistarse con el Ministro de Guerra y Marina general Pacheco y Obes, para pedirle que lo autorizara a llevar su batallón a las líneas de fuego.

—Comandante, — replicó el general, — a su batallón lo reservo para cuando haya que dar un ataque a la bayoneta.

Desde ese día el señor Ordeñana que había tomado en serio la promesa de Pacheco y Obes, dispuso que sus todavía no fogueados "leones", hiciesen esgrima en la playa de la Aguada, en cuyo paraje, por aquel entonces, abundaban los médanos de arena, sobre los cuales hundían las aceradas puntas de sus

bayonetas, los siempre bisoños pasivos.

EN 1835

La calle que enfrenta a la hoy Pasiva se denominaba de San Sebastián en la época en que fué construído el edificio; y fué durante el gobierno de 1835, correspondiente a la administración de don Manuel Oribe, que adquirió verdadera importancia.

Se debió a que por decreto de Abril de 1835 fué habilitada La Ciudadela para mercado público, quedando prohibida por consiguiente la venta de artículos de consumo en el Mercado Chico que había donado condicionalmente a la Municipalidad don Joaquín Sostoa, ubicado como se sabe dentro de la manzana formada por las calles Sarandí, Péreze Castellanos, Maciel y Buenos Aires, frente a la vieja Capilla de los Ejercicios.

EL NUEVO MERCADO

La habilitación del nuevo mercado dentro de La Ciudadela tuvo lugar el 1.o de Mayo de 1836, día de San Felipe y Santiago; y ya entonces, don Elías Gil, había levantado sobre el frente de su vieja casa, uno de los principales arcos que miran sobre la calle Ciudadela y la hoy Plaza Independencia.

Sobre uno de esos arcos fué izada, entonces la bandera nacional, señalando el acontecimiento de la habilitación de aquel mercado.

EL ARQUITECTO SEÑOR TORIBIO

Las investigaciones históricas atribuyen la ejecución primitiva del edificio de la Pasiva al arquitecto Tomás Toribio, distinguido maestro de obras, que colaboró con verdadera inteligencia en la construcción de la Metropolitana y en el edificio del Cabildo.

La Pasiva fué el origen de la complementación más tarde de la Plaza Independencia con arquitectura fundada sobre arcos y columnas, en cuya obra trabajó eficazmente el ingeniero Sebastián Martorell, proyectando el embellecimiento de aquélla con arreglo a un plan de conjunto, armónico y de estilo uniforme, que es lástima se haya dejado de lado porque permitiría dar una estructura más perfecta a las edificaciones que rodean nuestra principal plaza.

Se atribuye a don Elías Gil la concepción de los arcos de la Pasiva al interés de establecer bajo de ellos, comercios en la forma en que estaban instalados en la vieja Recoba de Buenos Aires, en virtud de que las líneas de la vieja construcción son casi análogas a los que mantenía aquélla y que fué demolida, como se sabe, durante el gobierno del doctor Juárez Celman.

LA CASA DE GOBIERNO

La Pasiva vino a tener verdadera importancia después del año 1880 en que se estableció la Casa de Gobierno en el actual edificio de la Plaza Independencia, demoliéndose así el viejo Fuerte, ubicado en la hoy Plaza Zavala en virtud de que en ella se ubicaron comercios de distinto género predominando en general, las casas de cambio que se encargaban de comprar usurariamente, los sueldos de los empleados públicos.

Actualmente el edificio de la Pasiva pertenece a varios dueños, entre ellos a la sucesión de don Luis Ignacio García.

La edificación ha caído dentro de las exigencias de la ley de 1907; es decir, que sus dueños no pueden realizar dentro de la construcción ninguna mejora, ni aún la más simple, pues aquella obliga a elevar la finca a una altura mayor de 17 metros que es el mínimum que se tolera para los edificios con frente a la Plaza Independencia y Avenida 18 de Julio.

LOS SERENOS

Otra de las características que nos ofrece La Pasiva, es la de que, bajo sus arcadas se pasaba lista en las horas del crepúsculo a las falanges del célebre Cuerpo de Serenos, momentos antes de que sus componentes, munidos de la tradicional lanza y del inseparable farol se diseminaran por lo que es hoy la vieja ciudad, para cantar más tarde las horas, con el consabido: "Las doce han dado y sereno", si el tiempo era bueno; y si nublado, "las doce han dado y nublado".

—¿Quién vá al sereno? interrumpía de pronto el representante del orden ante un transeunte que se aproximaba.

—Vecino, respondía éste.

—Avance.

Y hecho el reconocimiento, a la luz de la linterna o del farolillo, por cuanto los del alumbrado público muy poco la daban por su insignificante intensidad lumínica o bien porque "brillaban... por su ausen-



Un sereno de los tiempos primeros de la Patria, según un cuadro de Blanes

cia", una absoluta tranquilidad volvía a reinar en las desiertas calles de la muy fiel y reconquistadora ciudad de San Felipe y Santiago.

Y ya que hablamos de los serenos y del alumbrado público, digamos de paso que éste fué primitivamente a base de candiles de aceite de potro; luego, en 1853 a kerosene, más tarde, en 1855 cuando la revolución de don José Ma. Muñoz a gas; y finalmente, en 1886, a luz eléctrica, resultando así que Montevideo ha sido la primer ciudad sudamericana y de las pocas del mundo, que en tal época gozó de este adelantado sistema de alumbrado.

Los serenos, durante los gobiernos colorados, llevaban, aparte del tradicional machete y de la no menos tradicional lanza, primeramente, un farolillo y en los últimos tiempos, linterna. En las administraciones blancas, carecían de este aditamento lumínico, por entender los dirigentes, que el sereno debía ver sin ser visto..

Pero la verdad de las cosas y sin entrar a discutir razones de "alta estrategia" es que los serenos con sus faroles y linternas prestaban inapreciados servicios a los vecinos trasnochadores, si trasnochar puede llamarse al hecho de recogerse a las 11 o 12 de la noche, que era a la hora en que volvían a su casa los más calaveras...

El Cuerpo de Serenos, durante la Defensa tenía su cuartel en el pa-

raje conocido por Policía Vieja que comunica con las calles Sarandí y Bartolomé Mitre; — y en la época de su disolución, durante la presidencia del General Tajes y siendo su jefe el coronel don Manuel Aguirre, en la calle Queguay, hoy Paraguay entre San José y Soriano, local que más tarde ocupó el Cuerpo de Bomberos y que hoy sirve de sede a un garage.

LA PASIVA ROJA

La Pasiva tiene también su nota roja; y si bien es cierto que no fué precisamente allí en donde se cometió el crímen què sintéticamente narraremos, también lo es que se cometió a muy escasos metros de la arcada. Al hecho, en la época qué se produjo, se le denominó por el "Crímen de **La Pasiva**".

En efecto, en la calle Liniers, antes conocida por Juncal Chica, casa de propiedad de don Martín Artigalá y en donde hoy existe una peluquería, durante el gobierno de Tajes, un procurador Fernández asesinó una noche a un colega suyo, — Dastre de apellido — para robarlo.

Después de haber sido ultimado Dastre fué colocado sobre un sofá al que se le prendió fuego, con la intención de que el incendio carbonizara el cuerpo de la víctima y borrara así las huellas del crímen.

La tramitación del proceso en el que se vió envuelta también una mujer que murió una tarde en el Hospital, — duró siete años, siendo condenado Fernández a la pena de muerte que se cumplió en la hoy Cárcel Correccional y que en aquel entonces era Penitenciaria.

Fernández que no confesó "judicialmente" su horrendo crímen, fué asistido espiritualmente por el padre Adams, que allá en su patria, Francia, había sido militar con el grado de coronel y que aquí alcanzó en su vida sacerdotal a ser Superior de los Redentoristas; y también por don Pancho Martínez, representando a la sociedad como miembro de la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública. El inolvidable "Tax" que en sus funciones jurídicas era el doctor Teófilo E. Díaz, firmó como Presidente del Tribunal Superior de Justicia el último recurso, condenando al asesino a la pena de muerte; y persona bien enterada nos cuenta que, cuando Fernández estaba ya en capilla, aquel romántico Juez, que más tenía de Quijote que de Juez, con su conciencia intranquila ante la obstinación del reo al no confesar su delito, fuese agitado a la Penitenciaría y dijo a solas a otro de los sacerdotes que asistían al reo:

—No estoy tranquilo ante la obstinación de este cachafáz. Temo haber hecho una enormidad. Pruebas, hay, sí, a montones; — pero falta su confesión...

—Vaya tranquilo, amigo doctor, le contestó el interpelado, que el reo me acaba de confesar su delito.

Y entonces Díaz, se sintió Tax.

Interrogamos a don Pancho Martínez cómo se había conducido el reo, en tan duro trance.

—Mal, muy mal. Había aflojado, ché, como un verdadero asesino. Con decirle que hubo de llevarse cargado hasta el banquillo porque las piernas no le daban...

LOS ALREDEDORES DE "LA PASIVA"

Durante la Guerra Grande, vivían con preferencia, en los alrededores de "La Pasiva" los legionarios franceses e italianos, en casas diseminadas por allí.

En donde está la actual Casa de Gobierno, se levantaba un barracón propiedad de don José María Estevez, con portón al frente, y allí se faenaba el ganado menor. Más tarde hubo en ese lugar un depósito de carros, hasta la época de Latorre en que se levantó el actual edificio.

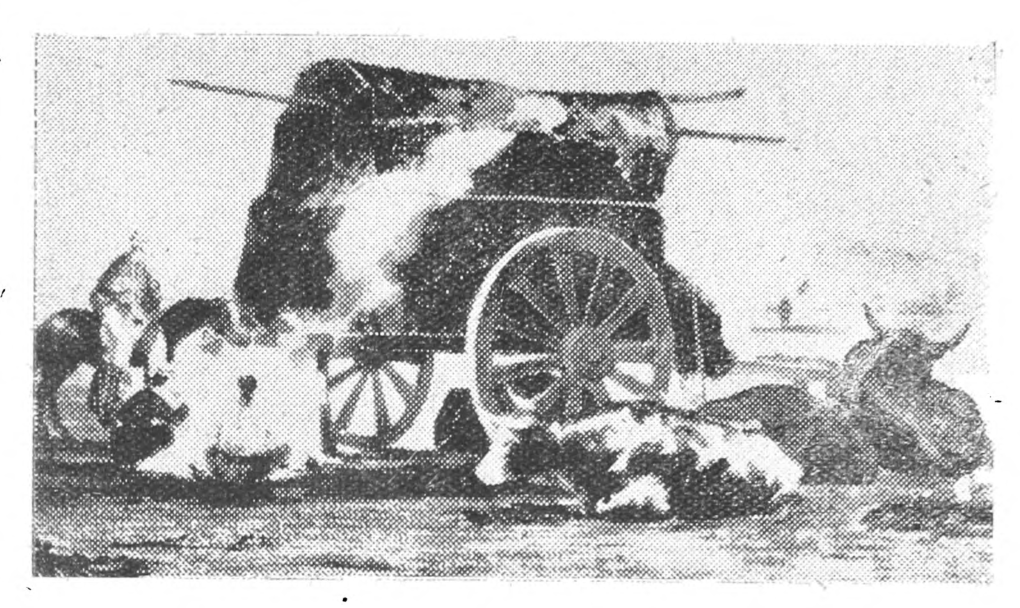
Frente a "La Pasiva" estaba el paredón del Mercado viejo que era parte de lo que hoy constituye la Plaza Independencia.

La casa de Pons, donde está el Círculo Francés y el Biógrafo Ideal, no existía, como tampoco se levantaba ningún otro edificio desde Liniers hasta el Teatro Solís. Lo mismo ocurría frente al Teatro. Todo aquello era una plazoleta, por cuanto el macizo de edificación que hoy forman el Tupí Nambá, Caubarrere, etc., etc., brillaba por su ausencia.

LOS NEGOCIOS

En las puertas del Mercado, que funcionaba dentro de la Ciudadela que ocupaba, como ya lo hemos dicho, parte de lo que es hoy Plaza Independencia y que mandó demoler Latorre, los carreros desuñían sus bueyes, para vender al menudeo, sobre los mismos vehículos, duraznos, peras, sandías, melones, etc., etc.

A estos comercios se les denominaba en la época: "Puestos volantes de fruta".



Con la carreta cargada
De sandías y melones
Matean de madrugada
Contemplando la boyada
Estos gauchitos "sebónes".

En el interior del Mercado, que como se sabe, se había habilitado dentro de los muros de la Ciudadela, se encontraban los puestos fijos, tiendas, fondas, etc.; y en la parte exterior, contra algunos de los muros se habían adosado casillas de madera que habitaban familias humildes.

EL CADAVER DE DON FRANCISCO ANTONIO MACIEL

Bien sabido es que el filántropo don Francisco Antonio Maciel, pereció en defensa de la plaza de Montevideo, cuando la invasión inglesa (1806), y en circunstancias que las fuerzas de la guarnición que iban al encuentro de aquellas, fueron sorprendidas por recios y certeros tiros de los invasores, ocultos dentro de los grandes maizales que por aquel entonces bordeaban ambos lados del camino que es hoy Avenida 18 de Julio.

El "padre de los pobres" cayó a la altura comprendida entre las calles Yaro y Eduardo Acevedo, en el paraje más tarde conocido por el Cristo, por haberse colocado allí (hoy Universidad) el Cristo que se venera en el átrio de la Iglesia del Cordón.

Pero no son todos los que saben que, el cadáver de Maciel no pudo ser encontrado, no obstante la búsqueda afanosa que con tales fines realizaron los locales e invasores.

¿Qué se hizo del cadáver de aquel hombre, que en vida se había rodeado ya por sus virtudes, por su filantropía y por su bondad, de envidiable aureola?

Un comerciante de la época, español y llamado don Manuel Franco, dijo en sus últimos años de vida a un anciano que todavía vive, que el cadáver lo habían recogido los jesuítas, inmediatamente después de la acción, quienes sin duda y ya que se trataba de una figura espectable dentro del catolicismo, mirado casi como un santo, lo habrían llevado para enterrarlo secretamente en algún convento.

Montevideo en 1823

HEROINA MONTEVIDEANA

Durante la dominación portuguesa, una hija de esta ciudad, doña Dolores Berbesé casó con un alto jefe militar de guarnición en la plaza.

Independizado el Brasil, las fuerzas lusitanas tuvieron que retornar al viejo continente, y fué así como nuestra compatriota (y así la llamamos aunque en esa época no éramos independientes todavía) se alejó de estas playas para siempre. Portugal, como los demás países europeos, tuvo que pagar las consecuencias de los caprichos y ambiciones del gran corso Napoleón. Producida la contienda armada, doña Dolores Berbesé, acompañaba en las aventuras guerreras a su compañero, al igual de un ayudante.

Durante cierta batalla, su esposo cayó gravemente herido de un balazo, circunstancia ésta que llegó a amilanar a los soldados. Y fué entonces que, nuestra compatriota poniéndose al frente de la tropa arengó a los soldados dando tales pruebas de arrojo a su frente, que decidió la acción a favor de las armas lusitanas.

El gobierno portugués dispensó a doña Dolores Berbesé grandes honores.

YEGUADAS CERRILES

Las yeguadas cimarronas, en número de miles y miles de animales, se "alzaban" en "la época del celo", y formando enormes columnas, emprendían vertiginosas carreras por todo el territorio de la República, arrasando lo que constituyese un obstáculo para su paso.

Cuando las bandadas de avestruces empezaban a correr en determinada dirección, con sus largos cuellos bien en alto, huyendo del peligro que se aproximaba, era señal fija de que uno o dos días después se sentiría, en pos de aquéllos, primero un leve rumor que se iría acentuando por momentos, hasta convertirse en interminable y estrepitoso trueno, producido por los millares y millares de cascos de las bestias que al chocar contra el suelo en desenfrenada e incansable carrera, presagiaban desvastación y ruina.

Y ya en el Sur, sobre los mismos muros de Montevideo, después de haber sido "mangueadas" por los vecinos que se congrebagan para ello los animales volvían grupas, diseminándose por la dilatada y solitaria campiña, llegando los restos a la barra de San Miguel, sobre la frontera del Brasil, corriente de agua que cruzaban a nado, muchas veces en una anchura de cinco kilómetros, para internarse en los campos brasileños.

EL PRECIO DE LOS ANIMALES

Era tan reducido lo que se pagaba en los saladeros por los animales vacunos que, como precio, se ajustaba el valor del cuero, parte ésta también del animal que muy poca cosa valía, apenas si unos reales.

Muchas veces se sacrificaba un animal vacuno para utilizar la lengua y el cuero únicamente, dejándose el resto como "carnisa" para que lo devorasen los perros cima-

rrones y los caranchos y chimangos.

Por entonces se veían en las inmediaciones de los saladeros de Ramírez y Buxareo, ranchos cuyas paredes se levantaban con calaveras de vacunos y caballares, adosadas con barro.

LOS PERROS CIMARRONES

Una de las plagas que tuvo este país en la época del coloniaje y después de ella también, fué indiscutiblemente la de las manadas o jaurías de perros cimarrones que, desde no muy lejos de los muros de Montevideo, infectaban toda la campaña; perros cuyos antepasados, abandonados por sus dueños, quedaron librados a sus propios esfuerzos. Y esa vida de soledad y de peligros, los fué haciendo día a día más huraños, más feroces, hasta formar una nueva familia, una nueva casta que se denominó de "perros cimarrones".

En el año 1730, eran tantos los perros y tanto el mal que hacían al ganado vacuno y lanar, que las autoridades impusieron a los vecinos de Pando, Miguelete, Pantanoso, etc. etc., a quienes se les había donado terrenos, la obligación de presentar muertos, por lo menos, dos perros por mes.

El "Arroyo de los Perros" debe su nombre a la abundancia de cimarrones que por allí había.

Cuando la iniciación de las luchas por la independencia, época en que muchos estancieros abandonaron sus establecimientos, unos para aumentar las huestes republicanas y los "godos", que así llamaban los patriotas a los españoles, para buscar el amparo dentro de los muros de la ciudadela, acrecentó el número de perros cimarrones; y se cuenta que cuando Artigas empezó a sufrir las primeras defecciones de sus parciales, dijo resignado: "No importa; cuando me falte gente, pelearé a mis enemigos con perros cimarrones".

MONTEVIDEO MISTERIOSO Y FANTASTICO

La esquina que forman las actuales calles de Buenos Aires y Maciel, se conocía por "La esquina del Hacha".

Tal denominación se debió a que, en cierta noche, el dueño de la pulpería ubicada en una de esas cuatro esquinas, fué asesinado con una hacha, seguramente para robarlo.

Los herederos de la víctima, que prosiguieron después explotando el negocio, hicieron estampar sobre la pared, en la parte de la misma esquina, el siguiente letrero: "Pulpería del Hacha", que hasta no hace mucho tiempo, todavía, podía distinguirse.

Y los copleros, en sus serenatas, cantaban a las niñas:

"No pases mi vida
"No pases mi ñata
"Por aquella esquinita
"Que llaman esquinita del Hacha".

En Maciel y Wáshington, antes conocidas por San Diego y Santo Tomás, se perpetró otro crimen que impresionó vivamente a los pacíficos vecinos del entonces villorio. Al dar vuelta la esquina una noche un transeunte, fué muerto alevosamente de una puñalada.

Miembros de la familia del extinto, hicieron practicar en la pared, un nicho, en cuyo fondo, un pintor de brocha gorda, bosquejó algo que la gente de buena voluntad interpretaba como la representación de un ánima en pena. El nicho se alumbraba todas las noches con candil de aceite de potro; y una alcancía se encargaba de recoger las limosnas que por el eterno descanso del ánima en pena, dejaban las almas piadosas.

Los pobres contribuían solamente con oraciones.

Era también corriente señalar el lugar en donde se hubiesen cometido hechos como los ya narrados, con la colocación de cruces, que llevaban inscripciones del siguiente tenor.

"Aquí mataron a un hombre
"Con un acero cruel
"Que el corazón le partió.
"Roguemos a Dios por él."

Otro paraje trágico era indiscutiblemente el "Hueco de la Cruz", en lo que es hoy calle Reconquista. En tiempos de la dominación española, se encontró allí, un hombre asesinado.

La superstición dió en hacer aparecer en el lugar, en las horas de la noche, ánimas en pena, que danzaban al son de ahullidos y ruidos de cadenas a la luz intermitente de fuegos fatuos.

Después de la puesta del Sol, ni el más guapo se atrevía a aproximarse siquiera, al embrujado paraje; y quienes lo cruzaban a plena luz, no era sin antes hacer varias veces el signo de la cruz y de haber pronunciando,—en él y después del pasaje, realizado siempre a pasos acelerados.—las más eficaces oraciones para cohonestar la acción sacrílega de brujas y lobisones.

Pero, llegó por fin el bienaventurado día, que un alma piadosa, mandó construir allí un nicho con su correspondiente lámpara votiva, nicho y lámpara que, para ser bendecido hubo que realizarse una procesión encabezada por curas y acólitos revestidos con sus mejores ornamentos.

Y cuentan las crónicas que, después de esta ceremonia de exorcijos, rociada con agua bendita y en la que abundaron las frases del ritual "Vade retro, Satanás", los duendes se esfumaron para siempre, circunstancia que no fué óbice para que más de un timorato, al pasar por el "Hueco de la Cruz", se descubriese respetuosamente para persignarse y cruzar el camino, poco menos que a todo escape.

EL "GUADAÑA" DE ANTAÑO

Nosotros que creíamos que había un "Guadaña" único e indivisible, —el nuestro—el que es casi un compañero de prensa porque nos trae con sus primicias particulares informacione de algunas oficinas, nos hemos equivocado grandemente, al enterarnos de que, Montevideo tuvo también en sus mocedades, otro "Guadaña" que, como el de estos días. no perdía ni velorio ni entierro.

Don Deogracias, que así se llamaba el de antaño, hacía exclamar al pasar, a los tranquilos vecinos, muy afectos entonces a versificar sus pensamientos:

"Ahí pasa Don Deogracias
"Que va anunciando desgracias."

No obstante ser considerado como pájaro de mal agüero, ayudó el bueno de Don Deogracias en más de una ocasión, "a bien morir" a sus prójimos; y llenada tan triste misión, quedaba contento, que era la segunda de sus principales características.

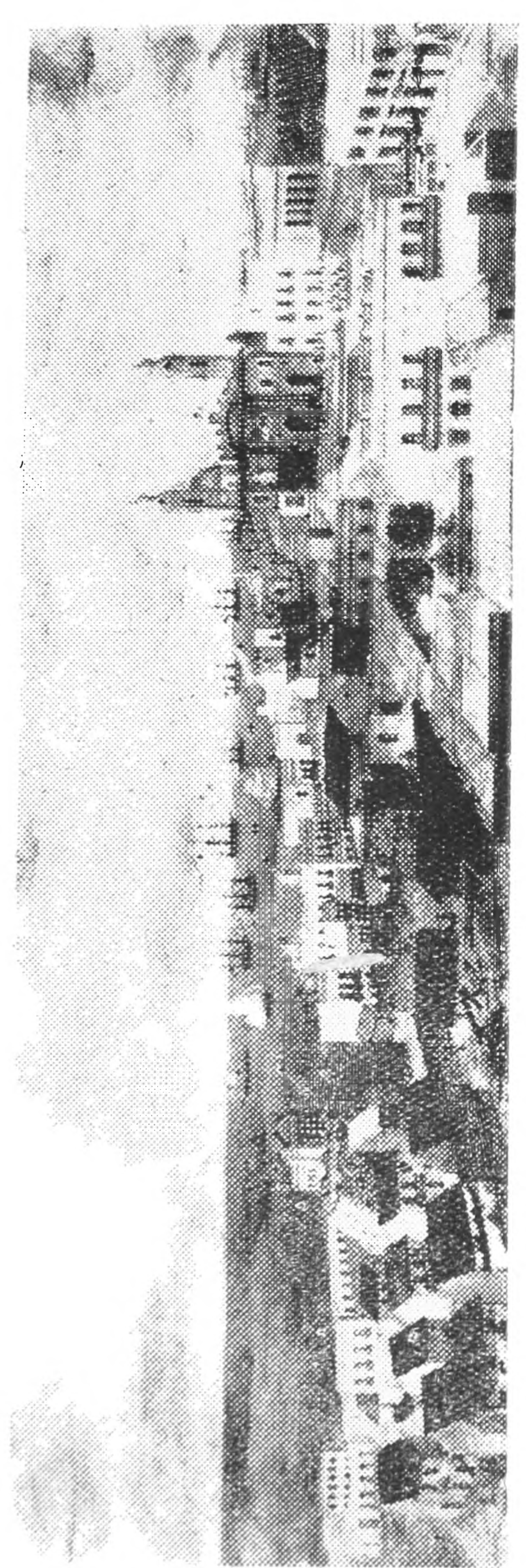
Don Deogracias al igual del "Guadaña" de estos buenos tiempos, fué justo como la Parca, dado que no respetó en sus fúnebres misiones, ni a pobres ni a ricos y ni a negros ni blancos.

Desde los tiempos de España
No ha visto Montevideo
Tan mortífera guadaña
Como "Deogracias el Feo".

CORRAL DE PIEDRA EN LA PLAZA INDEPENDENCIA

En la parte que quedaba libre de la Plaza Independencia, hacia el Noreste, enfrente a donde hoy se levanta el edificio que ocupa el Hotel Barcelona, se construyó cuando el Sitio Grande un corral de piedra destinado a guardar el ganado que por mar se traía de contrabando des de las costas del Este o bien de las de Río Grande.

Y decimos de contrabando, porque bien sabido es que la escuadra rosista al mando del almirante Brown, bloqueaba estrechamente el Puerto de Montevideo.



Parte central de Montevideo en 1840

El ganado, que se traía en goletas y lanchones, era arrojado al agua a la altura del Muelle Viejo, parte comprendida entre las calles Treinta y Tres y Misiones y, a poco de nadar, ya que las embarcaciones se aproximaban lo más posible a la costa, pisaba tierra firme para ser arreado hasta el corral a que ya nos hemos referido.

CAFES Y CONFITERIAS

El primer café con que contó Montevideo, fué el de "San Juan", más conocido por el del tuerto Adrián, porque tal era el nombre de su dueño, tuerto por añadidura y oriundo de la tierra de María Santísima.

La primera ubicación del comercio fué en la calle Ituzaingó, entre las de 25 de Mayo y Cerrito, en la acera que da frente al Este.

Más tarde y ya con la nueva denominación de "Café de la Alianza", tuvo su ubicación en la calle Cerrito, entre las de Zabala y Misiones.

Constituía la especialidad de la casa, el chocolate, servido en jícaras y que los parroquianos saboreaban como delicioso néctar.

El tuerto Adrián, locuaz como debe serlo todo buen andaluz, fiel devoto de San Felipe y Santiago, adornaba con palmas y guirnaldas de verde follaje el frente de su comercio, cuando se conmemoraba el patrono de Montevideo.

EL CAFE DEL "AGUA SUCIA"

Así como el café del tuerto Adrián, se hizo célebre por su sabroso chocolate, el de no menor renombre del "Agua Sucia", — debido tal vez a la calidad del café que servían, — de un español apellidado Costales, tuvo también su época de celebridad, gracias a la confección de un plato que, por aquel entonces, llamaban muy democráticamente "guiso de negro" en cuya preparación entraban papas, carne y arroz.

Don Pancho Martínez, que en su vida de estudiante supo de "cuando en vez" gozar de la suculencia de tal manjar, nos dijo muy seriamente:

—No crea, ché. Era muy apetitoso el guisote ese, aunque a veces le escasease el arroz. Y sobre todo barato. Imagínese pue por dos vintenes

y dos cobres nos servían una buena platada, con un pan de yapa.

No obstante lo poco atrayente de su nombre, este café, establecido frente al Cabildo, en la esquina de lo que es hoy Sarandí y Juan Carlos Gómez, fué punto obligado de reunión, sin duda, tal vez, porque allí se "timbeaba de lo lindo".

Además, según así se nos ha afirmado, sirvió de punto de cita para los conspiradores de todos los momentos.

CAFE Y CONFITERIA DE "LA BUENA MOZA"

¿Quién no ha oído hablar a nuestros mayores del café y confitería de "La Buena Moza"?

No tan antiguo como los del tuerto Adrián y del Agua Sucia, conquistó menor renombre.

La primera ubicación la tuvo en la calle 18 de Julio entre las de Yí y Yaguarón, en el lugar que hoy ocupa el teatro 18 de Julio y muy próximo a las líneas de la Defensa y al portón del Centro.

El nombre del negocio correspondió por la singular belleza de la esposa de su propietario monsieur Lafón, siendo la misma quien atendía los numerosos parroquianos, adoradores platónicos de la buena moza, dama que, por otra parte, por su indiscutible honestidad, su trato exquisito y por la bondad de las golosinas que expendía, se conquistó el respeto y la estimación de todos quienes la trataron.

Más tarde la confitería de "La Buena Moza", — una de las principales de la época, — fué trasladada a la calle 18 de Julio esquina Andes, y aunque pasó a otras manos siguió siempre con la denominación de "La Buena Moza".

LA DE DON RAYMUNDO

Así se denominaba al café y confitería de un viejo portugués llamado don Raymundo, negocio que funcionaba a inmediaciones del teatro San Felipe, allá por 25 de Mayo y 1.o de Mayo. Y si hemos de dar crédito a lo que dicen las crónicas, era don Raymundo verdadero artífice en la confección de postres que llamaban "Ramilletes", elaborados en distintas formas y a base de huevos quimbos, merengue, naranja acaramelada, yema quemada y salpicado con grajeas, razón por la cual era el favorecido para servir en bautizos y casamientos.

EL JARDIN DE BUERO

La de Buero, que en un principio estuvo en la vereda de enfrente a la de don Raymundo, se trasladó más tarde y ya rebautizada con el nuevo nombre de Jardín de Buero, a la calle Cerrito, calle por medio con lo que es hoy Iglesia de San Francisco; y en el jardín que a los fondos tenía la finca, se instalaban mesitas para que los parroquianos al hacer sus consumaciones, disfrutasen de los acordes de una orquesta de arpa, violines y guitarras y que, si bien es verdad, no era la típica contemporánea con sus descompasados e inarmoniosos ruidos de matracas y cacerolas viejas, no por eso dejaba de atraer numerosa clientela.

LA QUINTA DE LAS ALBAHACAS

La popular quinta de las Albahacas que en aquellos buenos tiempos quedaba en las afueras de Montevideo, tenía su ubicación en el radio que hoy abarcan las calles Miguelete, Ejido y Cerro Largo, siendo por lo general punto terminal de las excursiones pedestres que realizaban las familias "por pleno campo".

El origen del nombre lo motivó la abundancia de albahacas que había en su predio.

Pero la verdadera popularidad de la quinta, arranca desde la fecha en que fué habilitada como "Recreo", con cancha de bochas, sapo y otros juegos y en donde se servían apetitosas comidas a los parroquianos.

EL HIMNO PATRIO

¿Cuándo fué que por primera vez, los alumnos de las escuelas públicas cantaron en público el Himno Nacional?

Si hemos de estar a los informes que sobre el particular hemos podido obtener, fué allá, por el año 1843, en la Plaza Constitución, por iniciativa del coronel don Pablo Goyena.

Conviene destacar, que el himno a que nos referimos es el actual,

cuya composición musical se debe al coronel Quijano; y no el que se ejecutó con motivo de las fiestas de la Constitución, celebradas en 1830, cuya música se cree también perteneció al mismo coronel Quijano.

Con anterioridad a estos dos himnos, letra del inspirado vate don Francisco Acuña de Figueroa, se cantaba en las solemnidades, una canción patriótica del mismo autor, musicada por un señor Barrios, argentino de nacionalidad.

Algunas estrofas del canto guerrero decían así:

"Cuando vibra el clarín de la [guerra
"Cuando truena con fuerza el ca- [ñón, etc.

DONDE SE ESCRIBIO EL HIMNO

A estar a los mismos informes, la musicación de nuestro Himno Nacional. se hizo en la propia casa del poeta Acuña de Figueroa, en la manzana que está al Este del Hospital Maciel.

En efecto: Figueroa vivía en la hoy calle 25 de Mayo, a cincuenta metros del hospital; y el Coronel Quijano, a la vuelta, en la calle Maciel, frente a la Iglesia de la Caridad.

Quijano que era español de origen y oriental de corazón, llegó a Montevideo en aquellas épocas turbulentas, como actor de una compañía dramática que trabajó en el San Felipe; y habiéndole resultado muy de su agrado el ambiente, sentó aquí sus reales, siguiendo como todos los habitantes de muros adentro, por la fuerza de las circunstancias durante la Guerra Grande, la carrera de las armas. Actuó con denuedo durante el sitio y en distintas acciones de guerra. En la batalla de Cagancha en la que Rivera hizo sentir el peso de la derrota al general Echagüe, que mandaba el ejército invasor del tirano Rosas, Quijano era segundo jefe de un batallón de los nuestros.

Amigo íntimo de Figueroa, que era también hombre muy aficionado a cuestiones de teatro, tomaba en casa de éste, todas las mañanas, el consabido cimarrón. Las tertulias eran siempre amenizadas con una guitarra de la que Quijano fué en todo momento, apasionado y feliz ejecutante.

De aquella casa solariega, bajo el contralor del poeta y a los acordes del más criollo de los instrumentos, fué saliendo nota a nota, el himno patrio, y que más tarde escribiera el maestro Deballi.



Soldado de la guardia en la época de la Defensa

LAS CARRERAS

Nuestros mayores no conocían ni concebían tampoco, que las carreras de caballos pudieran realizarse en circo; y que, a los pingos pudiera bautizárseles con otros nombres que los que "marcaban" sus pelos. Así, por ejemplo, los fletes criollos, dado que por aquel entonces no se había iniciado la mestización de la raza no se les denominaba de otra manera que el "pangaré" o el "tubiano" de fulano, el "malacara" u "overo" de mengano y el "picazo" o "tabicano" de zutano. Nada pues, de nombres extranjeros, tales como Desmoulins, Mirabeau, Okapí, etc., etcétera, que se estilan ahora.

La investigación de la paternidad caballar, era también cosa que no interesaba a nadie. Si un caballo salía bueno, era porque era bueno, nomás, porque había músculos en sus remos "buen estado", "buena preparación" y resuello bastante, para aguantar en tiro largo.

Y como no se llevaba cuenta del linaje, los "taitas" de las pistas, eran generalmente hijos del amor libre, y por ende, de padres desconocidos.

Con uno o dos meses de anticipación, se "desafiaban" los propietarios de los brutos rivales, ajustándose las condiciones de la carrera por tantas onzas o por tantos cientos de patacones, y tantas cuadras a correrse, que tal era la medida lineal de la época. Y desde ese día, la carrera entre el "ruano" de Fulano y el "bayo encerao" de Mengano, era el tema obligado de todas las conversaciones.

Como el sport con su correspondiente boleteo era cosa igualmente desconocida, las apuestas entre los partidarios de uno y otro caballo, empezaban a realizarse personalmente desde el momento en que quedaba concertada la carrera, apuestas que se ajustaban según el entusiasmo y la fe que pudiesen tener los jugadores en la valentía de los brutos.

—Le doy usura con el "bayo encerao".

—¡Qué va a dar "usura" con ese sotreta, que no sirve más que pa arrastrar el barril del agua!

—Le doy doble contra sencillo a su "ruano".

—¿Y cola y luz?

—¡Avise!

Y con apuestas y dicharachos así por el estilo, llegaba el gran día de la carrera, que se realizaba en línea recta, en la Playa de la Aguada y a cuyo acto, aparte del elemento de la ciudad, concurría también, desde largas distancias, a veces, el paisanaje cón sus mejores fletes, entre los cuales solía haber algún "tapao", así llamado al caballo forastero que, sin mayores apariencias de parejero, daba el batacazo cuando se le sometía a la prueba.

Un gentío enorme, la mayor parte de a caballo, tomaba posiciones estratégicas a ambos lados de la pista o de la "cancha", a cuyos bordes y a una distancia prudencial, se levantaban algunas carpas atendidas por "quitanderos", para el expendio de bebidas. Entre todo ese gentío, escurriéndose por aquí y acullá, las morenas con sus canastas repletas de tortas fritas y pastelitos de carne y de natilla, ofrecían sus golosinas caseras.

Y llegaban los parejeros con sus mantas de frazadas o de arpillera, guiados por sus propios corredores.

Los "abanderados" encargados de "largar", los jueces de partida y los jueces de llegada, como así también los "veedores", ocupaban ya, en chclillas" pa no cansarse, por que la cosa duraba", sus respectivos puestos sobre la misma pista. El comisario, el sargento y algunos "celadores", armados con tercerolas y largos sables, recorrían a galope tendido la cancha, para conservarla constantemente expedita en toda su extensión.

El vocerío de las apuestas entre los partidarios del ruano y del bayo, era ensordecedor e interminable.

—Voy cinco onzas al ruano!

—Está tomao!

—Tomao estará su... agüelo!

—No aparcero. Le voy las cinco onzas...

—¡Muy bien; cinco onzas!

Y en apuestas hechas así, termi-



Llegaron los parejeros
Bajo rebenque "doblao"
Y dijeron los rayeros
Para todos, caballeros
Les ganó el bayo "encerao".

nada la carrera se buscaban el ganador y el perdedor, para ajustar sus cuentas.

Minutos antes de aparecer en el "andarivel" los caballos, volvía a medirse con los "maneadores" el largo de la pista; y realizada esta operación, se llevaban los parejeros a sus respectivas "sendas".

Los corredores que montaban "en pelos" se quitaban las botas, el saco, el chaleco y hasta el sombrero; y sobre la frente se colocaban una vincha, recogiéndose el pliegue del chiripá para oponer así, la menor resistencia posible al viento.

Y llegaba el momento espectante de los "aprontes".

Los dos caballos quedaban "apareados" y firmes; primero, como mirando el camino que tenían que correr. Después y alternándose, salían al paso; y más tarde al trote. recorriéndose unos cien metros. Nueva parada para que "aprendiesen" mejor el camino; y luego, el corredor se desmontaba para llevar de la brida al flete, hasta la raya de partida, contoneando exageradamente su cuerpo y haciéndose lo más "cambueta" posible, que tales eran también características muy estimables en los corredores de antaño. Y nuevamente en la raya, volvía a montar para repetir la operación unas cuantas veces.

En el inter, el paisanaje hacía sus comentarios respecto al "estado" de los parejeros; y los más entendidos en cuestiones turfísticas, reservaban sus pronósticos y sus apuestas para después de haberse fijado con toda minuciosidad, en la calidad la bosta caída de los parejeros, operación fisiológica que se producía a poco de iniciarse las "partidas fuertes" y a " requirimiento" de unos sonidos fonéticos, peculiarísimos, que los corredores se encargaban de hacer oir a los pingos, con no poca ansiedad.

Más tarde llegaba el instante de las "partidas fuertes", consistentes en intensificar más el galope de los caballos.

"Los banderas" el primero y el segundo, separados el uno del otro a una distancia de quince o veinte metros, con sus pañuelos blancos atados al mango del arreador, se habían incorporado ya, para dar la señal de partida; pero los corredores, gauchos ladinos y "ventajeros" querían madrugarse recíprocamente.

Y allá, a las cansadas, y a la voz de ¡Aura y se jueron!, partían al fin, los parejeros, en medio de un griterío ensordecedor, a la vez que todos los de a caballo corrían en

pos, hacia la raya, gritando y apostando cada cual, aunque inútilmente ya, al caballo de sus afecciones.

Una de esas carreras realizadas, como lo hemos dicho en la Playa de la Aguada, en que corría un caballo del coronel Tajes y otro del coronel Brid, jefe de la legión vasca, fué deshecha cuando la Guerra Grande, a cañonazos. A lo mejor de la fiesta y segundos después del estampido del cañón que tronaba allá en la eminencia del Cerrito de la Victoria, cayeron sobre la arena algunas granadas, las bastantes para "aguar" la reunión.

Después, el adelanto, la civilización,.. modificó las costumbres, estableciéndose primeramente un hipódromo en Punta Carreta; más tarde otro en Ituzaingó y finalmente el que funciona en Maroñas; y ese mismo adelanto y esa misma civilización modificó igualmente la forma de las apuestas con la implantación de los sport en el Hipódromo, las casas de sport a los cuatro puntos cardinales de la ciudad y los "clandestinos".

DON JUAN MANUEL BONIFAZ

Por aquellos buenos tiempos en que el doctor Ferreira y don Pancho Martínez empezaban a nutrir sus espíritus con la ciencia del saber, Montevideo contaba con colegios, tales como el célebre "Oriental" de don Juan Manuel Bonifaz, en la calle Cámaras, antes de los Judíos, entre Cerrito y Piedras.

Hombre de innovaciones el señor Bonifaz, había introducido algunas modificaciones a la gramática, enseñándola en verso para facilitar así mejor su retención en la memoria de los colegiales.

GRAMATICA CON GUITARRA

Pero, lo más notable de los métodos pedagógicos del señor Bonifaz, que supo **formar hombres** de positivo valer, es que, sentándose comodamente sobre una tarima y haciendo formar a su frente a los educandos, pulsaba una guitarra para que, éstos, al compás y al tono de la música y a la vez que daban a sus cuerpos el correspondiente balanceo, repetían a coro lecciones de gramática cantada y bailada, que de tal manera la llamaba don Juan Manuel.

Y era así como se cantaba al son de la vihuela cosas de este tenor:

"Nombre sustantivo es
Lo que puedas ver, tocar
O lo que puedas contar.
Las preposiciones son,
Sobre, contra, tras, de, so
Entre, a, en, por, ante,
Desde, hacía, hasta, por".

El doctor Ferreira que hoy rememora con placer aquellos lejanos días, nos dijo que sería una originalidad la de don Juan Manuel Bonifaz, pero que, las lecciones así dadas, daban resultados eficaces, con la repeticion diaria de los cantos, puesto que quedaban grabadas fielmente en la memoria del niño todas las reglas gramaticales.

La mayor parte de la enseñanza se hacía en forma verbal o con demostraciones en el pizarrón, y todo debía hacerse de memoria, tanto, que en las respuestas que debieran dar los alumnos, no se consentía el cambio de una sola palabra "del texto", aunque ella fuese sinónima.

Como régimen de castigo corporal, imperaba la palmeta, las disciplinas y la varita de membrillo que caía ya sobre la espalda del muchacho distraído en golpe que no hiciese daño, o bien sobre las yemas de los dedos, que a tales efectos se hacían poner en montón, para recibir las descargas.

Aparte de estos castigos se imponían otros no menos elocuentes, tales como la colocación de un gorro con orejas de burro y con un lema sobre la frente de "Yo soy burro", que se colocaba al alumno que no supiese la lección, quien, además debía permanecer arrodillado en lugar bien visible y a veces, con las rodillas sobre granos de maíz.

Fuera del colegio Oriental, prestaron también sus inapreciables servicios, el de Vargas, el de los Escolapios y otro francés del abate Paul.

LAS CORRIDAS DE TOROS

Este espectáculo, abolido durante la administración del general Tajes a raíz de la muerte en la Plaza de la Unión, del malogrado espada Punteret, fué también de los que entusiasmaban grandemente a nuestros mayores.

La primera plaza de toros, con que contó Montevideo, se levantó, — año más, año menos, — en 1776, en el terreno que hoy ocupa el Hospital Maciel.

Más tarde y con el fin de recolectarse fondos para la construcción de La Matriz y del Hospital de Caridad, se construyó en 1790 y en el mismo lugar que ocupaba la anterior, una nueva plaza, más amplia y que ofrecía consiguientemente, mayores comodidades a los espectadores, funcionando hasta 1796.

Desde esta última fecha, parece que el entusiasmo por tal clase de espectáculos, decayó un tanto, hasta el año 1823 en que, dominando entonces los portugueses, organizaron éstos una corrida de toros embolados, en la Plaza Matriz, arreglada convenientemente como uno de los números de programa para proclamar la Constitución Lusitana.

Antes de iniciarse la Guerra Grande (1843), hubo otra Plaza de Toros, circundada de ombúes en la Quinta de Massini, manzana correspondiente dentro de Constituyente, Santiago de Chile, Soriano y Tacuarembó.

La actual Plaza de Toros de la Unión, fué construída en 1852, después de la Guerra Grande; y hasta ella llegaban los aficionados a la tauromaquia en sus primeros tiempos, en carretillas y a pie, ya que por entonces los tranvías brillaban por su ausencia y las sopandas, vehículos de dos ruedas eran muy pocos y... de propiedad particular.

FESTEJOS POPULARES

Los aniversarios patrios, siempre se solemnizaban con gran entusiasmo; y para dejar demostrado que no exageramos, bastará decir que en cierta ocasión que se festejaría el 25 de Mayo de 1844, se invitó a los escolares a que se congregasen en sus respectivos colegios, en la noche del 24, para que así reunidos, pudiesen estar al despuntar el alba en la Plaza Matriz, para cantar allí el Himno Nacional.

Y así los alumnos, de a dos en fondo, precedida cada corporación por el pabellón patrio, acompañados por sus maestros, llevando en uno de sus brazos una moña celeste y cruzado cada pecho con una banda, fueron llegando al lugar de la cita, ateridos de frío sí, pero con acendrado patriotismo dentro de sus infantiles pechos.

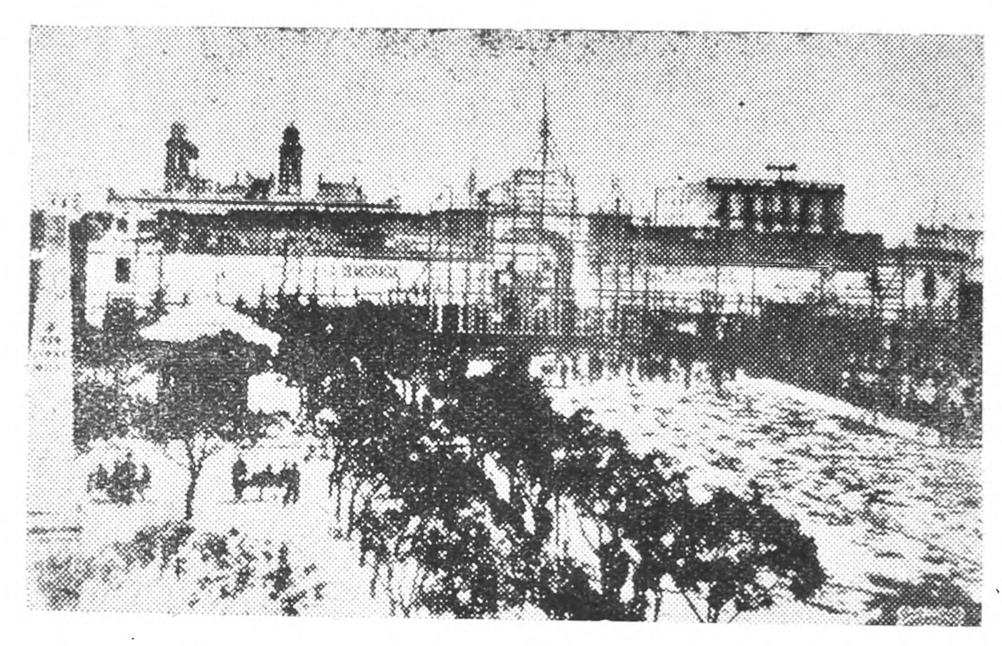
Nuestros abuelos consideraban que no era buen ciudadano quien no concurriese a la Plaza en un aniversario patrio, a oir cantar el Himno Nacional y los acordes de las dianas que ejecutaban las bandas de música, cuando el astro rey rompía su marcha hacia el cenit.

Entre los festejos populares de esos días, que más tarde y cuando la Defensa, se realizaron fuera del Portón del Centro (18 y Yaguarón) figuraba el palo jabonado, la piñata, la sartén, el rompe cabezas, carreras de embolsados y la sortija.

El arco para la sortija, se colocó en los primeros tiempos en La Plaza Matriz, calle Ituzaingó entre las de Sarandí y Rincón; y las corridas, en las cuales tomaban parte la juventud elegante, — jinetes en bien enjaezados caballos, — se iniciaban a media tarde, ante la presencia de numeroso elemento femenino.

Era costumbre entre los jugadores, que quien "sacase la sortija" y se le diese en premio de su habilidad el consabido anillo, éste pasaba de inmediato a manos de la pro-

metida, o de la que estuviese en vías de serlo.
En Carnaval, tales suertes las realizaban los concursantes montados en mulas; y en vez del arito, como sortija, se colocaban rosquetes.
Las últimas sortijas que se corrieron dentro de la ciudad, fué en la Plaza de Artóla.



Plaza Independencia en 1871. Festejos del primer aniversario de la Toma de Roma

CASAMIENTOS Y BAUTISMOS

Por aquel entonces en que no regía la ley de Registro Civil, que se sancionó recién en 1879, los casamientos, se verificaban religiosamente, nada más.
No era costumbre, que los sacerdotes se trasladaran a casa de la novia, como ocurre ahora, para realizar la ceremonia, sino que por el contrario, los novios acompañados por los parientes e invitados marchaban a pie hasta la iglesia en donde debían efectuarse los esponsales.
Estos actos, se festejaban con grandes "comilonas" de menú genuinamente criollo; y era costumbre que el flamante matrimonio quedase a vivir en casa de los padres del novio, a cuyo efecto, se amueblaba para los mismos, con modesto juego de dormitorio, una de las tantas piezas el caserón solariego.

Idéntico procedimiento al empleado para con los casamientos, se seguía con la ceremonia del baustismo.
La comitiva se dirigía a la iglesia en columna y en parejas tomadas de los brazos.
Terminado el acto bautismal y en circunstancias en que la comitiva hacía su aparición, en la puerta del templo, un enjambre de muchachos atronaba el espacio con gritos de ¡padrino pelado! ¡padrino pelado!, quien, para demostrar que su situación financiera no era tan desesperante como la proclamaban los arrapiezos, arrojaba a la "marchanta" puñados de monedas de cobre, especialmente "cinquiños" cuyo valor equivalía a la mitad de "dos cobres", que la gente menuda se disputaba a revolcones sobre la calzada.

LOS RATEROS

Para muchos ha de resultar no poca sorpresa, cuando se enteren de que, en los primeros años de nuestra vida independiente, el muy temido gremio de "punguistas" o "descuidistas", estaba ya dignamente representado.

En aquellos buenos tiempos, se acostumbraba a usar, para asegurar los relojes, unas cadenas dobles de oro u otro metal, a veces formadas por cabellos trenzados y adornadas con "pasadores" y "virolas" de oro, cadenas que se pasaban al cuello como un collar. Generalmente, las cadenas así confeccionadas, constituían un recuerdo personalísimo de familia. Pues bien. En cierta ocasión, don Félix Buxareo, fundador de ese apellido en el Uruguay, apadrinaba el bautismo de una nietecita suya—(hija de D. Jaime Cibils y de la esposa de éste, doña Plácida Buxareo, y que más tarde fuera la muy respetada matrona, doña Petrona Cibils de Jackson),—lucía hermoso cronómetro de oro.

Realizado el bautismo, la comitiva precedida por don Félix, fué detenida en el atrio del templo por una verdadera nube de chicos y grandes, quienes al grito de ¡viva el padrino! ¡padrino pelado!, se avalanzaban sobre la víctima que arrojaba a la "marchanta", montones de "cobres".

En una de esas atropelladas un "descuidista" de la época, simulando dar un manotón para atrapar "a boca de jarro" unos vintenes, quitó al bueno de don Félix y sin que éste ni nadie de los del séquito se diese cuenta, la enorme cadena con su correspondiente reloj.

EL PRIMER ESTABLECIMIENTO FOTOGRAFICO

Allá por 1855 contó Montevideo con su primer "establecimiento fotográfico", gracias a la decisión de un francés, Mr. Bartonet, que sentó sus reales en la calle Treinta y Tres, entre la de 25 de Mayo y Cerrito, en la acera que da frente al Este.

No eran fotografías, propiamente dicho, las de Mr. Bartonet, sino "daguerreotipos", que, mediante tres patacones por ejemplar en chapa de bronce colorado de 0.10 por 0.07, se entregaba al fotografiado, con vidrio y su correspondiente "passe par tout".

Y como por aquel entonces no todos podían ostentar "cadenas de pelo" con pasadores de oro, sobre el pecho y anillos en los dedos, el genio artístico de Mr. Bartonet, se encargaba de alhajar la efigie de cliente, con tales prendas y sin que por ello recargase la tarifa de sus precios.

DON FELIX BUXAREO

Y ya que hemos hablado de don Félix Buxareo, ocupémonos con mayor minuciosidad de este hombre de progreso, fundador en el Uruguay de tan prestigioso apellido.

Nuestro biografiado arribó a estas playas en épocas del coloniaje y en circunstancias en que el rey de España había prohibido terminantemente la emigración de sus súbditos de la península ibérica.

Don Félix, a la sazón, muchacho, pobre, pero lleno de ansias de trabajo y de hacer fortuna, pudo, vio-

lar la disposición real que le prohibía salir del reino, embarcándose, posiblemente, con la complicidad de los marineros, en un buque de vela que ponía proa hacia estas tierras de leyenda.

Y el muchacho, vivaz, comedido, bueno y guapo, cautivó desde los primeros momentos a los lobos de mar, que le preguntaban en las horas aburridas de tan largo viaje:

—¿Pero qué vas a hacer en América, chico?

—Voy a hacer fortuna, respondía resueltamente el pequeño catalán.

Llegados al puerto de Montevideo, el desembarque del súbdito español debía realizarse subrepticiamente, en virtud del decreto real a que ya nos hemos referido.

—¿Y ahora? — preguntó a sus amigos a poco de haber anclado el barco en las proximidades de la costa, el aventurero muchacho.

—No te preocupes, que ya te haremos tocar tierra, de contrabando.

Llegada la noche, una pipa vacía se dejó caer de una de las bordas del buque, y tras la pipa otro bulto, un hombre, un muchacho que, a poco, estaba asido con ambas manos a tan original medio de transporte, a la vez que de abordo partían despedidas del siguiente tenor:

—¡Muchacho; vete a hacer fortuna!

—¡Buena suerte, chico! ¡Adiós!

La brisa y la marea, del todo favorables, arrojaban momentos después en la entonces solitaria playa de la Aguada, aquella inmejorable cimiente humana, que fué indiscutible factor de progreso y de filantropía en la vida embrionaria del país.

El comercio ofreció al pequeño Buxareo amplio horizonte para ver colmadas sus legítimas aspiraciones; y fué así como al correr de los años, — primero con almacén por menor en pleno campo, donde es hoy 18 de Julio esquina Eduardo Acevedo, y más tarde con almacén por mayor, — empezó a disfrutar de una posición desahogada.

Don Félix Buxareo fué uno de los más fuertes saladeristas que exportaran tasajo a España y al Brasil, en un buque de su propiedad, llamado "La Plácida". Su establecimiento saladeril estaba ubicado en terrenos que hoy ocupa el Jardín Zoológico de Villa Dolores.

Otro establecimiento similar fué el de Ramírez, ascendiente de José Pedro Ramírez, Carlos María, etc., y que funcionaba a inmediaciones de lo que es hoy Parque Rodó, siendo debido a tal circunstancia que, tanto la playa como todos aquellos alrededores sean conocidos por "Ramírez".

Don Félix Buxareo, que aparte de las ponderables cualidades que ya hemos mencionado, era también muy amigo de los niños, cada vez que se le ofrecía la oportunidad y recordando la forma de su desembarco, decía lleno de orgullo: "Yo vine de contrabando"

LA MAESTRANZA

Así se llamaba a lo que hoy denominamos Arsenal; la cual ocupaba un edificio en la calle Bartolomé Mitre, en donde actualmente funciona el teatro Royal, y que abarcaba toda la manzana. Allí se fabricaban los correajes para el ejército.

LA UNIVERSIDAD

La Universidad estaba en relación directa también, con los demás adelantos de la época; y por cierto, que prestó sus bien señalados servicios en el viejo edificio de la calle Sarandí esquina Maciel, donde más tarde funcionara la Facultad de Medicina, que dió paso a su vez al Instittuto Anti-rábico y a la Escuela de Arte que dirije el escultor Cantú.

Su primer rector fué el sacerdote don Luis J. de la Peña; y entre otros, tuvo también a don Manuel Herrera y Obes, a don Florentino

Castellanos y otro sacerdote apellidado Castro.

Reliquias vivientes de aquellos días de epopeya, son los doctores Mariano Ferreira, Eduardo Brito del Pino, Domingo González, José M. Sienra y Carranza y don Pancho Martínez, de quienes nos ocuparemos separadamente.

A los estudiantes no se les cargaba de libros, como sucede ahora, sino que por el contrario, sus conocimientos los adquirían principalmente al dictado de sus profesores, con alguno que otro libro que a aquellos caía a mano, o bien tomando apuntes en cuadernos de las lecciones que se anotaban en pizarrones.

Don Pancho Martínez conserva muy gratos recuerdos de su profesor de Física de 2.o año, Mr. Pasquier, de quien nos hizo grandes elogios.

LAS PROCESIONES

Por aquellos tiempos, las procesiones religiosas, se realizaban más frecuentemente que ahora. Los santos, festejando su "onomástico", salían a paseo sobre angarillas que transportaban sobre sus hombros los devotos, que eran la casi totalidad de los habitantes.

Las del Convento de San Francisco, — por ejemplo, — cuyo templo se erigía en la esquina que hoy ocupa la Bolsa de Comercio, con átrio sin techo, al que daban acceso dos amplias escalinatas de piedra, una sobre Zabala y otra sobre Piedras, hacían el siguiente recorrido: por Zabala a Piedras, de ésta a Misiones y de aquí a 25 de Mayo, para bajar por Zabala hasta llegar nuevamente al convento.

Las que se realizaban por los feligreses de la Matriz en días de Corpus, daban vuelta solamente a la Plaza Constitución, siendo acompañadas por los hombres de gobierno y por un batallón del ejército de línea. Muchos vecinos levantaban en tales ocasiones, altares frente a sus casas y que eran bendecidos por los sacerdotes. Determinados trechos de calle, por donde pasaba el séquito, se alfombraban y cubrían de flores.

En cierta ocasión que los feligreses de San Francisco marchaban en procesión, — Zabala abajo, — vieron venir de pronto y a la disparada, tres toros de los recién desembarcados en la Barraca de las Bóvedas, para el consumo de la plaza. Y a los gritos de los enlazadores que los perseguían y al tropel de las bestias en desenfrenada carrera, aquello fué un sálvese quien pueda.

La imagen de San Roque, en cuyo honor se realizaba aquel acto de fe, quedó irreverentemente plantada en medio de la calle, como así también otros atributos religiosos que fueron arrojados por los fieles portadores, quienes, con las manos ya libres, y al igual de los sacerdotes, se trepaban en lo más alto de las rejas de las ventanas, que por cierto y para felicidad de la grey, abundaban en aquellas buenas épocas; verjas que, a poco de haberse dado el grito de alarma quedaron convertidas en pintorescos y abigarrados racimos humanos.

El entonces monaguillo y más tarde segundo obispo del Uruguay, monseñor don Inocencio Yéregui, en la imposibilidad de "elevarse" en aquel preciso momento, optó por colarse, con cirial y todo, al zaguán que tuvo más próximo, de donde no salió hasta que lo convencieron que el peligro había desaparecido y que rehecha la procesión, proseguiría su ruta interrumpida tan intempestivamente.

EL VIATICO

El viático, es otro espectáculo que ha cambiado en su modismo exterior.

Cuando en una casa había un enfermo de gravedad al que ya se consideraba en peligro de muerte, se solicitaba la presencia de un sacerdote para que confesase al paciente y luego le suministrase la extremaunción.

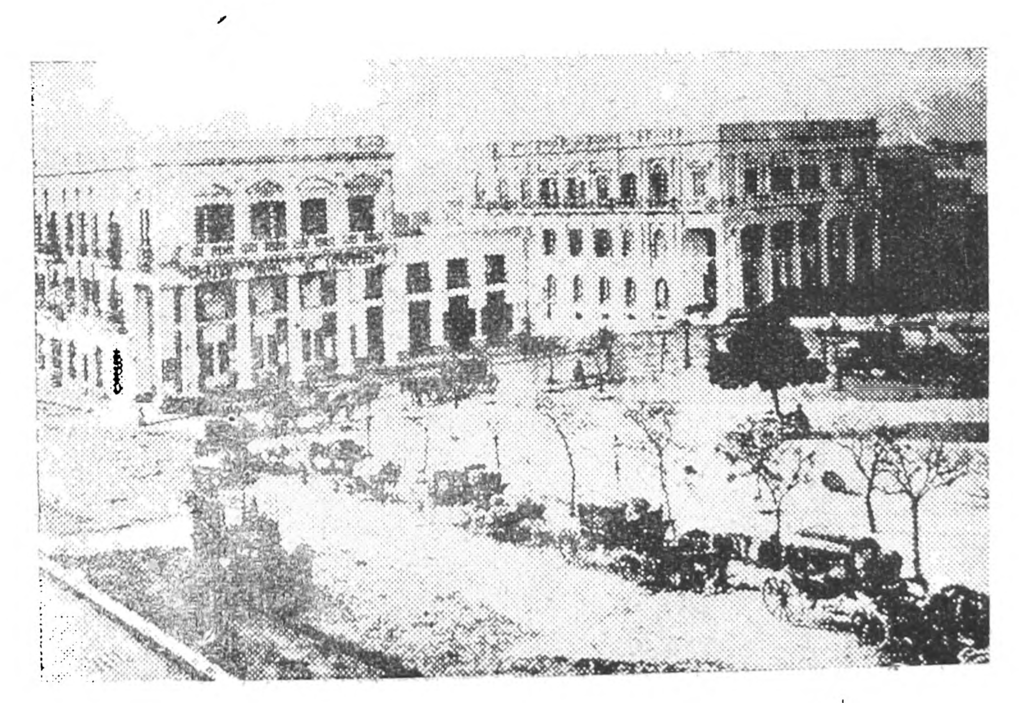


Coracero del ejército del general Rivera

Breves y plañideras campanadas, anunciaban la salida del viático y a poco un sacerdote con los atributos, aparecía en el atrio de la iglesia, precedido por un muchacho, que de a dos golpes seguidos y con breves intermitencias agitaba una campanilla anunciando la aproximación de la comitiva. Otros dos chicos, o dos hombres, — según los casos — llevaban igual número de faroles con velas encendidas; y la guardia del Cabildo, mandaba para que integrasen el séquito, por estar ya así establecido, dos de sus soldados armados.

Estas ceremonias eran miradas con tanto respeto por los vecinos, que las esperaban arrodillados y descubiertos, para incorporarse a ellas de inmediato.

Proporcionados al enfermo los auxilios sacramentales, la comitiva volvía en idéntica forma a la iglesia, y antes de depositarse la hostia en el sagrario, el mismo sacerdote bendecía a sus acompañantes, que se retiraban a sus casas o a sus obligaciones, con la conciencia del deber cumplido.



Plaza Independencia en 1860. Vista sacada desle el portón de la Ciudadella

VELORIOS Y LUTOS

Las paredes y el piso de las salas mortuorias eran cubiertas totalmente por zaraza negra, y en la puerta del zaguán, atado a la aldaba o llamador, sustituía al lacayo de hoy, desde la época del asesinato del general Flores, una gran moña de crespón o de zaraza, según la posición financiera de la familia.

En los velorios la concurrencia era obsequiada con mates amargos y dulces, que en gran número, se encargaban de hacer pasar de mano en mano, negras y chinas, sirvientas de la casa y de las vecinas.

Los lutos, tanto en hombres como en mujeres, eran exageradamente largos y pesados. Aquellas, con mantos y crespones, echados a la cara; y éstos con "fumos" así llamadas las anchas cintas que se colocaban en las copas de los sombreros y con pecheras negras, cuando no camisas de ese color.

Terminada la inhumación del cadáver, los deudos se colocaban en fila a la puerta de entrada del cementerio, para que, cada uno de los concurrentes al sepelio, al estrecharle las manos, volviesen a repetirle una vez más: "le acompaño en el sentimiento".

En algunos casos, después del sepelio, los asistentes eran invitados a ir a un almacén próximo al cementerio, para ofrecerles un refrigerio.

Los velorios de criaturas de poco tiempo, eran llamados velorios de angelitos; y ellos daban lugar a bailes, colocándose el féretro, — según las dimensiones de la sala, — unas veces en el centro de la misma y otras en un rincón.

En los suburbios, la música se ejecutaba con guitarras y acordeones.

Otro informante, Visitación Perna, criollo de pura cepa que perteneció al Cuerpo de Serenos y de quien nos ocuparemos más adelante, nos ha dicho que a veces eran tantas las ganas de bailar que tenía la gente, que el angelito se "emprestaba" para proseguir el jolgorio en otra casa.

EN 1852.....

—Miren, nos dijo otro informante. Yo vivía en 18 entre Arapey y Daymán; y bien... en la esquina de la última no había vereda.

—¿Y empedrado?

—Ah, sí. En cuanto a empedrado, lo había en 18 de Julio, pero con unas piedras que eran tan grandes como ruedas de molino.

—¿Muy edificado a esa altura?

—Juzguen ustedes. La manzana que comprende las calles Colonia, Julio Herrera y Obes, Mercedes y Río Branco, era una quinta de verduras. La casa de los quinteros, única del lugar, es la de la esquina de Río Branco y Colonia. Como yo tenía que ir todos los días a la Plaza de Frutos, ubicada en donde se levanta el Palacio Legislativo, lo hacía a caballo, saliendo por el portón de mi casa, que daba sobre la calle Daymán. Casi en línea recta hacía el recorrido hasta allá, por un sendero. Los edificios eran por aquel entonces en lo que hoy es nueva ciudad, pocos y muy diseminados.

LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

En verdad que no es de las cosas más viejas con que cuenta Montevideo; pero, considerando que conviene difundir su historia, así lo haremos muy suscintamente.

Realizada la paz de Febrero de 1865, después de la cual Montevideo empezó a gozar de los beneficios del ferrocarril, tranvía, gas, aguas corrientes, etc., etc., el general Flores, — gobernador a la sazón, — dispuso sellar tan fausto acontecimiento con la erección de una "Estatua a la Paz", que rememorase la reconciliación del pueblo oriental, a cuyo fin se realizaría una suscripción popular.

Lanzada la idea y por inspiración del propio general Flores, el basamento del monumento, no llevaría ninguna inscripción, para que así, los espíritus más susceptibles, de uno y otro bando, no tuviesen motivo de disgusto alguno.

Tan plausibles propósitos fueron secundados con toda eficacia por el entonces Jefe Político y de Policía coronel don Manuel M. Aguiar, que tomó desde los primeros momentos la iniciativa de los trabajos de obtención de fondos.

Ya en marcha la idea, se encomendó el bosquejo del monumento, al escultor italiano señor José Livi, autor también, de otros monumentos erigidos en el Cementerio Central tales como el de los servidores de la Patria y el de los Mártires de Quinteros.

Como en aquella época no sabíamos que teníamos la riqueza y variedad de mármoles nacionales, de los cuales es fiel exponente el Palacio Legislativo, se utilizó para la columna, material italiano.

Para la estatua, se fundieron cañones de bronce, que tomaron parte activa en las contiendas civiles anteriores. De manera, pues, que bajo este prisma, también, el monumento tiene su simbolismo. Los trabajos preliminares para la fundición, se ejecutaron en la cochera del Jefe Político coronel Aguiar, (Rondeau entre Uruguay y Paysandú) llevándose más tarde a término en el taller de don Ignacio Gorrigorry, de la calle Brecha.

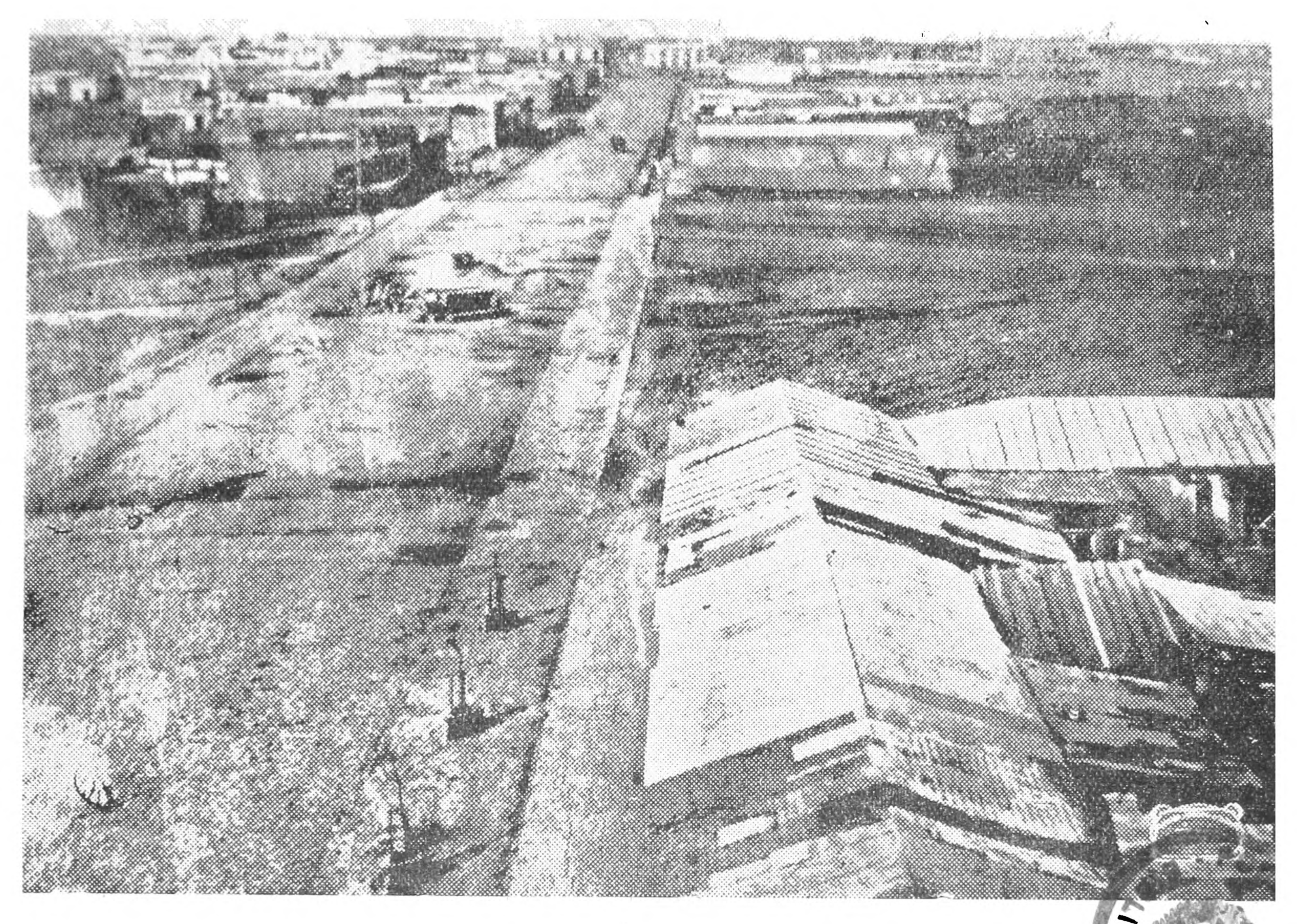
La suscripción popular fué encabezada por la entonces Comisión Extraordinaria Administrativa, con la suma de $ 1.200,00 y como aquélla, debido a la situación financiera del país, no alcanzase el éxito deseado, se organizó una gran rifa con el fin de arbitrar recursos, con diez mil cédulas, festival que organizaron exituosamente los señores José Cándido Bustamante y coronel Wenceslao Regules.

El contralor artístico, estuvo a cargo de los señores Antonio M. Dupart y Tomás Havers; y sirvió de modelo para la estatua la esposa del señor Livi, nuestra compatriota, la señora Rosa Pittaluga de Livi.

Durante el gobierno del general Tajes, en 1887 y para las fiestas del 25 de Agosto, se erigió en el centro de la plaza una columna o torre de mayor altura que el monumento, de modo que éste venía a quedar circundado por aquella. Por así haberlo resuelto el entonces ministro de Gobierno, doctor don Julio Herrera y Obes, otra exactamente igual erigida en la Plaza Independencia, remataba en una bandera roja, actitud que dió lugar a que se motejase después a aquel distinguido hombre público, con el nombre de "banderita al tope".

Los trabajos para la construcción de la torre, comprometieron la estabilidad del monumento; y tanto, que hubo la necesidad de proceder de inmediato a practicar las reparaciones del caso, oportunidad que se aprovechó, también, para sustituir el puñal que esgrimía entonces la figura en su mano derecha, por la cadena rota que hoy ostenta, como símbolo de libertad.

Desde esta última fecha fué que empezó a llamársele estatua de la Libertad.



Plaza Cagancha y Calle 18 de Julio, hacia afuera en 1858

CON EL DOCTOR DON MARIANO FERREIRA

Sabíamos que para encontrar al doctor Mariano Ferreira en su casa, teníamos que estar allí a poco de que hubiese terminado de almorzar, porque de no hacerlo así, corríamos el riesgo de no encontrarlo, dado que, no obstante sus casi ochenta y nueve años de edad, sale a caminar por esas calles de Dios, con sus pasos rápidos y seguros.

Después de la cena tampoco puede "dársele palmada" en su casa, porque es rara la noche que no concurre al teatro o al Club Uruguay, siendo casi infaltable al Solís desde la noche en que se inauguró esta sala.

Y fué teniendo presente tales circunstancias, que poco después de la 1 p. m. estuvimos días atrás llamando a la lujosa casa solariega de tan distinguido ciudadano, en la calle Treinta y Tres, entre las de Sarandí y Rincón, en donde encontramos a este respetable y también viejo-joven compatriota.

El doctor don Mariano Ferreira, nacido en esta ciudad en Enero de 1834, es hijo del doctor don Fermín Ferreira, médico que prestó sus servicios profesionales como cirujano en los ejércitos de la patria, desde la Batalla de Ituzaingó en adelante; y de doña Rosalía Artigas, hija a su vez de don Manuel Antonio Artigas, primo hermano del fundador de nuestra nacionalidad, don José Artigas, y que murió heroicamente a consecuencia de heridas recibidas en la toma de la ciudad de San José, cuando la dominación española.

El nombre de este prócer ha sido esculpido entre el de otros héroes de la Independencia Americana, en la pirámide de Mayo de la ciudad de Buenos Aires, primer monumento que la gratitud del pueblo argentino levantó a las figuras más destacadas de la revolución de Mayo.

Fueron hermanos de don Mariano, el inspirado vate nacional don Fermín Ferreira y Artigas, y Teodoro, muerto gloriosamente en la batalla del Yatay (1865), librada en tierra correntina, cuando la guerra de la Triple Alianza.

SOLDADO Y CANCILLER

Por su parte el doctor don Mariano Ferreira, fué en sus mocedades, soldado, y durante el gobierno de Cuestas, ministro de Relaciones Exteriores; y tanto en su vida de hombre de armas llevar, como en la de Secretario de Estado, fué lo que había sido también en su vida privada: todo un carácter.

Don Pancho Martínez, su contemporáneo nos dijo, que poco tiempo después de la capitulación de Quinteros, el batallón de guardias nacionales que comandaba el coronel Echenique y en el cual prestaba sus servicios como soldado el doctor Ferreira, se detuvo frente a la casa del entonces Presidente de la República don Gabriel Antonio Pereyra, y encontrándose éste en el balcón, el jefe, haciendo detener la columna y dar frente a la residencia, mandó presentar las armas.

Cuando los soldados rendían así homenaje al presidente, un golpe recio producido por la culata de un fusil al chocar contra el suelo, a la vez que de la boca del soldado ciudadano salía un duro reproche para el mandatario, dió margen a que a poco y en el mismo lugar se hiciese salir de filas al "rebelde", que no era otro que nuestro reporteado, quien, después de desarmado fué conducido por un pelotón de soldados hasta un calabozo del Fuerte San José, y a un cuartel después, en donde sufrió larga encerrona.

Tal el soldado.

Y como Ministro de Relaciones Exteriores, abandonó la cartera antes de suscribir un decreto del señor Cuestas, que disponía el extrañamiento del país de los doctores Julio Herrera y Obes y Martín Aguirre, cuya actitud le valió los plácemes hasta de aquellos que vivían al margen de la política.

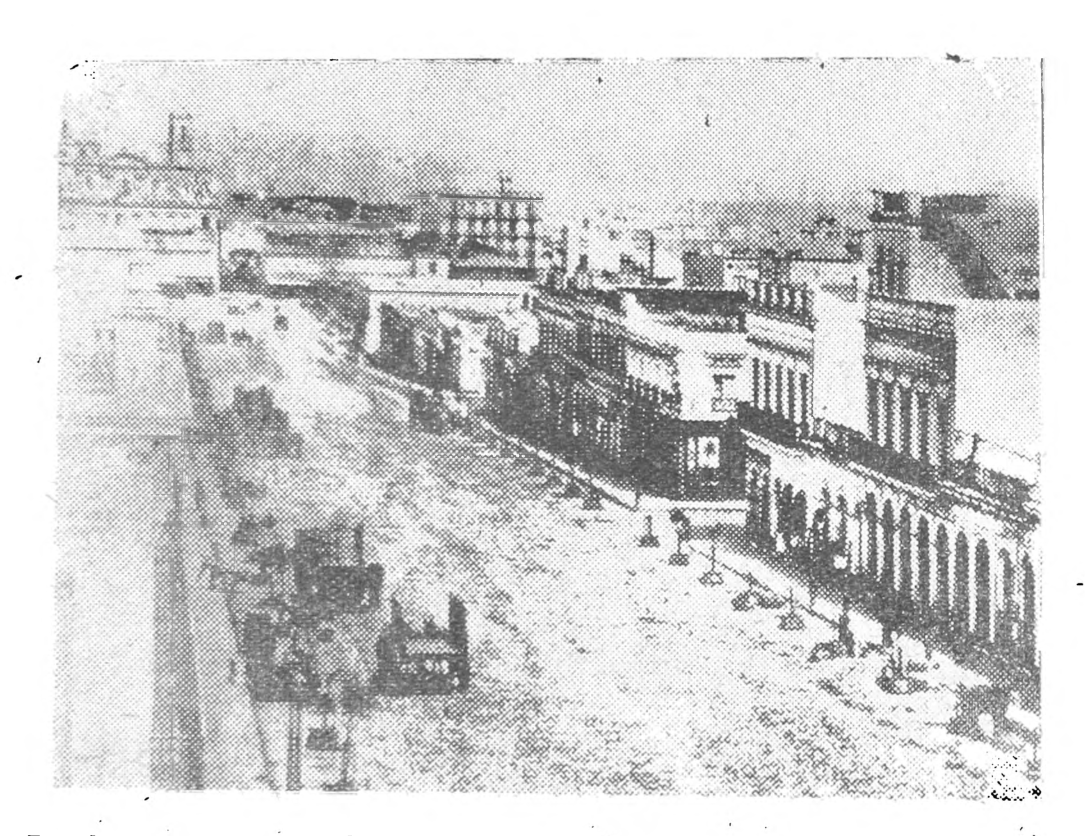
Instado por Cuestas a que no abandonase la cartera y con la expresa condición de que lo eximía de la firma del atentatorio decreto, contestó el doctor Ferreira, que ese detalle no lo libraba de tan grave responsabilidad ante el país,

por cuanto, tácitamente se le consideraría solidarizado con la medida que él era el primero en repudiar.

Tal el ministro.

El doctor don Mariano Ferreira unas veces obligado por los acontecimientos políticos, en los cuales tomaba parte en primera fila, otras por razones de salud y otras por paseo, ha recorrido en distintas ocasiones casi todos los continentes, cuyos viajes relata con amenidad en dos interesantes volúmenes.

Presentada así la figura patriarcal del doctor don Mariano Ferreira, proseguiremos exhumando cosas de antaño, en cuya tarea nos ha prestado eficacísima colaboración, tan distinguido como respetable compatriota.



La Avenida 18 de Julio en 1858. Vista tomada desde la esquina de Daymán hacia el Centro

DOS HECHOS QUE IMPRESIONARON AL DOCTOR FERREIRA

—¿Y cuáles fueron los hechos, doctor, que le imprresionaron más, cuando niño? — preguntamos al doctor Ferreira.

—¡Oh! fueron tantos...

—Relátenos algunos que se aparten de lo que ya hemos hablado...

—Bien. El primero, fué la ejecución de un reo, cuya horca se había levantado bajo los balcones del Cabildo.

—¿Y el segundo?

—Fué la traída a Montevideo, como prisioneros, de indios charrúas, cuyas mujeres e hijos se distribuyeron como objetos, entre algunas familias, para el servicio doméstico.

LOS CANDOMBES

Así se llamaba a las danzas grotescas que ejecutaban en conjunto, los negros esclavos africanos, recordando los bailes de sus lejanas patrias.

Los primitivos candombes se realizaban al aire libre y frente a las salas que cada "nación" tenía establecida como sede de sus autoridades, locales que se extendían a lo largo del antiguo "Recinto" de la ciudad y en la zona comprendida desde el Fuerte San José (en donde hoy se levanta el edificio de la Intendencia de Guerra), siguiendo por frente al Cuártel de Dragones (Sarandí y Juan L. Cuestas) hasta llegar al Templo Inglés, "en el cubo del Sur".

Entre las razas que se disputaban las glorias del candombe, figuraban las siguientes: "Vanguelas", "Majurí", "Angola" y "Congos de Angurga".

¡ZAMBARA CANUTO! ¡OYE!

Los bailes eran siempre acompañados por cantos igualmente monótonos, sin otros instrumentos que los "inmortales" tamboriles, las "canillas" de animales lanares atados a sus extremos paralela y transversalmente, en forma de escalera, por dos tientos de lonja de bagual, huesos que hacían sonar los músicos arrastrando sobre los mismos otro hueso. La tacuara que se colocaba en los extremos superiores de dos puntales clavados en el suelo y sobre la qúe daban golpes con palillos; y el mate recubierto con hilos que cruzaban gran número de conchillas, que con la marimba completaban los instrumentos de tan estrepitosa orquesta.

Estas fiestas que se iniciaban a media tarde y terminaban a altas horas de la noche eran presenciadas por toda la población de Montevideo, que veía en ellas un espectáculo novedoso y que por otra parte, le resultaba también, del todo simpático.

En 1870, cuando la guerra de Timoteo Aparicio, los candombes habían invadido ya el centro; y en Queguay, hoy Paraguay entre Soriano y Canelones, tenían los morenos una casa de su propiedad para reunirse. En Ibicuy entre Maldonado y Durazno, había otro local, pero creemos que éste era alquilado.

Antes del día de Reyes se reunían los africanos de todas las razas y designaban a uno como rey, generalmente a un moreno alto, apodado "Catorce menos quince".

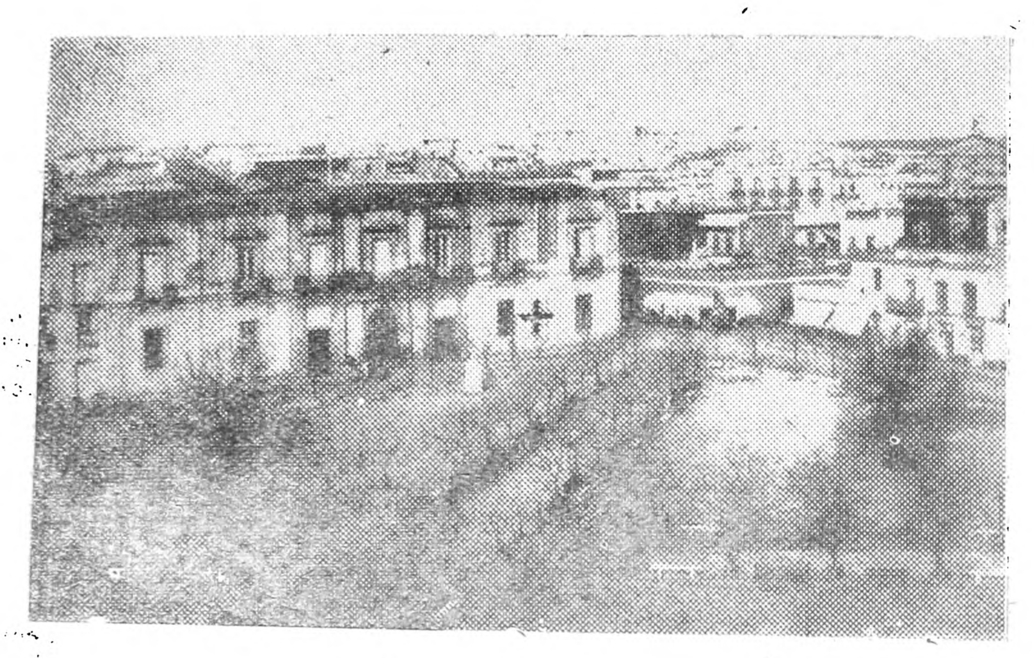
Llegado el gran día, el soberano fugaz, ya que al otro día volvía a su esclavitud, concurría vestido de riguroso uniforme, sombrero elástico y bastón, en lugar de cetro, a la misa mayor que se celebraba en la Iglesia Matriz, seguido por numeroso cortejo, en el que figuraban en primer término príncipes, princesas y caciques.

Terminada la ceremonia religiosa "el nubarrón" se dirigía al Cabildo para saludar al Jefe de Policía, siendo recibidos siempre, con marcadas pruebas de afecto.

"L'amito, aquí; l'amito, allá!" "como está la patroncita y cómo están las niñas", unos reales que pasaban a manos de los buenos morenos y la ceremonia oficial quedaba terminada.

Luego, el cortejo visitaba los locales de las asociaciones, en donde se hacían candombes acompañados de libaciones de chicha, bebida que elaboraban los mismos morenos a base de arroz o fariña.

En todas estas fiestas, que como lo hemos dicho presenciaban nuestras familias, reinaba siempre el más completo orden.



La Plaza Matriz y el Cabildo en 1860

LOS PRIMEROS TRANVIAS

La implantación de esta importante mejora, fué mirada al principio con indiferencia por los habitantes; y más tarde con provocaciones que se traducían en obstaculizar de todas maneras la marcha de los coches. Los propietarios de vehículos se consideraban perjudicados por cuanto al pretender cruzar las vías, levantadas un tanto por la falta o deficiencia de la pavimentación, ofrecían ciertas resistencias a las ruedas de los carromatos, resistencias que había que vencer, con algunos chicotazos a los jamelgos o algunos picanazos a los bueyes.

Por su parte, los comerciantes de la calle 18 de Julio considerándose no menos perjudicados, se presentaron a la Municipalidad, reclamando porque la instalación de la vía les impedía ejecutar las operaciones de carga y descarga frente a sus almacenes, dado que, así las cosas, las carretas y carretillas no podían dar culata a las puertas de sus negocios, para cuya operación tenían que atravesarlas en la calle.

A La Unión

La primera línea tranviaria que se explotó en Montevideo fué inaugurada el 25 de Mayo de 1868, con la denominación de Tranvía a la Unión, haciendo el recorrido por 18 de Julio a aquella localidad desde la Plaza Independencia, cruzando por el centro de lo que es hoy Plaza Cagancha, hasta tomar después 8 de Octubre. La estación Central estaba instalada en La Unión y la subestación, en 18 de Julio entre Defensa y Municipio.

Para el servicio de pasajeros, funcionaban cuatro coches y la misma empresa, cuando las líneas llegaron a la Aduana, se encargó también del transporte de mercaderías hasta La Unión por medio de zorras.

Las otras líneas

La segunda línea fué la del "Paso del Molino", por Agraciada.

En tercer término, se tendió la del "Brasilero", que más tarde fué adquirida por otra empresa, que, al ampliar sus recorridos, pasó a denominarse del "Reducto".

Luego aparecieron las empresas "del Este", que servía las calles Soriano, Lavalleja, Brandzen, Sarandí, etc., etc. La del "Centro", por la calle Colón, Plaza Zabala, Rincón,

Mercedes, Carmen (hoy Dante), entrando a la altura del Boulevard Artigas, a 8 de Octubre, por donde corría paralelamente a la línea de "La Unión", hasta la expresada localidad, doblando por Joanicó, para llegar como punto terminal de la línea, al pueblo Ituzaingó, frente al local de la comisaría de la 16.a sección.

Esta empresa fué adquirida en la época de Santos, por la de "La Unión", que pasó a denominarse de "La Unión y Maroñas".

Después se fundó la de "Pocitos", que unía en un principio, a aquella localidad con la Plazoleta Saroldi (hoy Silvestre Blanco), con recorrido por la calle Rivera y que más tarde se extendió hasta la Plaza Independencia y Ciudadela, por la calle Colonia.

Y así, el del "Norte", el "Oriental" y "El Uruguayo", — única empresa esta última, — que fracasó a los pocos años de haberse inaugurado

Adiós para siempre . . .

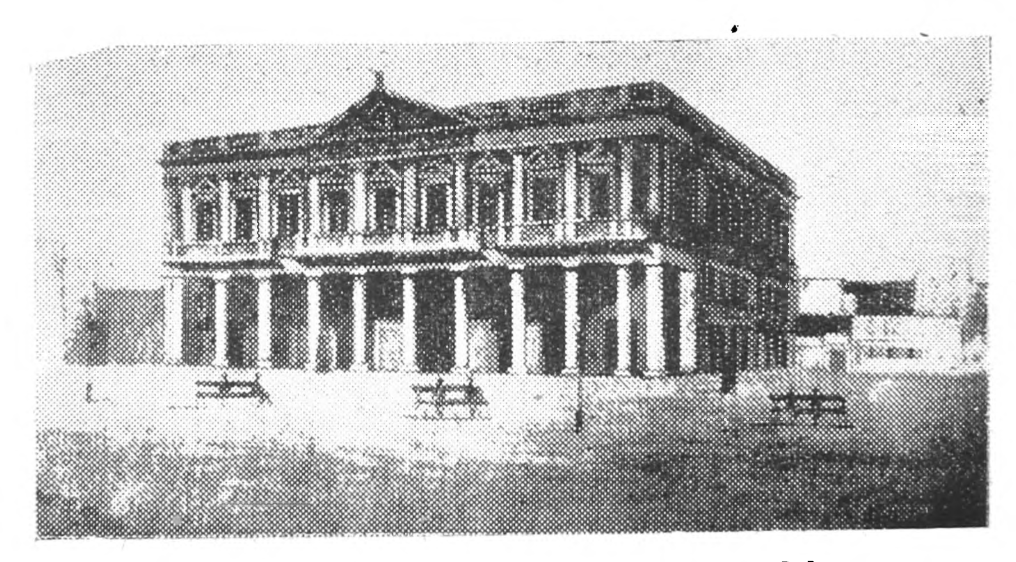
Las demás compañías, exceptuando la del "Norte", fueron adquiridas por las empresas "La Comercial" y "La Transatlántica", que modificaron el sistema de tracción, durante el gobierno del doctor Williman.

La electrificación de las líneas privó a Montevideo de los pintorescos espectáculos de los "peludos" en los repechos, que más de una vez obligaron a descender de los coches a los pasajeros; de los "cuarteadores", con sus pingos bien enjaezados y mejor mantenidos; de los "cocheros" con sus blusas de brin cortonas, con su pañuelo "golilla" terciado, con sus alpargatas floreadas y con su "chambergo requintado" y caído sobre una oreja.

La "manivela" nos privó también de la vista de aquellos látigos, uno largo, cuyo mango, generalmente adornado en su mitad por un manojo de "crines" colocadas en forma de pequeño plumero, era destinado a caer sobre el "cadenero", — que alegraba el espacio con el tintineo de sus imprescindibles cascabeles, — después de hacer su trenza en forma impecable varias figuras caprichosas en el aire y de estallar en varios chasquidos que estimulaban el trote de los jamelgos... Y del corto, recio, con mango de membrillo, colocado siempre al alcance de la mano del cochero, sobre el pescante, destinado a los matungos laderos.

La campana ha sustituído a la corneta colgada del cuello del conductor, quien se "floreaba" en ella "ejecutando" trozos de las "milongas" en boga, explosiones de entusiasmo filarmónico, que en más de una ocasión, tuvo que reprimir la Municipalidad.

Y para terminar, agreguemos que entonces los trenes no hacían como ahora, sus paradas en las esquinas, sino que, a la altura misma en donde el pasajero deseaba descender, ocurriendo a veces, que en una misma cuadra el coche tenía que detener su marcha hasta dos y tres veces.



La Casa de Gobierno en la época de Vidal

CON UN HIJO DEL HISTORIADOR DE MARIA

DON ISIDORO E. DE MARIA

No por ser de los más viejos,—sino que por sus vastos conocimientos en la materia que tratamos y por ser un digno continuador de la obra de su señor padre, el primer historiador del Uruguay don Isidoro De María,—nos entrevistamos días atrás con un hijo del prócer, que lleva el mismo nombre y que cuenta en la actualidad 78 años de edad.

Don Isidoro E. De María, es jubilado de la Nación, como Inspector de Correos y con una modestísima asignación. En sus mocedades fué tipógrafo desde la aparición de "El Siglo", educacionista, periodista y fundador de "El Ferro Carril", en cuyo diario creó la chispeante sección Quisicosas, escribiendo con el seudonimo de Rodajas.

Autor de varias obras, entre ellas "El Correo del Uruguay", "Los sellos postales de la República O. del Uruguay" y de varios folletos de poesías, redactó también algunos periódicos jocosos,—le han sobrado todavía energías y clara inteligencia, para preparar una novela de costumbres criollas, que titulará "Percances de un novio", en cuya tarea lo encontramos engolfado.

—Señor De María, — le dijimos á poco de haber estrechado su mano; Venimos en procura de algunos datos para "Crónicas y Recuerdos de Antaño".

—Muy bien; muy bien. Sigo con verdadero interés las narraciones que se vienen publicando; y será para mí motivo de placer, aportar también mi granito de arena. Así, entre muchos, haremos verdadera historia de cosas y de hechos, que por diversidad de motivos han quedado al margen de lo que se ha consignado en libros, revistas y periódicos. Veámos, ¿en que puedo serle útil.

—El punto lo dejamos librado á su elección.

—¿Le interesaría que le hablase en primer término, del mobiliario de la sala de Representantes en 1830?

—De mil amores.

LA SALA DE REPRESENTANTES EN 1830

—Pues bien; anote:

Como se sabe, el 18 de Julio del año 30, empezó á funcionar el Cuerpo Legislativo, cuyo salón de sesiones se estableció en los altos del viejo Cabildo.

—¿Cuál era el mobiliario en aquella memorable fecha de la jura de nuestra Constitución?

—Oígame usted.

En el testero de la llamada Sala de Representantes, al Norte, se destacaba un cuadro con el Escudo de Armas del Estado, trabajo relativamente artístico, con arreglo á la época.

Sobre la plataforma de la tribuna de la Presidencia, había una gran mesa de cedro, cubierta con rica carpeta de paño verde, teniendo ésta en sus contornos, volados de terciopelo carmesí, guarnecido de galón de oro.

En la mesa, una escribanía de plata labrada, con tintero, salvadera con la arenilla que hacía las veces de secante y una campanilla. El tintero contenía tres plumas de ave. Tres grandes sillones de jacarandá forrados de damasco carmesí; el del centro para el Presidente y los de los costados para los secretarios, que tenían a sus frentes, dos mesas cubiertas con carpetas verdes y un tintero de plata cada uno.

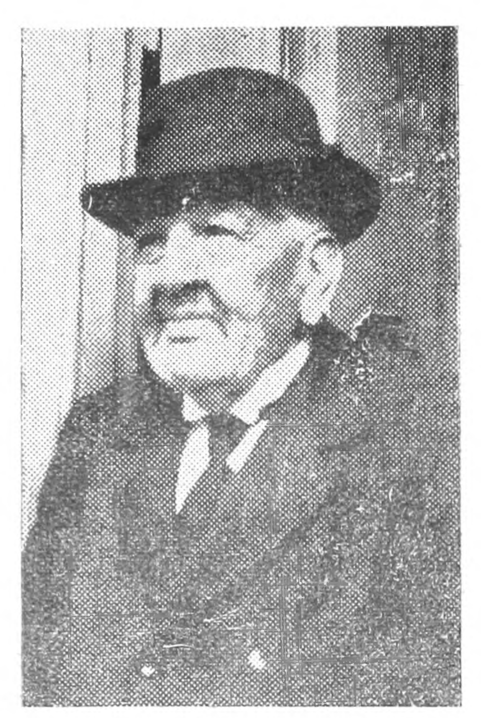
A la derecha é izquierda de la sala, dos grandes sofás de jacarandá con asientos y espaldares de damasco camersí. Dos sofás chicos de igual clase. Tres canapés de cuatro asientos cada uno. Cuarenta y dos sillas de jacarandá con artísticas perillas y asientos y espaldares de damasco también carmesí.

Alfombrado de triple cubría el pavimento del salón.

Doce cortinas de damasco del mismo color de los muebles, con flecos y borlas, cenefas y mascarones, dorados, adornaban las puertas-vidrieras del balcón y la principal de la entrada.

Ocho espejos redondos de luna entera, con marco dorado y dos mecheros bronceados, de dos luces en cada espejo, distribuídos, cuatro de cada lado del salón.

En el centro una notable araña de cristal de doce luces; y tres más chicas, de seis luces cada una, completaban la decoración de la gran sala, bajo cuyas bóvedas juraron las primeras autoridades del



Don Isidoro E. De María

país, la Constitución Política del Estado Orintal del Uruguay del año 30.

—Y á donde habrán ido á parar todas esas cosas, señor De María?

—¡A donde quiere, que hayan ido á parar!! A donde han ido á parar tantas cosas, tantas reliquias de valor histórico que se han hecho humo...Quizá, anonimamente á algún museo de curiosidades antiguas, como el de Magín,—por ejemplo— que mediante un módico alquiler las proporcionaba á las compañías dramáticas que nos visitaban para adornar el escenario del San Felipe...

—¡Pero eso sería imperdonable...

—Y sabe Dios si las ricas cortinas y tinteros de plata fueron á parar á la casa de compra y venta del célebre "Cambalache!"

Mientras tanto — terminó diciendo tristemente el señor De María— en nuestro Museo Histórico no existen, indudablemente, ni siquiera "las plumas de ave" con que firmaron la Constitución del año 30, los constituyentes don Pedro Pablo Sienra y don Luis Bernardo Cavia.

EL ORIGEN DE LA BOTA DE .. POTRO

—Tendríamos interés, señor De María, en conocer el origen de la bota de potro.

—Muy bien, pero conste que eso no rezará con los "currutacos" que así llamaba Otorgués, despectivamente, á la gente de ciudad que lucía bota lustrosa..., agregó riendo el señor De María. Hablaré pues, para los campesinos de lazo y boleadoras, de facón y trabuco naranjero, que puedan quedar todavía de los tiempos heróicos de los perros cimarrones y de las cargas á lanza...

LA BOTA DE VACA

Hasta el año 1785 había sido de uso corriente entre el gauchaje de nuestra campaña, la "bota de vaca", para lo cual mataban á destajo, vacas y terneros con el único fin de quitarles la piel, que empleaban en la fabricación de tal clase de calzado, con inmenso perjuicio de los estancieros, que veían así mermar sus haciendas, en una cantidad anual no menor de seis mil cabezas.

UN BANDO SALVADOR

Para contener ese mal, el Cabildo resolvió, en Agosto de 1785, prohibir rigurosamente el uso de la bota de cuero de vaca y ternera, ordenando á los jueces comisionados de campaña, que procediesen a la recogida de todas las botas de esa especie que se hallasen, enviándolas a la ciudad para ser inutilizadas.

—¿Y se trajeron muchas?

—Es voz y fama, que en aquel tiempo se trajeron á Montevideo grandes cargas de tales artículos de "zapatería criolla", que fueron quemados en extramuros.

HECHA LA LEY, HECHA LA TRAMPA

Pero, el paisanje muy pronto "le buscó la vuelta" á la prohibición del uso de la "bota de vaca", apelando á la "bota de potro", que era la única permitida por el Cabildo; y fué entonces que las yeguados con sus potros, empezaron á "pagar el pato"; cuyo calzado, bien sobado y al decir de los paisanos, resultaba más suave todavía que el de vaca.

"PA" ESTRIBAR Y "PA" BAILAR...

La "bota de potro", pues, con su abertura en la punta para poder sacar los dedos y "orquetarlos", sobre el estribo de palo en que se afirmaba el jinete, reemplazó desde entonces, en el uso, á la "bota de vaca" calzado que no necesitaba de zapatero para su fabricación, viniendo así á generalizarse entre el criollaje de lazo y boleadoras, que lo mismo se le "enjaretaba" con ellas al bagual más endemoniado que bailaba un "pericón" si se ofrecía.

Y no digamos que su uso no pasó del siglo pasado. Con "bota de potro", andando el tiempo se "florearon" los soldados y patriotas de la "Patria vieja", en las campañas de la Independencia, con el "corbo" á la cinutra y la "chuza" en ristre.

LAS PRIMERAS MONEDAS

En tiempos de los españoles, circularon en el país, varias clases de monedas de "plata pura", con el cuño de Carlos IV y de Fernando VII, como así también los "duros macuquinos" y fracciones de pesos, desde el medio peso hasta el "cuartillito".

Una onza de oro, también española, valía 16 patacones; y cada patacón noventa y seis centésimos. Entre las monedas de plata extranjeras que han circulado, figuran el real, el medio real y el cuartillo,—españolas; y la pataca brasilera, que venía á valer treinta centésimos, más ó menos. El peso, de veinte mil reis, circuló hasta no hace todavía muchos años.

En la época de las onzas, éstas se partían en cuatro partes, más ó menos iguales, para facilitar así el cambio, que en distintas ocasiones llegó á escasear tanto, que para convertir una de esas monedas había que dar dos patacones de premio.

EL PRIMER COBRE

El primer cobre que se conoció en Montevideo, lo trajeron los portugueses en 1817; y los había de dos valores: el llamado "vintén", de diez reis y los "dos vintenes" de veinte reis. Tales monedas continuaron circulando en la época de los portugueses primero y de los brasileños después, con diferente cuño.

EL CINQUIÑO

Circularon también, aunque en pequeña cantidad, los famosos "cinquiños", procedentes de Buenos Aires, cuya moneda de cuño argentino, tenía entre nosotros, como valor, la cuarta parte de "un vintén".

Es precisamente al "cinquiño" que responde el dicho de "dos cobres", que en general, se emplea para denominar á la moneda de "un centésimo", dado que para formarla, se necesitaban dos de á un cobre, ó sea del "cinquiño".

Con una de esas pequeñas monedas, que en una de sus faces llevaba un número "cinco" se podían comprar en aquellos bienaventurados días de abundancia, entre otras cosas, un pan, fruta, una caja de fósforos y los famosos "napoleones de á cobre", que con tanto placer saboreaba el Gran Presidente Joaquín Suárez.

EN 1830

En 1830, el gobierno del general Rivera, presentó al Parlamento Nacional, un proyecto de ley, tendiente á eliminar de la circulación, la moneda de cobre brasileña, proyecto que fué retirado antes de ser considerado por la Cámara.

LA PRIMER MONEDA NACIONAL

En 1839 y gobernando también el general Rivera, se promulgó con fecha 20 de Junio, una ley suya, para la acuñación de monedas de \$ 0.05 y \$ 0.20 de "real plata" y por un valor total de veinte mil pesos, con el peso completo de cuatro adarmes las de \$ 0.05 y de diez y seis adarmes las de \$ 0.25.

COBRE NACIONAL

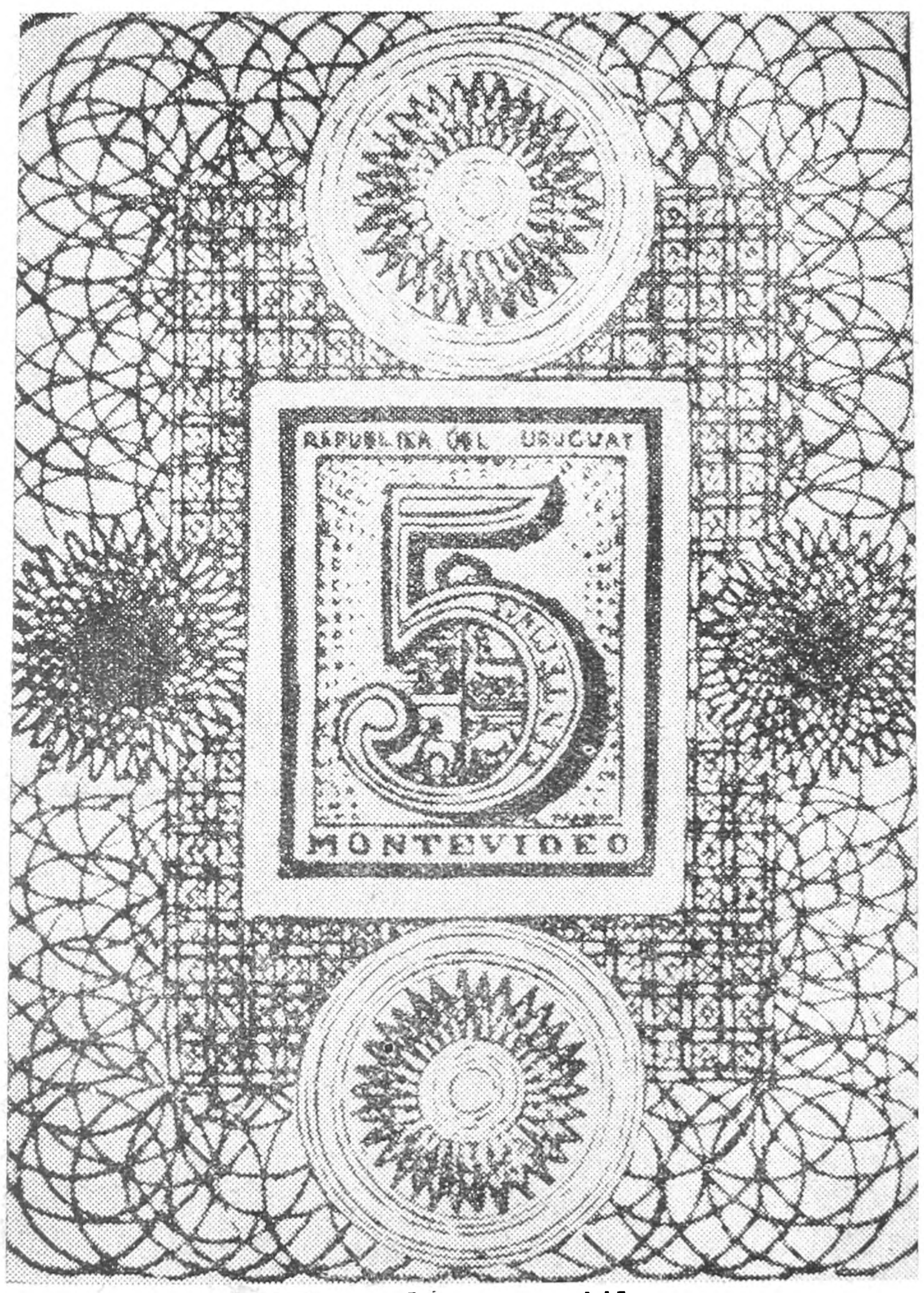
En 1840, salieron á luz los primeros cobres nacionales acuñados en Montevideo. Eran del valor de "veinte" y "cuarenta" centésimos (equivalentes entonces á reis), á cuyas monedas, por su tamaño, se llamaron también, años después, "tachones". Eran de excelente material; y la primer partida, por valor de veinte mil pesos, empezó á circular el 20 de Setiembre del ya expresado año.

La última acuñación de monedas de cobre, data de 1869; y ella se realizó en Europa por los contratistas Farini y Cía., durante el gobierno del general don Lorenzo Batlle. Representaban los siguientes valores: \$ 0.01- \$ 0.02 y \$ 0.04 de peso.

LA PRIMERA ACUÑACION DE PLATA

En Diciembre 13 de 1843 y durante el gobierno de don Joaquín Suárez fué que se dispuso la acuñación de la primer moneda de plata, con alhajas y chafalonías donadas por las familias de la plaza sitiada.

Las monedas eran de dos clases, llamadas "fuertes" y "medios fuertes".



Papel **Moneda Postal emitido en 1866-68**

Se estableció, al disponerse la acuñación "que el peso y valor del "fuerte", sería el del "duro español"; y que el del "medio fuerte", la mitad.

PAPEL MONEDA POSTAL

La gran escasez del cambio, no obstante la circulación de la plata cortada, dió lugar en 10 de Enero de 1866 y á principios de Diciembre de 1868, á la emisión de pesos 36.464.000 de papel moneda postal de $ 0.01, $ 0.05, $ 0.10, $ 0.15 y $ 0.20, que en forma de sellos de correo, se habían hecho imprimir, la primer partida en Londres y la última en la litografía de esta ciudad de los señores Niége y Williams, emisiones que fueron lanzadas a la circulación con el propósito de sustituir a los "vales particulares" que hasta entonces se canjeaban con las casas de comercio, por falta absoluta de cambio menor.

Los billetes de noventa milímetros de largo por cincuenta y cinco de ancho, estaban impresos en papeles de los siguientes colores, según el valor de cada uno de aquéllos: gris, blanco, azul, amarillo y verde; y llevaban además, al dorso, el sello anual del papel sellado, cuyo, contralor estaba á cargo de la Contaduría General del Estado.

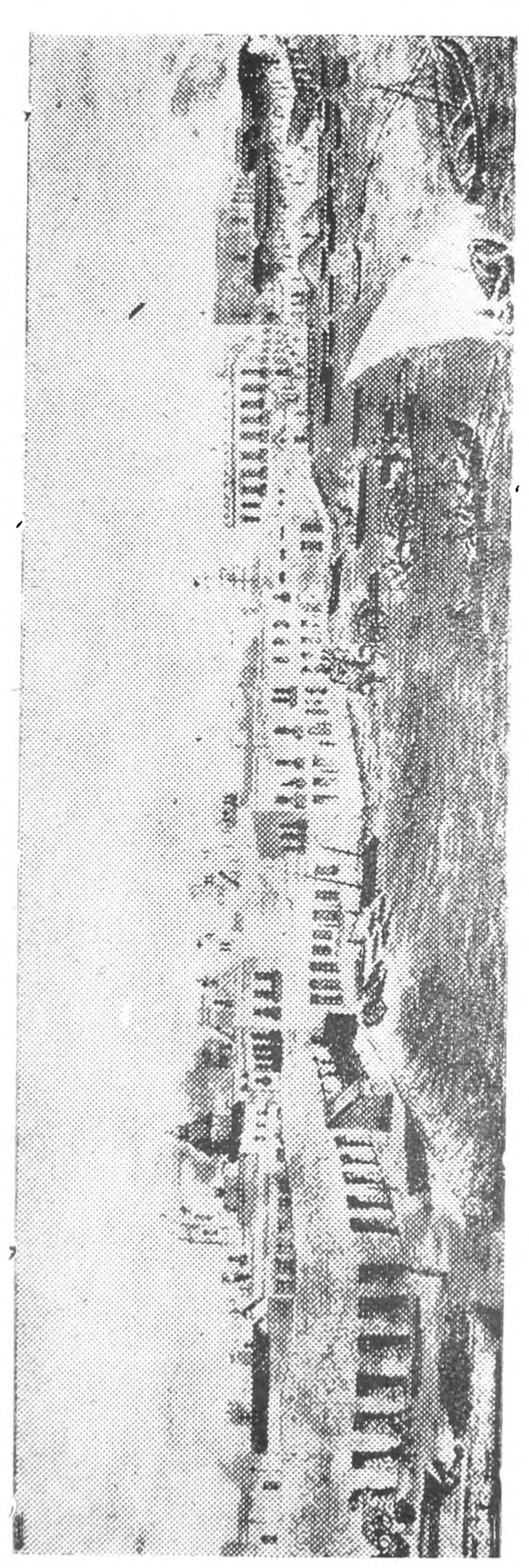
Por decreto del 5 de Julio de 1869, y ya con la emisión de cobre, se dispuso el retiro de la circulación, de los sellos postales como moneda legal, señalándose para la conversión, una hora hábil en cada día de la semana.

Desde el 8 de Julio de 1869, hasta el 15 de Enero de 1870, — nos dice don Isidoro E. De María, — se llegaron á rescatar $ 26.074.50 quedando sin convertirse billetes, por valor de $ 10.390.00.

A los tres años de haberse extinguido por el fuego los billetes postales convertidos, eran buscados empeñosamente los que quedaban en manos de particulares por coleccionistas y negociantes, siendo por entonces tan escasos, que ni aún en la propia Administración General de Correos, se encontraba un solo billete, siquiera como antecedente para el archivo.

Los escasos billetitos de ínfimo valor que escaparon á la conversión, se vendieron años después á coleccionistas extranjeros, a precios elevadísimos.

———



Puerto y desembarcadero de Montevideo

COSAS DEL SITIO GRANDE

CON EL SEÑOR DON VICENTE COSTA

Encontramos al señor don Vicente Costa, en su residencia de la calle Ibicuy, persona que fué también de los descípulos de don Juan Manuel Bonifaz, y que cuenta en la actualidad 81 años de edad.

Alto, erguido, recio, dá la impresión el señor Costa, desde el primer momento que se le mira, de que tiene una salud de hierro. Ello no obstante, se queja, entre bocanada y bocanada de humo de un buen habano, de que la arterio esclerosis, lo fastidia un poco, porque al reclinarse, le produce de cuando en cuando, algún mareo.

EL BUCEO, PUERTO DE ULTRAMAR

A poco, la conversación estaba encauzada dentro del plan que motivaba nuestra visita.

—Tenga la bondad de contar algo del Buceo, en la época de la Guerra Grande, señor Costa...

—El Buceo, fué puerto de ultramar en aquellos tiempos; y su ubicación quedaba a los fondos de lo que es hoy Cementerio Inglés. Los barcos pues, venían desde Europa, con sus mercaderías, que desembarcaban allí mismo, bajo el contralor de las autoridades del Cerrito; y llevaban en cambio, como productos de exportación, cueros, lanas, grasa, sebo, cerdas, etc., ya de los saladeros de Buxareo, Piñeyrúa y de los mataderos del interior, como también los productos procedentes de los animales de consumo del ejército sitiador.

Una vez, — una pamperada de las que ya no se producen, — echó sobre la restinga y las arenas de la costa, varios de los buques que estaban anclados en aquel puerto, algunas de cuyas embarcaciones quedaron deshechas, entre ellas, un lindo brick americano, que se hizo pedazos en la restinga.

EL COMERCIO FUERTE

El comercio fuerte, en el campo sitiador, radicaba en La Unión, siendo el más importante de todos, el de don Manuel Cunha, portugués, proveedor general del Ejército de Oribe, hombre justo, generoso, servicial y de una honestidad a carta cabal. He conocido muy pocos hombres de condiciones morales tan completas. Cunha, antes del Sitio Grande, casó con la primer artista lírica que vino al Río de la Plata, llamada Angela Tanes, nacida en Roma; y después de la guerra, desempeñó la gerencia del Banco Mauá.

—¿Otros comerciantes fuertes?

—Larravide, que era proveedor, también, Benvenuto y otros que no recuerdo.

DON JOAQUIN SUAREZ

—¿Vd. conoció a don Joaquín Suárez?

—¡Cómo no lo iba a conocer! Andaba siempre de bastón; y cuando era Presidente de la República, siguió su vieja costumbre de ir todos los días al Mercado Grande, que funcionaba dentro de la Ciudadela, a comprar unos cuantos "napoleones" de a cobre, que los comía a medida que caminaba por las calles y de a pedacitos.

Cuando algún muchacho goloso, se detenía para verlo comer su golosina predilecta, aquel hombre tan abnegado, tan virtuoso, tan fuerte y tan ecuánime, detenía sus pasos, para decir al rapazuelo:

—¿Te gustan los napoleones?

Y sin esperar la ya sabida respuesta, agregaba:

—Toma uno, muchacho.

Tal era el Presidente de la República en los días de Nueva Troya, solo, sin edecanes ni asistentes, paseándose por las calles de la ciudad asediada y comiendo sus napoleones predilectos a toda otra golosina.

LA LEGION LOMBARDA Y LOS SERENOS

El general Melchor Pacheco y Obes, tan ilustrado como valiente, fué durante cierto período de la Guerra Grande, Ministro Plenipotenciario del gobierno de la Defensa, ante el de Francia.

Producida la contienda armada del 49, entre austriacos e italianos, aquellos ocuparon Milán. Los acontecimientos movieron a emigrar a muchos lombardos, al entonces reino del Piamonte y a Francia.

De entre los que arribaron a este último país, Pacheco y Obes, formó un cuerpo destinado a actuar como defensor de la plaza de Montevideo y que aquí se le llamó "Legión Lombarda".

Gente alegre y divertida, en las noches que las exigencias del servicio así se lo permitían, los lombardos organizaban sus cantarolas en las pulperías de la plaza; y una noche en la que, tal vez empinaron un poco demás el codo, se originó un incidente entre legionarios y serenos, tocando la peor parte en la refriega, a los soldados, quienes, considerándose agraviados, y previa una "conjura", resolvieron ejercer venganza.

A la noche siguiente y en distintos lados de la ciudad, se sintieron algunos disparos de armas de fuego, a la vez que caían heridos dos serenos.

Como consecuencia de estos hechos, hubieron a poco, dos ejecuciones en las personas de dos legionarios, juzgados sumariamente por un Consejo de Guerra..

MEDIOS DE COMUNICACION ENTRE EL CERRITO Y MONTEVIDEO.

Durante el Sitio de Montevideo y hasta después de transcurrido el primer año, las familias, tanto de la plaza como del campo sitiador, empezaron a sentir la necesidad de comunicarse.

El doctor don Domingo González, testigo y actor de aquella época, conocido en el mundo literario por el "Licenciado Peralta", nos dice en su interesante obra "Bocetos y Brochazos", que gracias a gestiones iniciadas ante las autoridades de los dos bandos en contienda, se acordaron permisos para que pudieran celebrarse entrevistas de familia, ya trasladándose sus miembros de un punto a otro por una pequeña temporada, ya citándose para un día y punto fijo, en la línea de fuego y campo neutral. Los permisos para lo primero, se otorgaban a personas mayores de edad y sus familias; pero, para lo segundo, solo a los menores de doce años. Para éstos, era condición que debían ir acompañados por sus padres o personas caracterizadas, y presentarse de una y otra parte a los jefes de línea con el fin de exhibir previamente los correspondientes permisos. Estos últimos permisos se expedían por el Jefe de Estado Mayor de la plaza y por el secretario privado de Oribe, don N. Dañobeitia.

Los niños que iban a realizar la entrevista debían avanzar de los campos opuestos, simultáneamente y en línea recta, hasta el punto que se indicaba de antemano, para conversar y siempre a la vista de las personas que los habían acompañado, y del jefe u oficial de cada línea de fuego.

Estas comunicaciones se llevaban a término, ya por tierra, ya por vía marítima. Eran embarcaderos el Puerto del Buceo, para los sitiadores; y el Muelle Viejo dentro de la plaza para los sitiados. También podía irse al campo sitiador desembarcando en "La Teja". En los mismos permisos se autorizaba con no pocas reservas, traer del bando opuesto, gallinas, pollos, huevos, queso, manteca, etc., que tanto escaseaban de muros adentro. O bien llevar a la Unión, dulces, algunas telas, libros, o baratijas que, a su vez, escaseaban en el campo sitiador.

Conviene dejar expresamente establecido que el intercambio de las facturas a que nos hemos referido, solo se toleraba en el concepto de que se tratase de un obsequio de persona a persona, o de familia a familia, castigándose severamente a quien no procediese ajustadamente a aquella condición, para lo cual se hacía una fiscalización tan prolija, como si se tratase de artículos de guerra.

La travesía marítima se realizaba preferentemente en los lanchones de Montes, muy conocido en Montevideo y en el Buceo; y en ella se empleaba, cuando el viento era favorable, algo más de una hora.

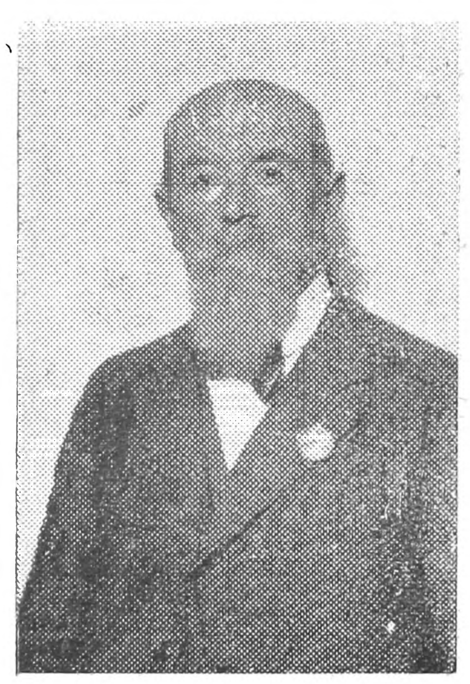
———

COLERA Y FIEBRE AMARILLA

Don Emilio Landinelli, es otro de los viejos jóvenes. No obstante sus ya bien cumplidos 81 años, es de una agilidad desconcertante. En las dos horas de charla que mantuvimos, no hizo otra cosa que pasearse, mientras nosotros permanecíamos cómodamente apoltronados.

Nos lo indicaron como hombre que podría ilustrarnos para estas referencias históricas.

Se trata,—nos dijeron,—de un héroe abnegado y de un romántico, de un soñador. Héroe porque durante las epidemias de fiebere amarilla y de cólera, sacrificó todo por los desamparados; y un romántico, porque cuando ha tenido fortuna se la ha dejado arrebatar, festejando todavía el acontecimiento.



Don Emilio Landinelli

Aparte de todo eso, algo desconocido les podrá decir, respecto á los asesinatos del general don Venancio Flores y del ciudadano don Bernardo Berro.

—¿Dónde vive ese hombre?

—En la calle Paullier 1810.

. . . .

Procedente de Italia, su patria de origen, llegó á Montevideo en 1854, cuando apenas tenía catorce años y á poco de haberse terminado la Guerra Grande. Se inició en el trabajo, como aprendiz de sastre. Después actuó como dependiente de tienda, más tarde como propietario de ese mismo ramo luego como rematador; y finalmente, es en la actualidad, concesionario de un específico.

Sabemos, señor Landinelli, que usted fué figura destacada durante las epidemias de fiebre amarilla de 1857 y 1873 y en la del cólera, de 1868.

—Cuando la primera, era yo muy joven todavía y no tuve ninguna participación.

—Pero usted ha sido condecorado...

—Cuando la del año 1873. Como el mal en vez de declinar, recrudecía, la Logia Masónica "Sol Oriental" se organizó para combatir tan temible epidemia. Era por entonces gran maestre del Gran Oriente, don Luis Lerena; y venerable de la "Logia Sol Oriental", don José Enamorado.

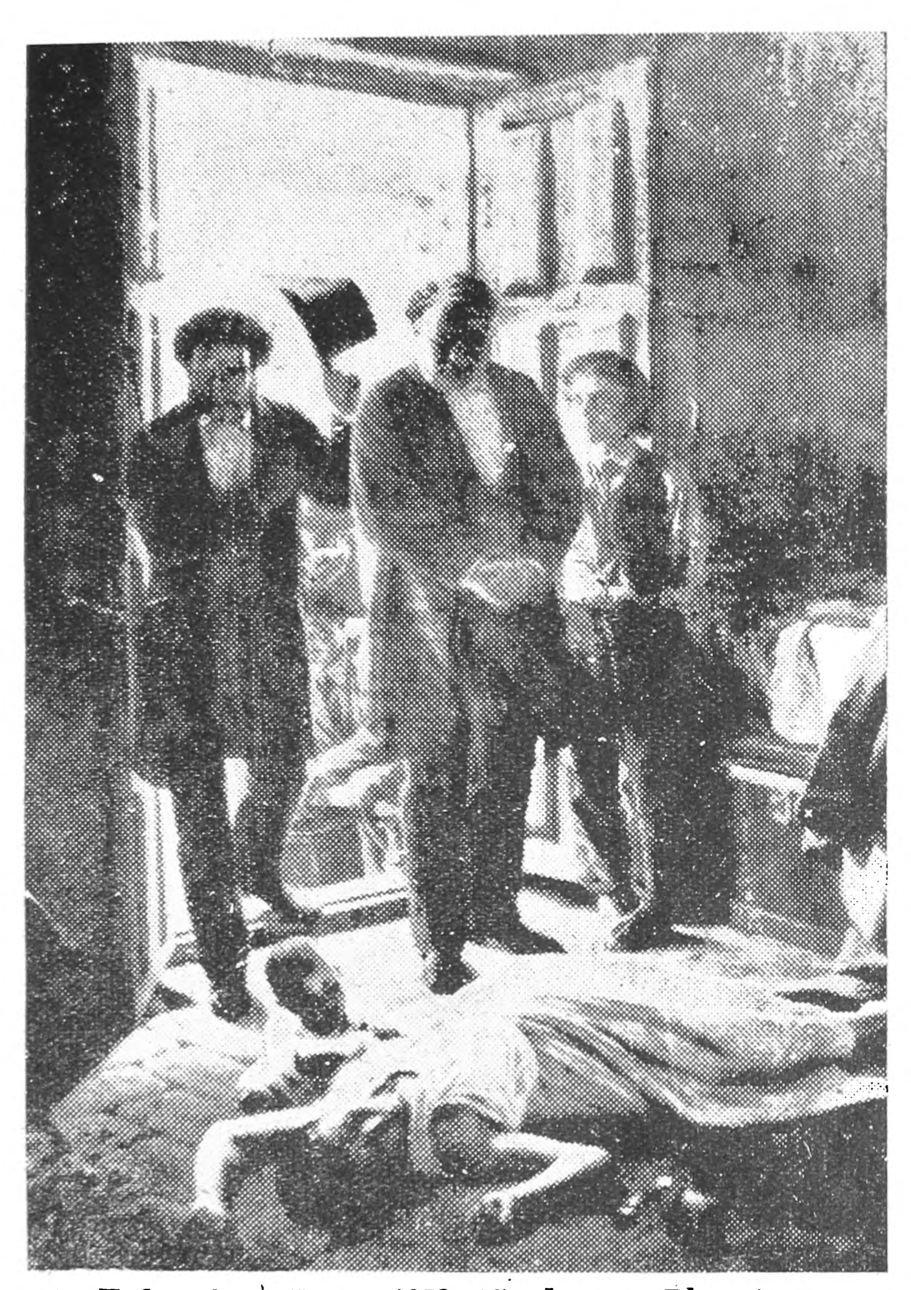
—¿Y usted?

—Yo era primer vigilante. Y bien; nos constituímos en guardia permanente, Emilio Zum Felde, el hoy general Zenón Tezanos, el doctor Rapaz y yo...Emilio Landinelli. El local en donde atendíamos las llamadas en aquella época de desolación y muerte, estaba ubicado en la calle 18 de Julio entre Convención y Río Branco. Allí siempre había uno de nosotros, mientras los demás, recorrían la ciudad para prestar servicios en donde fuesen necesarios...

—¿Que consistían en...?

LA ACCION DE CUATRO MASONES

—Escuche. Cada uno de nosotros llevábamos siempre en nuestros bolsillos un frasco, " el botiquín", que no era otra cosa que una bebida preparada por el propio doctor Rapaz, bebida que en muchos casos podíamos hacer tomar á los atacados, tras no pocos esfuerzos, para poder abrirles las bocas, cuyas mandíbulas, ya porque el enfermo estaba en "las últimas", ó ya por la intensidad de



La Fiebre Amarilla en 1873 (Cuadro de Blanes)

los dolores producidos por calambres—se empeñaban en permanecer cerradas.

Era algo así, lo nuestro, como un puesto de "llamado de urgencia", pero con la diferencia de que nosotros, mientras no nos llamaban, buscábamos enfermos; y que, en los casos de muertes, que quedaban los cadáveres abandonados en algunos locales, los recogíamos personalmente de las camas, para transportarlos hasta el carro de la "Junta" (Municipalidad) que muchas veces iba ya atestado de víctimas, rumbo al cementerio.

—¿Sin cajones?

—Y es natural. Cuando hay epidemia, ellos se concluyen pronto; y entre el pánico que se produce; el retraimiento que se opera en todas las manifestaciones de la vida, la huída de los sanos de la ciudad, escapando del radio de la costa y las víctimas que produce el mal, la reposición de los ataudes es poco menos que irrealizable.

En épocas así, — mi estimado amigo, — no pueden ofrecerse muchas "comodidades...."

La acción que desenvolvíamos, en la que nos auxiliaban financieramente nuestros hermanos, era con preferencia en los conventillos y en las casas humildes; y ni bien ocurría un fallecimiento, tomábamos al muerto, entre dos de nosotros, — uno de la cabeza y otro de los pies, — y lo echábamos prestamente sobre el carro, sin otros requisitos.

Ha habido casos en que en un solo cuarto, teníamos que atender á tres y cuatro enfermos, con las manifestaciones de su enfermedad, tan desagradables. En fin... hacíamos de tripas corazón y seguíamos cumpliendo con nuestros deberes...

—¿Cuántos llamados atendían ustedes por día?

—Según; cinco, seis, á veces diez, á veces menos, según...

—¿El gobierno ó el municipio les agradeció obra tan abnegada?

—Oh! Nosotros en aquellos momentos no pensábamos en agradecimientos.

La Comisión Central de la Sociedad Filantrópica, nos premió con honrosos diplomas y además con medallas de plata, excepción hecha de la del Presidente, que era de oro. Además, la Logia á que pertenecíamos nos pasó una nota muy encomiástica.

—¿Ninguno de ustedes contrajo la fiebre o la transmitió a su vez a las familias?

—No señor.

—¿Que actuación tuvo en la epidemia de cólera de 1868?

—Ninguna.

—Y en la del 87, importada por el buque italiano "Mateo Bruzzo"?

Esa no fué ni sombra de la que le he descripto. Montevideo contaba ya con importantes medios de defensa profiláctica y curativa. Y á propósito: sobre este punto hable con Francisco San Román que él le contará algo interesante.

LA DEL 86.—CON SAN ROMAN

Encontramos á San Román, rey de los cafeteros, en plenas funciones de su reinado, vigilando las maniobras de su cuerpo de guardia, constituído por una legión de mozos.

Impuesto del objeto de nuestra visita, nos dijo el popular cafetero después de acariciarse su cuasi nívea y abundante cabellera.

—Yo he sido cataléptico y he sufrido tres ataques, el último en Enero de 1887, coincidiendo con la epidemia de cólera que reinaba en aquel entonces, y cuando tenía, en sociedad con mi hermano,—el emperador más tarde,— el "Polo Bamba".

HA MUERTO EL REY...

Una hermosa mañana, á poco de haber abierto las puertas del negocio y encontrándome en traje de faena, esto es, en mangas de camisa y con delantal puesto, ¡pataplún!, me dió el último ataque epiléptico.

Váyase sabiendo,- interrumpió de pronto San Román,—á la vez que sus ojos, siempre tan expresivos, querían decir más de lo que decía su boca,—que muy cerca de casa, — en la calle Florida, había un foco infeccioso, de donde momentos después de "morir" yo, llevarían en una ambulancia para el cementerio del Buceo, á un colérico que había muerto de verdad.

COMO ENTIERRO DE POBRE

Un inspector de sanidad dispuso que sin otro requisito y sin cajón ni nada, me cargasen también en el mismo carro que pasaba por allí, en compañía del muerto de la calle Florida, que creo era un pescador ó un marinero.

—¿Carro abierto ó cerrado?

—Cerrado; de esos de rejillitas.

—Y el compañero, ¿en cajón?

—Es verdad; pero bastante ordinarito...

Unas tablas forradas de merino. Muy modestito, el cajón—agrega con aire compungido San Román.

—Adelante...

—Y bien, marchábamos dando tumbos y barquinazos, porque por aquel entonces el caminito al Buceo era una Vía Crucis, peor de lo que es hoy. ¡Imagínese como sería!! De pronto... (y aquí abre más los ojos San Román) vuelvo en mi y me doy cuenta, á poco, de que no estaba en el café. Reflexiono. Palpo á mi alrededor. Y palpando, toco un ataud bastante ordinarito, por cierto!!... — ya se lo he dicho, anteriormente, — insiste con el mismo gesto.

¿Será para mí este cajón... fúnebre?, me pregunto. Ha de serlo... Me han dado por muerto, ¡no hay que hacerle! y para andar más ligero, nos han cargado, al cajón por un lado y a mi, por otro.

TERRIBLE REALIDAD

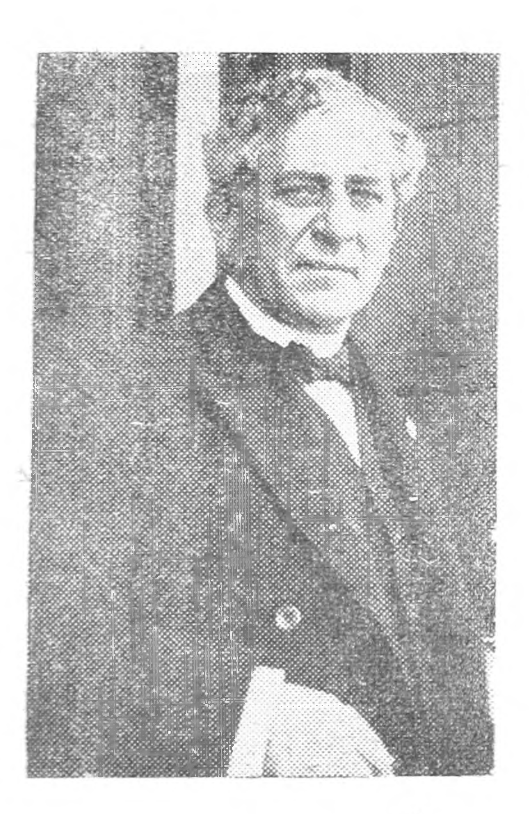
Y en nuevos tanteos, toco el rostro helado y barbudo de un muerto. ¡Que impresión!! Coloqué de inmediato la tapa en su lugar, que mal clavada había caído; y para mayor seguridad de que el muerto no saliese a hacerme compañía en

uno de los tantos barquinazos, me senté encima del ataud. Pero... Santo Dios! ¡¡A cada tumbo, a cada barquinazo, recibía la impresión de que el muerto trataba de levantar la tapa!!

—¿Muy "abatatada" Su Majestad?

—En esos momentos de los saltos, más que nunca.

Y así seguíamos viaje, mientras el auriga indiferente, silbaba... Si llamo la atención del cochero pensaba en momentos tan críticos, se asustará y yo saldré perdiendo. De



S. M. Francisco San Román, Rey de Cafeteros

pronto se detuvo el carro y yo me apresté á saltar á tierra y á echar á correr. Habíamos llegado. Mis nervios estaban ya por explotar.

SAN ROMAN PROVOCA UN CONFLICTO

—¿Cuántos traes en este viaje? oí que preguntaban al conductor.

—Dos. Uno con el permiso para enterrarlo y el otro sin él.

—Yo no recibo muertos sin documentación, contestó el jefe de los sepultureros.

—Es el cadáver de uno de los dueños del "Polo Bamba", que murió no hace mucho. Estaba calentito todavía cuando lo cargamos...

—No; llévatelo; y te vuelves con el muerto y el permiso.

—Lo traeré dentro de dos horas, en el otro viaje...

—Nada.

Y se armó una tremolina de Dios es grande, entre sepulturero y conductor.

RESURREXIT

Momentos después, sentí el ruidito que producía el candado de la puerta posterior, al ser abierto por el cochero, quien echaba ternos y cuaternos por que tenía que volverme al Centro. La puerta se abre y aparezco yo, agazapado como un tigre en actitud de saltar. El auriga, desorbitado, deja caer los brazos; y yo salto al suelo, por encima de él, en momentos en que el jefe de enterradores, los dos sepultureros y el propio conductor después, echaban a correr como demonios, calle arriba.

—¿Y usted?

—Y yo detrás de ellos.

—¿Con que objeto?

—Pues... disparando también... hacia el centro... y para que no me enterraran vivo. Por fin, pude tomar un tren de caballitos de la antigua "Pocitos, Buceo y Unión", coche abierto. Y me trepé a él. Me dí cuenta de este nuevo momento difícil para mí. Si sospechan, — pensé, — que soy un "colérico muerto", me echan al suelo y tendré que marchar á pie hasta mi casa.

—¿Que hace usted así, San Román, con delantal y en mangas de camisa, me preguntó el guarda...

—Pues, vea usted. Un cliente que se me vino sin pagar una cuenta y que me trajo con engaños hasta el cementerio, en donde lo perdí de vista.

—Mire que hay gente pícara!!

. . . .

Y así terminó su historia, el simpático San Román, Rey de los cafeteros.

DON PASCUALON DIAZ

A don Pascualón Díaz, la historia y la tradición nos lo presentan bajo dos faces: la de militar de la Independencia y la de narrador de aventuras en las cuales el mismo habría sido factor esencial, imposibles de suceder e imposibles también.... de creerse.

Las mentiras de Don Pascualón, hijas de su imaginación fantástica y frondosa y de su espíritu alegre, aderezaban siempre interesantes y amenas narraciones, de las cuales, —estamos casi plenamente persuadidos — llegó a creer a pies juntillas, su propio inventor.

Las "guayabas" de don Pascualón eran, por su volumen imaginativo, poco más o menos las mismas "guayabas", aunque no tan científicas con que años posteriores obsequiara al mundo entero Julio Verne, — algunas de las cuales habrían de convertirse en hermosa y tangente realidad.

Esperemos, pues, que las de procedencia del "árbol" de Don Pascualón, de pura cepa criolla, beneficiadas con un buen cultivo y al amparo de la evolución de los tiempos, nos proporcionen, al igual que las de Verne entre otras cosas, el placer de ver acampar "nuevamente" un formidable ejército patriota bajo la frondosa copa de un monumental repollo. O bien, presenciar el "vulgar espectáculo", en noche borrascosa y tétrica en que el cielo, entre truenos y relámpagos, se descuelga en abundante lluvia, de ver trepar a un balcón alto, tras larga y fatigosa carrera, a un caballero por grueso chorro de agua, que caía del saliente.

A nosotros toca ahora hacer conocer al sargento mayor don Pascual Díaz, bajo otros aspectos más íntimos: el de esposo y el de padre.

CON UNA HIJA DEL HEROE

Alguien nos dijo que una hija de Don Pascualón, de noventa y tres años de edad, vivía en esta ciudad; y que podríamos obtener de ella interesantes referencias para este trabajo histórico y anecdótico.

En efecto: Doña Zoila Díaz de Pinilla, hija del biografiado y viuda del teniente coronel don José M.a Pinilla, es una vieja joven, inteligente, vivaz, de trato y conversación amenísimos, que ponen en evidencia haber recibido una educación y crianza superiores a las corrientes de aquellos tiempos.

La encontramos sentada en un sillón de ruedas, imposibilitada de caminar, porque hace seis o siete años un accidente desgraciado le fracturó una pierna.

Es su único achaque. Su inteligencia, ya lo hemos dicho, es despierta, vivaz; su rostro que conserva vestigios de hermosura, blanco y sonrosado, sirve de digno marco a sus ojos que ven todavía la senectud a muy larga distancia.

Una charla amena, espiritual, fluida, concluyen por hacer del todo simpática y atrayente a tan distinguida matrona, que no ha de llegar por cierto, jamás, a la ancianidad, gracias a su espíritu y a su físico.

Así impresionados, fué para nosotros tarea de diplomáticos encauzar la conversación por la corriente que nos habíamos propuesto seguir. Estábamos en presencia de un espíritu superior, digno por todos conceptos del mayor respeto; y debíamos por lo tanto, medir y pesar bien nuestras palabras, para no ocasionar a la señora el más mínimo disgusto. La bondad de misia Zoila y el profundo afecto que sentimos por todos los viejecitos, fueron sentimientos que sirvieron para acercarnos recíprocamente.

Hablamos al principio de nuestro trabajo improbo y tan difícil de llenar con exactitud; y que, gracias á las fuentes vivientes, vamos orillando con no pocas dificultades.

El HEROE

—Mi padre, — nos dijo — don Pascual Díaz, hizo con los patriotas de antes de 1825, toda la guerra de la Independencia Americana. De su conducta como militar de valor y como hombre pundonoroso, podrá usted informarse en los archivos del Ministerio de la Guerra y del Estado Mayor. Por sus méritos, obtuvo en buena lid, el grado de Sargento mayor y todas las condecoraciones que

supieron conquistar los bravos de aquellas épocas de epopeya...

Era alto, delgado, de luenga barba, de apostura marcial. Un verdadero militar, créalo. Murió el 2 de Febrero de 1868 a consecuencia del cólera, que se había enseñoreado de Montevideo...

—¿Y que más podría decirnos, señora, de su señor padre, bajo otros aspectos más íntimos?

—Consulte los archivos, que ya le he indicado, señor, y en ellos encontrará usted amplia fuente informativa. Mi padre, el mayor Díaz, aparte de sus méritos militares, era un hombre de muchas virtudes, un marido y un padre ejemplar...

—Si, señora; todas esas cualidades han sido reconocidas, pero existen otros detalles..., otros hechos... El mayor Díaz, por ejemplo, era de imaginación frondosa... cuando hablaba entre amigos...

Un color de púrpura, cubrió á esta altura de la conversación la faz de la noble viejita.

—Señor... Esos cuentos que se han venido trasmitiendo de generación en generación, que han sido publicados en libros y revistas y que han dado a mi padre tan risueña popularidad, han sido la fatalidad de la familia...

—¿Fatalidad? protestamos á nuestra vez, con todo calor. ¿Porque? ¿Acaso los cuentos de don Pascualón, no revelaban en él una inteligencia vivaz é imaginativa? Era un talento, su señor padre, señora, ¡con toda sinceridad...!!

—¡Oh, señor, es usted muy amable...! Esos cuentos han ridiculizado la memoria de mi padre.

—Señora: tenga usted la seguridad de que las ocurrencias de don Pascualón, que con ese nombre ha pasado á la historia, son repetidas para festejarlas, como buenas, reconociéndose además que el autor de las mismas, cuando se le quería atrapar "en un renuncio", se sabía escurrir muy inteligentemente, inventando una genialidad mayor... Y á propósito, señora, — proseguimos— ya más animados por el giro que tomaba la conversación. Usted sabe porque le llamaban Pascualón?

—Mi padre era hijo de españoles; y tenía dos hermanos más, llamados como él, Pascual. Para distinguirlos les denominaban en familia y desde pequeños por Pascual, Pascualón y Pascualito... Ahí tiene usted explicado el por qué de Pascualón.

—Mil gracias. Y en su casa... en su vida íntima, ¿era también así... imagintivo...?

¡Oh, no señor! mi pobre madre se disgustaba mucho cuando lo oía referir esas excentrecidades, que ya habían trascendido demasiado; y le pedía que callara. Mi padre que era tan bueno, la complacía; y cuando su proverbial buen humor lo llevaba a insistir en sus propósitos, mamá, levantándose, lo dejaba solo.

—Hemos oído decir que cuando se ponían en duda sus cuentos, llegaba á incomodarse...

—No lo sé señor. Sé, sí, que mi padre cuyo único defecto era "ese" que tanto lo ha popularizado, fué en todo momento un hombre de honor y muy respetado por sus merecimientos.

—Cosa que nadie ha puesto en duda, señora. Tales condiciones han trascendido á la par que "la otra" que tanta fama le diera...

—Y para que usted juzgue de lo bueno que era mi padre, vaya sabiendo que ya casado, recogió en su casa, al lado de su mujer y de sus hijos, a su madre, a sus suegros, á una hija viuda con tres hijos y á dos cuñadas... Y sin embargo la historia, la tradición que usted cita, nada dicen de sus grandes bondades...

—Las diremos nostros, con gran placer.

—Y yo le quedaré profundamente reconocida.

—Usted nos dijo, misia Zoila, que sus abuelos paternos eran españoles...

—Es verdad...

—¿Andaluces, acaso?

—¡No sea cruel! nos respondió entendiendo perfectamente nuestra intención, a la vez que una bondadosa sonrisa iluminaba su muy simpático rostro. Y terminó: Hablemos de otra cosa, quiere?

CUANDO LA GUERRA GRANDE...

—Perdón. No ha habido mala intención...

—¡Lo sé, mi hijo!!

—Hablemos de su niñez.

—Inicié mi instrucción en el colegio de doña Juana Mentaste, en la calle Cerrito.

Después, cuando la Guerra Grande, tuvimos que salir de Montevideo para vivir en una quinta del Miguelete, propiedad de un amigo de tata, llamado Pepe Reis. Allí iba al colegio de doña Agustina Leal de Loases. Como mi padre era de los de Oribe cambiamos de casa para mientras durase el sitio, con Reis, que quedó á su vez con la nuestra del centro; porque él era colorado y de lo que defendían la plaza.

—De modo que usted...

—Blanca por donde me mire. Mi esposo también era blanco.

—¡Que lástima una viejita tan linda!!

—¿Qué dice...?

—Nada...

Y rompimos al unísono, en franca carcajada.

LOS BAILES DEL GENERAL REYES

—Háblenos de los bailes en la época de su juventud, entre los del Cerrito.

—Distintos completamente á los que se realizan ahora...

Recuerdo uno, amenizado con una banda de música militar del ejército sitiador que se dió en casa del general don José M.a Reyes y de su esposa misia Manuela Del Villar. Entre las más asiduas á estas fiestas recuerdo á las familias de Viana, Trápani, Britos, Santillán, Carballo, Machado, Quincoces, coronel Fontieheili, Foresti, Estrázulas etc.

En cuanto al elemento masculino estaba representado por una juventud elegida. Calixto Quincoces, el hoy Dr. Domingo González, Dr. Francisco Solano de Antuña, Joaquín Requena, general Brito del Pino, don Felipe Maturana, don Eduardo Acevedo, coronel Juan Angel Golfarini y otros que no recuerdo que eran recibidos, antes de pasar, a la sala, por el hijo mayor del general, llamado César, tan gentil como sus dos hermanos Julio y Horacio. De modo que ya podrá imaginarse, que los "entreveros" como me dicen que sucede ahora, eran imposibles de producirse. Y las hijas de Reyes, Ercilia, Elvira y las menores, conjuntamente con misia Manuela, cumplimentaban á las damas.

Aparte de bailar, se tocaba el piano y se cantaba., siendo una excelente aficionada, Ercilia que más tarde casó con Adolfo Latorre.

Estas reuniones, duraban generalmente hasta la una ó dos de la noche; y las piezas que se lanzaban eran cuadrillas, lanceros, la gabota y el minué con especialidad, que con tantas y tan elegantes figuras, servía para dejar bien demostrada la gallardía, la distinción y la fineza de los jóvenes y el chic de las damas.

Bailábamos también el vals á la española y polkas, pero bien separadas del compañero, no como ahora que me dicen que es un escándalo ver bailar...

—¿Y tangos?

—¡Tangos!! ¡Que esperanza! ¡Esa era baile de negros!!!

ANTES Y AHORA

Me cuentan horrores de los bailes de ahora, señor... En aquellos buenos tiempos, íbamos con nuestros padres y nos sentábamos en la sala. El caballero, aproximándose, con toda fineza, nos invitaba á danzar, ó á pasear del brazo, en los intervalos que dejaba libre la música. Jamás salíamos solas con nuestros acompañantes por los jardines o patios, como no buscábamos tampoco los rincones más oscuros y solitarios para hablar... ¡Oh! Me dicen que terminada la pieza de estos bailes nuevos é indecentes, el joven "suelta ahí no más" a su compañera, en medio de la sala y se pone á fumar, como según tengo entendido ha pasado en bailes de Pocitos y Parque Hotel. ¡Antes no se hacía eso. ¡Qué digo!.... Antes no había quien cometiese semejante desconsideración con una dama!...

Hasta el idioma, señor, lo estropean ahora. Para ponderar la belleza de una niña, se buscaban las palabras más finas, más castizas. Ahora no; ahora un mozalbete vé un físico femenil que le agrada y su admiración la exterioriza con las frases más canallescas, más arrabaleras y más guarangas que pueda recoger del arroyo...

¡Y a todo esto le llaman la civilización que avanza!

—¿Y cómo se iniciaban los amores?—interrumpimos.

—¡Jesús! ¡Todo lo quiere saber...! Pues bien. de eso no se nada... Absolutamente nada...

—¡Imposible! Esa carita ha de haber atraído muchos moscardones...

—Bien, cortó misia Zoila, riendo; le hablaré en tesis general, para evitar esta conversación: Usted sabe perfectamente bien, que los ojos han hablado siempre; y mucho más, cuando se trata de los que corresponden á personas enamoradas. Ya entendidos así, por miraditas significativas, se esperaba la oportunidad, un baile, por ejemplo. A veces, la reja, á escondidas de los padres, para cruzar breves frases ó para cambiar misivas ó unas flores. Pero tenga entendido que los amores se iniciaban siempre con el mayor respeto, con la mayor modestia y con no poca reserva; y cuando ya estaban convencidos los novios de la firmeza de sus sentimientos, recien entonces se mostraban como tales, previa conformidad de los padres. Y quien, — así las cosas,—dejase á su novia, era despreciado por todos.

.. ..

Dimos por terminada tan amena charla para ver una serie de dague-

rreotipos y retratos antiguos, que misia Zoila guarda amorosamente; y cuando nos despedíamos de la vieja dama con frases llenas de respetuoso afecto, nos dijo apretando nuestra diestra.

—Ya sabe señor, cuente particularmente con una amiga. Pero políticamente... con una enemiga.

Y volvió á reir, no como ríen los viejos, sino como ríe la gente joven, que tiene espíritu.

—No, mi estimado amigo; y ahora es en serio, lo que le digo. Esta es su casa: Arenal Grande 2170.

CONTRA EL SANTORAL

CON DON MAYO ESTEVEZ

Don Mayo Estevez, es un simpático viejo de 86 años, muy pulcro en el vestir, muy ameno en su charla y muy erguido, no obstante haberse caído de un tren la vez pasada, golpe que le trajo aparejada una conmoción cerebral, que puso en serio peligro su vida.

Nuestro hombre, es hijo del teniente coronel don Pedro Estevez, que fué comisario miltar del ejército del general Rivera, á quien acompañó en todas sus campañas.

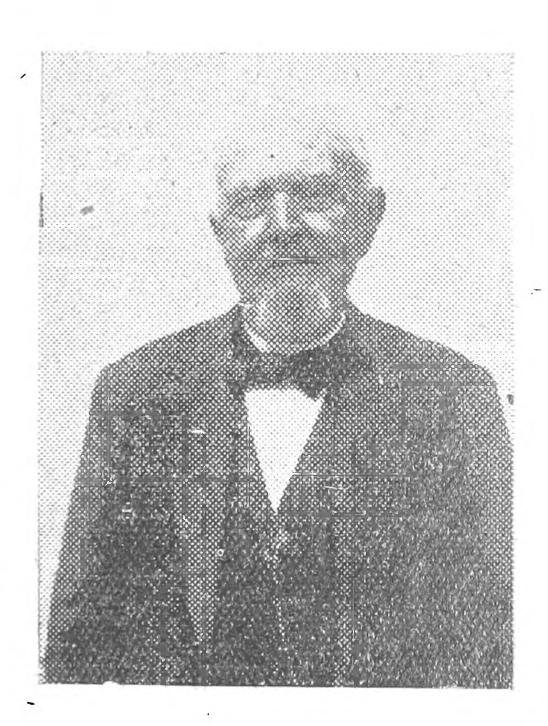
Cosa rara en aquellos tiempos, el coronel Estevez, era un "descreído", en cuestiones de religión; y tanto lo era que, mientras él vivió, ninguno de sus quince hijos fué bautizado. Más todavía; su despreocupación por las cosas de la Iglesia, lo llevó a prescindir de todos los nombres que, tan abundantemente le ofrecía el Santoral. Sus hijos, él los bautizó a su manera, con los nombres de los meses. Enero, Febrero, Marzo, Abril, etc.

—¿Y cuando se trataba del sexo femenino?—preguntamos á don Mayo.

—Ah! Entonces se les daba el nombre de Marza, Novembrina, etc., etc.

—¿Y cuando coincidían dos nacimientos en un mismo mes... aunque en años distintos, naturalmente?...

—Muy facilmente se orillaba ese detalle, poniéndole por ejemplo al que nacía primero, Noviembre Primero y al segundo, Noviembre Segundo. Cuando ya fuímos hombres y que nos vimos envueltos en las contiendas armadas, mi señora madre doña Dionisia Silvera de Estevez, ya viuda, que siempre conservó su fondo religioso, se empeñó en que debíamos bautizarnos, ante el peligro que corríamos, a lo que accedimos por complacerla y para ofrecerle una intranquilidad menos. Tal oportunidad se aprovechó para bautizar á toda la familia.



Don Mayo Estévez,

CUANDO LA GUERRA GRANDE

—Al principio de la Guerra Grande, prosiguió diciéndonos don Mayo Estevez, vivíamos á inmendiaciones del Mercado Chico, frente a los "Ejercicios", Sarandí entre Maciel y Pérez Castellanos; y por cierto que eran tiempos duros aquéllos!!...

Vivíamos de las raciones que nos daba el gobierno de la Defensa y teníamos que ir por ellas al Fuerte, que era donde funcionaba la Comisión encargada de distribuirlas.

—¿En qué consistían las raciones?

—Según... De lo que hubiese... Porotos, fariña, arroz, grasa, leña, pero escasamente, porque estábamos bloqueados por la escuadra de Rosas. Estos artículos se distribuían de acuerdo con el número de personas que hubiese en cada casa.

—¿Y la carne?